

*Para todos aquellos que creen que un mundo mejor es posible*

*“—La primera regla de una escuela de hechicería es —recitó Nawin— que ningún aprendiz, bajo ningún concepto, debe jamás rebelarse contra su Maestro...*

*—... porque si lo hace, su maldición lo perseguirá para siempre —concluyó Jonás, en voz baja.”*

*“Crónicas de la Torre: La maldición del maestro”,  
Laura Gallego García.*

## HIJOS DE LOS DIOSES

Organización General: cada mago o bruja es reconocido por su signo del zodiaco y asignado a su casa correspondiente, según la cuál evolucionará y desarrollará sus poderes a través de Escuelas mixtas.

### **Casas de Tierra**

Hijos De Saturno — Capricornio

Hijos de Venus — Tauro

Hijos de Mercurio — Virgo

### **Casas de Aire**

Hijos de Urano — Acuario

Hijos de Mercurio — Géminis

Hijos de Venus — Libra

### **Casas de Agua**

Hijos de Neptuno — Piscis

Hijos de la Luna — Cáncer

Hijos de Plutón — Escorpio

### **Casas de Fuego**

Hijos de Marte — Aries

Hijos del Sol — Leo

Hijos de Júpiter — Sagitario

## Noche

Sandra se despertó sobresaltada. Un sudor frío recorría su espalda, y la habitación estaba a oscuras. Miró el despertador: 04:00 a.m. Ray dormía a su lado. Lentamente, la joven notó cómo su corazón recuperaba un ritmo normal, casi perezosamente.

Había sido una pesadilla, una de las fuertes. No es que no estuviera acostumbrada: aquellas sombras danzarinas volvían cada cierto tiempo, tomando siempre diferente forma. Pero esta vez... Esta vez... Sandra suspiró, derrotada. Sí, había algo diferente en esa ocasión, aunque no estaba segura de lo que era.

De todas formas, algo sí tenía claro.

Le producía escalofríos.

\*\*\*

Las piernas le dolían insoportablemente, y pensó que iba a desfallecer en cualquier momento, pero en ese instante volvió a oírlos tras ella: risas diabólicas en las que se mezclaban infinidad de sonidos estridentes, como si un coro de animales diversos aullara al unísono.

Se detuvo un segundo a recuperar el aliento. Se encontraba en una calle larga de edificios encajados, más o menos ancha y completamente desierta. A su izquierda, a un par de metros desde donde se encontraba, se abría un pequeño callejón. Aparte de eso, la vía continuaba recta, pálida y silenciosa en la noche. Les oía más cerca; pronto la alcanzarían. Así que, ignorando el martilleo de su corazón, galopante de miedo, optó por el callejón. Allí, con un poco de suerte, no la encontrarían. Y si lo hacían... bueno, prefería no pensar en a qué debería enfrentarse entonces.

Estaba oscuro, y en el aire flotaba el olor fétido a basura recién sacada. Se puso en cuclillas, y contuvo la respiración justo a tiempo. Una figura medio encorvada, oscura y desnuda, sin ningún atributo humano salvo la silueta escuálida, apareció por la esquina. Caminaba lentamente, en exceso para el gusto de la joven fugitiva, y cuando se detuvo en el centro de la calle grande, alzó la cabeza y olfateó —al menos eso le pareció a ella, puesto que carecía totalmente de nariz—. Un escalofrío recorrió su espina dorsal. En ese preciso momento, tuvo la total certeza de que la encontrarían.

En efecto, segundos después, el deforme ser volvía la cabeza hacia el callejón y bufaba directamente en su dirección. Ella se fijó en su rostro, iluminado tenuemente por la luz de una farola: el pellejo acartonado y oscuro, sus rasgos chatos, dos rendijas a modo de orificios nasales, labios desagradables, dientes pequeños y puntiagudos... y sus ojos. Reptilianos, amarillos e inyectados en sangre en las comisuras. Un cazador nato.

El cuchillo se materializó con un chasquido en su mano. Bien, ¿querían pelea? La tendrían. Ya estaba bien de huir. La criatura ya estaba rodeada de otros cuatro como él; igual de deformes, oscuros y terroríficos. Pero ella no estaba para asustarse. Con un grito salvaje, sin preocuparse de quien pudiese oírla, salió de las sombras del callejón empuñando su arma y abalanzándose sobre ellos.

Por desgracia, su táctica no funcionó como esperaba. Se diría que la estaban esperando, puesto que en cuanto apareció, se lanzaron a su vez sobre ella y la cogieron de los brazos antes de que tuviera tiempo de alcanzar a ninguno. Después, la tiraron al suelo sin contemplaciones mientras uno la sujetaba del pelo corto y oscuro; un segundo, de un brazo y un tercero del otro.

El cuarto se arrodilló junto a ella como si fuese a besarla. La chica no lo pensó dos veces e hincó su rodilla libre con todas sus fuerzas en el costado del monstruo, pero este la esquivó con facilidad, rodó a un lado y se incorporó gruñendo.

—No vasss a escaparrrr —amenazó, con una voz chirriante que le puso los pelos repentinamente de punta.

La joven intentó zafarse de nuevo, pero aquellos monstruos escuálidos tenían una fuerza asombrosa. Fue entonces cuando el quinto miembro del grupo, que hasta ese momento se había mantenido apartado de la escena, le sujetó las piernas con violencia. Ella chilló y se debatió con más fuerza, pero no le sirvió de nada, por lo que decidió utilizar su as en la manga. “Se acabaron las tonterías”, pensó con rabia mientras una corriente anaranjada salía de su pecho hacia su mano. Una centésima de segundo después, sobre la palma empezaba a formarse una espiral de fuego. Sin embargo, el monstruo que sujetaba esa extremidad se dio cuenta y le retorció el miembro. La muchacha gritó y se contorsionó de dolor, y la llama materializada entre sus dedos desapareció al instante.

Fue solo entonces cuando fue consciente. No saldría viva de allí. Ni siquiera podía usar sus poderes contra ellos... Salvo que... Cerró los ojos y contuvo las lágrimas. “No hay otra salida”, reconoció con tristeza. No podía permitir que se salieran con la suya.

Debía hacerlo por ella y por los demás, y una lágrima rodó por su mejilla cuando pensó en ellos. “Nos veremos en el infierno, compañeros”, susurró para sí.

El monstruo ya se aproximaba. Ella cerró los ojos con decisión, sin derramar otra lágrima, y se concentró. Un segundo después, la espiral de fuego volvió a formarse en su pecho, aumentando gradualmente de intensidad. Los monstruos, irritados y asustados a la vez, intentaron torturarla para que dejase de hacerlo, pero ella ya no estaba allí. Su conciencia hacía rato que se había ido muy lejos de aquel lugar. Lo único que podía hacer ya era dejar que su espíritu y su cuerpo hicieran lo que debían.

El pánico empezó a cundir entre los atacantes cuando la intensidad de la llamarada aumentó y empezó a girar a mayor velocidad, ampliando su diámetro a cada segundo hasta cubrir del todo la silueta de la joven tendida. Los monstruos la soltaron rápidamente en cuanto notaron que el calor se aproximaba, tratando de esquivarlo. Pero, de repente, un chorro inmenso de fuego surgió del pecho de la chica. Ellos corrieron para escapar de una muerte inminente, pero fue en vano: el fuego se ramificó, a velocidad de vértigo, y les alcanzó de lleno.

## Luz

—¡Marco! ¡Marco! ¡Despierta!

El aludido abrió los ojos despacio, aturdido, y le costó un rato enfocar a quien estaba a su lado en la cama.

—¿Qué pasa? ¡¿Qué pasa?! —bramó intentando zafarse.

La presión que ejercían sobre su brazo era casi dolorosa, pero se relajó en cuanto vio de quién se trataba. Cora, una de sus compañeras de piso, le zarandeaba como si le fuese la vida en ello, mientras sus ojos oscuros brillaban de preocupación. Marco sonrió socarronamente al comprobar esto último. Vaya, vaya... que aquella chica por la que tenía perdida la cabeza desde hacía casi dos años se preocupase por él, eso sí que era una sorpresa agradable... aunque fuese de aquella manera.

—Hola... —dijo en tono meloso.

Pero a cambio, solo recibió un bofetón que le arrojó contra la almohada. Suspiró; sí, era mucho pedir que Cora le quisiese de la noche a la mañana. No obstante, tampoco era para ponerse así. Se llevó una mano dolorida a la mejilla mientras se incorporaba, algo incrédulo.

—¡Ay! Pero, ¿se puede saber qué te pasa? —le espetó, molesto.

Porque una cosa era no llevarse bien con él y otra muy diferente, pegarle.

—¿Cómo que qué me pasa? —vociferó ella, histérica—. ¡Que casi nos matas de un susto, imbécil!

Marco se quedó sinceramente boquiabierto. ¿Qué... había pasado? ¿Qué había hecho él? Solo recordaba una cosa, y no era precisamente agradable... ¿Sería posible que...?

—¿Qué? —consiguió balbucear al fin, tras reponerse de la sorpresa—. ¿Pero... qué he hecho yo?

Además, tampoco era propio de Cora andarse con paranoias. Pero, para su alivio, la cara de su amiga cambió en ese momento del enfado a la confusión, probablemente como la suya propia un minuto antes. La voz de ella bajó entonces a un volumen normal.

—Te has puesto a temblar como un loco, y... no sabíamos lo que te pasaba —repuso en voz baja.

En su tono se adivinaba un ligero deje de angustia que a Marco le resultó sumamente interesante. ¿Cora preocupándose por él? Ni en sus mejores sueños. Él tenía muy claro sus propios sentimientos hacia aquella muchacha bajita, delgada, de veintidós años, con el cabello corto y rojizo oscuro siempre alborotado. Pero, por desgracia, ella no parecía compartir el mismo interés por él. Marco suponía que podía ser cuestión de tiempo, pero había veces que empezaba a perder la esperanza. En ese momento apareció Ray, su otro compañero de piso, detrás de Cora, y le impidió seguir divagando sobre ella. Sus ojos oscuros tenían el mismo brillo de preocupación que los de la joven, bajo el flequillo moreno y despuntado.

—Eh, oye, ¿estás bien? —le preguntó acercándose a la cama.

También parecía visiblemente preocupado. Marco se preguntó por enésima vez qué narices habría pasado.

—Sí, no sé... —dudó un segundo antes de proseguir. Podía ser eso— estaba teniendo una pesadilla... nada más. No sé por qué me habré puesto a... temblar.

Le costó pronunciar la palabra de lo inverosímil que le parecía, a la vez que miraba a Cora con extrañeza.

—Nos has asustado —aseguró Ray, al parecer aliviado. Marco le miró, inquisitivo. Tenía que haber algo más, lo notaba en el rostro de su amigo—. También... gritabas —añadió entonces este, frunciendo el ceño.

“Venga ya...”, pensó Marco, incrédulo. Nunca antes le había pasado eso. Claro que la mayoría de las noches se acostaba agotado de... sacudió la cabeza con rapidez para arrinconar rápidamente aquellos pensamientos. No era el momento de ponerse a pensar en eso.

—¿Gritar... qué, exactamente? —quiso saber, mirando alternativamente a los otros dos.

Pero antes de que pudieran responderle, una imagen volvió vívidamente a sus recuerdos. Sí, era verdad, había gritado al final de la pesadilla..., pero solo había sido una palabra... El nombre de ella. La respuesta de Cora le confirmó sus sospechas.

—El nombre de una de tus últimas amantes, probablemente —le indicó la joven con rencor mal disimulado, como siempre que surgía “el tema”—. Pensándolo bien, quizá ya he sacado en claro por qué te has puesto así...

—Cora, no tiene gracia —la interrumpió Ray con rostro severo.

Ella se calló de inmediato, pero entrecerró los ojos, molesta. Marco sacudió la cabeza, atónito. “Ya estamos otra vez”, pensó con amargura, “siempre a vueltas con lo mismo”. Cora no era de las que olvidaba fácilmente, aunque hubiese sucedido cinco años atrás.

—Os dejo a los tíos que os las arregléis con cosas de tíos —les espetó, añadiendo una mirada envenenada dirigida hacia Marco, antes de darse la vuelta y salir de la habitación dando un portazo.

El chico suspiró mientras la observaba marcharse. Ray siguió su mirada y adivinó sus pensamientos sin esfuerzo.

—Si realmente quieres que lleguéis a algo deberías intentar que deje de considerarte el *Casanova* del siglo XXI.

Marco hizo una mueca y se quedó en silencio, sin responder. Pensaba en otra cosa. En ella. Ojos claros, cabello oscuro y corto, su rostro fiero contraído en una mueca de dolor cuando estalló... enterró la cara entre las manos, sintiendo cómo sus sienas empezaban a palpar dolorosamente. ¿Cómo una pesadilla podía afectarle tanto?

—Marco —le llamó Ray.

Él alzó la cabeza despacio, y su mirada azul pálida, clara y limpia, se cruzó con los ojos color chocolate oscuro de su compañero. Ray suspiró cuando vio la mueca de abatimiento de su compañero.

—¿Qué ha pasado exactamente? —quiso saber.

Marco se quedó pensativo un segundo. La verdad es que, ¿por dónde debería empezar?

—Creo que he soñado con una bruja —confesó al final bajando la vista de nuevo, en un susurro en parte avergonzado, en parte incrédulo.

Ray abrió mucho los ojos, igualmente sin creérselo.

—¿Una bruja?... —hizo un mohín de extrañeza, y entonces le miró de una forma muy rara —Pero tío, ¿qué bebiste ayer?

—Lo mismo que tú, y lo sabes —respondió Marco, de repente muy serio y mirándole, esta vez sí, directamente a los ojos— no te atrevas a insinuar que ando drogándome porque...

—¡Eh, eh, eh! ¡Para el carro! —se asustó Ray— No pretendía insinuar eso. ¿Pero qué diantre te pasa?

De repente, Marco fue consciente de que se había levantado y había adoptado una pose amenazadora. Se relajó de inmediato, se sentó en el borde de la cama y enterró de nuevo la cara entre las manos, mareado. Ray se acercó despacio.

—Perdona —susurró Marco— no me encuentro muy bien. No sé por qué, pero ahora no puedo dejar de pensar en ese sueño.

—No pasa nada...—. Ray se sentó a su lado mientras hablaba— Pero, si me lo permites... hoy más que mal, yo te veo raro —concluyó sonriendo y pasándole una mano amistosa por la espalda.

Tras unos segundos, Marco sonrió también y se levantó, decidido a olvidar su pesadilla tan pronto como fuese posible. Habría bebido demasiado la noche anterior, razonó.

—Vamos a desayunar, ¿te parece? —le sugirió a Ray.

Este palmeó su espalda, visiblemente más tranquilo.

—Vístete, te espero abajo. Recuerda que esta tarde tenemos una entrevista importante —añadió guiñándole un ojo— ¡*Black Sunset!* —concluyó con una sonrisa antes de desaparecer.

Marco no pudo menos que reírse ante aquello, aunque él estaba igualmente emocionado. *Black Sunset* era la banda de rock que habían formado en el instituto seis años atrás, cuando los cuatro estudiaban en el mismo centro. Ray era un año más mayor, pero aquello no fue un impedimento para formar el grupo, y menos aún cuando empezó a salir con Sandra. Marco era el encargado de la guitarra, o el piano cuando se terciaba —aunque desde que se habían independizado no tenían dinero para permitirse más que un teclado portátil que suplía aquella función—. Ray tocaba el bajo y las chicas cantaban. Hasta ahora, habían actuado en las fiestas de su instituto, con bastante éxito, y en algún que otro local diminuto en el centro de Madrid; aunque en este caso, no habían prosperado en exceso. Sin embargo, no perdían la esperanza. Y la entrevista de aquella tarde parecía muy prometedora al respecto.

Cuando por fin se vistió y bajó a la cocina, ya estaban todos desayunando. El chalé que compartían los cuatro cerca del metro de Suanzes, en Madrid, no era muy amplio, pero para cuatro jóvenes bastaba. Sandra lo había heredado de su abuela, y no tuvo reparos en ofrecérselo a sus compañeros cuando decidieron que la independencia era su futuro inmediato. No obstante, había facturas que pagar, por lo que, mientras llegaba el esperado

éxito discográfico, cada uno trabajaba en lo que podía, y salvo Sandra, la novia de Ray, que había conseguido ser modelo de forma más o menos permanente y aportaba la mayor parte del dinero, los otros se buscaban la vida con empleos temporales que nunca duraban más de cuatro o cinco meses. Concretamente, en aquel preciso momento, estaban los tres en el paro.

—Hace un día precioso —comentó Sandra, mirando por la ventana. Cuando Marco entró, se volvió hacia él, y su rostro cambió—. ¡Marco! —le miró con los ojos grises llenos de preocupación. Al parecer, las noticias volaban— ¿Cómo estás? —preguntó mientras se acercaba a él y le abrazaba con cariño.

—Bien, bien. Solo he pasado una mala noche —el chico mostró media sonrisa para quitarle importancia mientras se separaba de ella—. Estás guapa esta mañana —le dijo dándole un fuerte beso en la mejilla y guiñándole un ojo acto seguido. Por el rabillo del ojo vio cómo Cora, que andaba metiendo los platos en el lavavajillas, ponía los ojos en blanco. Sonriendo burlón, se acercó a ella—. Claro que... no se puede comparar a ti. Aunque me hayas pegado... que por cierto, aún espero que me compenses...

Cora se irguió furiosa.

—Verás lo que te voy a compensar... —le amenazó alzando la mano para darle otra bofetada.

Pero se detuvo a medio camino, mirándose la muñeca. ¿Qué era aquella cosa negra que había aparecido en el lateral...? Marco también lo había visto, aunque no comprendió a qué se debía su mirada de terror y decidió divertirse un poco más a su costa.

—¿Qué pasa? ¿Te hiciste un tatuaje y se te olvidó?

Desgraciadamente, como única respuesta, el chico se llevó el segundo bofetón de la mañana. Ahora le toco a él alzar los ojos. ¿Y era él el que se había levantado raro? Porque Cora parecía a punto de entrar en *shock*...

—¡Chicos, esto no tiene gracia! —manifestó la muchacha con voz aterrada, mirándoles a los tres alternativamente— ¡Quiero saber qué es esto!

Sandra se acercó a ella rápidamente y le tomó la muñeca con cuidado.

—A ver, déjame ver y no te pongas histérica —le pidió con calma— Que bastante hemos tenido con los gritos de Marco de esta mañana...

El acusado estuvo a punto de decir algo en su defensa, pero Cora le lanzó una mirada asesina que debía querer decir “cierra el pico si no quieres otra bofetada”. Así que optó por callarse y apartarse un par de metros de la pareja. Definitivamente, había tenido suficiente con dos atentados contra la integridad de su mejilla aquella mañana, y no quería un tercero.

Sandra, por su parte, seguía examinando la línea oscura con atención.

—Pues, Cora, no se qué es eso —confesó, intrigada— pero... ¡Ah!

Hizo una mueca de dolor y se miró el pie.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada, un calambre en el tobillo...

Sandra intentó quitarle importancia, pero su novio la tomó por los hombros de inmediato.

—Siéntate, anda —le indicó con dulzura, y ella lo hizo—. A ver, déjame ver ese pie.

Ray alzó la extremidad un poco para que le diera la luz, y su rostro palideció de inmediato, así como el de los otros tres. En el tobillo derecho de Sandra había comenzado a aparecer una línea negra que se movía sinuosamente bajo la piel. Cuando se detuvo finalmente, todos se inclinaron para mirarlo. Cora soltó un grito ahogado. El dibujo era idéntico al de su muñeca: parecía una estrella de cinco puntas, con uno de los lados cubierto de una nebulosa extraña. Ninguno tenía idea de lo que aquello podía significar.

—¿Qué... clase... de broma... macabra... es esta? —susurró Sandra, aterrada— este símbolo...

—Deberíamos ir a que os viera un médico, a las dos —interrumpió Marco, señalándolas alternativamente.

Cora se encaró con él.

—¡Ya, claro! Un médico va a saber lo que es una línea negra que se mueve bajo la piel y hace dibujitos macabros —le gruñó.

Marco sintió cómo sus mejillas se encendían de ira.

—¿Qué? ¿Acaso tienes una idea mejor? —la enfrentó.

Cora le miraba fijamente a los ojos, dispuesta a responder con algo realmente hiriente... cuando de repente crujió el suelo del segundo piso, inmediatamente sobre sus cabezas. Los cuatro miraron hacia arriba, asustados.

—¿Qué... qué ha sido eso? —volvió a susurrar Sandra encogiéndose en la silla. Miró a su alrededor— estamos los cuatro aquí —constató con voz temblorosa.

Ray le pasó un brazo por los hombros en ademán tranquilizador. Ninguno contestó, esperando a oír de nuevo el crujido. No se repitió.

—Habrá sido un pájaro en el tejado —aventuró Marco, y después trató de quitarle hierro al asunto— Vamos, ¿no iréis a pensar que de repente estamos en una película de terror?

No obstante, ninguno apreció el chiste, por lo que el chico dejó de sonreír y miró hacia el techo, expectante; los cuatro permanecieron otro largo minuto en silencio, hasta que Cora se volvió de golpe hacia sus compañeros, devolviéndoles a la realidad, y alzó la muñeca para que el extraño dibujo fuese perfectamente visible.

—Pues a mí lo que ahora me preocupa es esta... “cosa” infernal que me ha salido en la muñeca, que no sé de dónde ha venido y que no quiero para nada. Así que hay que encontrar una forma de quitarlo.

—¿Qué sugieres? —preguntó Ray.

—Quizá una biblioteca... —sugirió Sandra.

—Yo sigo votando por un médico... —susurró Marco— o un cura...

—Sinceramente no sé cuál de las tres opciones me parece más patética... —les gruñó Cora.

—Schhh ¡Callaos! —interrumpió entonces Ray— Creo que he vuelto a oír algo.

Obedecieron, permaneciendo quietos como estatuas, y agudizaron el oído. En efecto, a los pocos segundos escucharon, aterrados, cómo algo caminaba, o se arrastraba, por el piso de arriba. Tras dos segundos de vacilación, cruzaron una mirada significativa y decidieron salir corriendo al unísono de la cocina, para ir a ver. Pero una silueta oscura les cerró el paso en cuanto pusieron un pie en el pasillo. Sandra gritó asustada y los cuatro retrocedieron de nuevo hacia la mesa de la cocina, conteniendo la respiración.

Una criatura totalmente siniestra se alzaba en el umbral, mirándoles fijamente: no tenía nariz, apenas dos finas rendijas; sus ojos eran como de reptil y su boca, desagradable. Pero salvo eso, y el color negro verdoso de su piel, el resto parecía casi humano. Marco palideció al reconocerlo. Él había visto esa criatura en su sueño, persiguiendo a la joven, a Marina. Pero no lo manifestó en voz alta, puesto que el miedo le tenía paralizado. No obstante, algo llamó su atención mientras la criatura les obligaba silenciosamente a retroceder hacia la mesa de la cocina; y era el hecho de que Sandra, aparte del terror que sentía, tenía un brillo peculiar en los ojos, como si también lo reconociera.

Cuando les acorraló del todo contra el mueble, el inmundo ser sonrió con malicia. Otro apareció entonces detrás de él y avanzó hasta ponerse a su lado. Y en ese momento, como si se hubiesen puesto de acuerdo, los dos a la vez alargaron sus brazos hacia ellos, con una rapidez inhumana. Cora se tapó la cara con los brazos y chilló cuando una de sus garras rozó su piel. Apenas fue consciente de que Marco se ponía delante de ella en un gesto protector inmediatamente después. El monstruo le agarró de la camiseta y él lo apartó de un manotazo, pero su oponente se incorporó enseguida y le enseñó los dientes con un bufido. Ray abrazó a Sandra, que se refugió en su cuello, temblando. El chico cerró los ojos a su vez y enterró la cara en el pelo de su novia. Los dos monstruos se

abalanzaron de nuevo hacia ellos, y Marco alzó un puño para utilizarlo si fuese necesario. Pero justo cuando los dedos retorcidos y oscuros de aquellas criaturas estaban a punto de alcanzarles, los dos atacantes se desplomaron en el suelo, inertes.

Solo Marco lo vio, así como a las dos figuras femeninas que habían aparecido en el pasillo, justo detrás de los dos cadáveres. Sin poder articular palabra, y totalmente confundido, miró alternativamente a los monstruos desplomados en el suelo y a las desconocidas, que tendrían más o menos su edad. Una de las jóvenes avanzó en su dirección, pero dirigiendo su atención hacia los intrusos más que hacia los cuatro humanos. Entonces fue cuando Marco lo vio: una empuñadura de metal pálido, con piedras de color azul claro engarzadas, sobresalía de la nuca de uno de los monstruos. De la espalda del otro, no obstante, salía... ¿una flecha? Sí, en efecto, la otra chica llevaba un arco en la mano. El chico se fijó mejor en ambas. Su ropa tampoco era del todo normal. Ambas vestían capa, pantalones, botas y corpiños con mangas. Aquello era totalmente surrealista, y Marco empezaba a replantearse si realmente no estarían siendo testigos de alguna especie de fenómeno paranormal, del que un día harían una película de terror adolescente con mucha sangre. Personalmente, no le hacía ninguna gracia.

La chica del arco avanzó unos pasos hacia ellos, y Marco fue consciente de que, para ese momento, sus tres compañeros también observaban la escena, estupefactos. Las desconocidas recogieron sus respectivos proyectiles, hicieron un gesto con la mano y los cadáveres se transformaron en pequeñas piedras negras, que la primera chica se guardó en un bolsillo del pantalón. Entonces fue cuando la otra habló:

—¿Estáis bien?

—¿Quiénes sois? —inquirió Cora sin delicadeza alguna.

La chica del puñal hizo un gesto de impaciencia.

—Si no nos vamos ahora, vendrán más —advirtió.

—¿Cómo que más? ¿Qué está pasando?

La voz de Sandra temblaba más con cada palabra. La otra apretó los labios. Tenía el rostro afilado, ojos verdes y el pelo rubio y lacio recogido en una coleta.

—Vendrán más porque os buscan. Venid con nosotras.

—Yo no me fío —respondió Ray—. ¿Quiénes sois? —repitió.

—Os podemos ayudar —contestó la otra. Morena, pelo corto y ondulado y ojos oscuros—, creo que con eso os vale por ahora.

—Yo creo que no... —repuso Cora con rudeza, pero se calló de inmediato cuando se oyó un chasquido sobre sus cabezas, que sobresaltó a los cuatro.

Las chicas, por su parte, ni se inmutaron.

—Davin está haciendo su trabajo —susurró la del pelo rubio mirando a su compañera.

La otra asintió con media sonrisa, como si aquel comentario fuese gracioso, mientras volvía la cabeza hacia el pasillo. Al minuto, por las escaleras bajó otra chica, probablemente la tal Davin. Tenía el pelo largo, rizado y pelirrojo, y el rostro contraído en una expresión fiera. También llevaba corsé, pero sin mangas, y completaba su atuendo con pantalones bombachos y botas. Toda de rojo.

—Arriba ya está —manifestó secamente, mirando a sus dos compañeras—. ¿Nos vamos, o qué?

—¿Pero cuánta gente piensa invadir esta casa hoy? —gritó Sandra de pronto, histérica.

Las tres chicas se volvieron hacia ella al unísono.

—Lo dicho, vendrán más si no os vais ahora —reiteró la primera.

Los cuatro se miraron entre ellos. No sabían quiénes eran esas criaturas que les habían atacado, ni de qué debían huir. Aquello daba al traste con todos sus planes de futuro, pero una cosa era segura: alguien quería hacerles daño. Y era alguien que o bien era un experto maquillador o no era ni siquiera de este mundo. Y los cuatro se negaban rotundamente a aceptar la última posibilidad, por lo que, obedientes, asintieron y salieron de la casa escoltados por dos de las chicas mientras la tercera les guiaba. No les dejaron hacer equipaje.

—No hay tiempo —les dijo la chica del arco con amabilidad cuando plantearon aquella posibilidad—. Allí adonde vamos tenemos todo lo que necesitáis, no os preocupéis.

Una manzana más allá había dos coches esperando. Otra chica se encontraba apoyada en la puerta del acompañante de uno de ellos, mientras que un chico se paseaba despreocupadamente junto al otro, aparcado inmediatamente detrás de primero. Su guía se dirigió directamente hacia allí y saludó a ambos con un silencioso asentimiento de cabeza. Sin palabras, ambos se subieron en el asiento del conductor de sus respectivos vehículos. Los cuatro rescatados, por su parte, se detuvieron sin saber qué hacer. La chica de los ojos verdes pareció reparar en ello, puesto que se volvió y les hizo una seña para que se acercaran.

—Vosotros iréis con Elisa en el coche de delante. Nosotras iremos detrás con Óscar —les dijo mirándoles a los ojos—. No os preocupéis: estáis en buenas manos.

Los cuatro montaron en el coche indicado, dudando seriamente que aquellas chicas tan estafalarias fuesen “buenas manos”, pero ninguno lo dijo en voz alta. Marco se sentó delante y Ray detrás, con las dos chicas. En cuanto se acomodaron, la tal Elisa arrancó el coche sin mediar palabra, y salieron a gran velocidad atravesando el silencioso barrio.

En general, fue un viaje que a todos se les hizo eterno. Su conductora era prudente sin ser lenta, pero el estrés provocaba en los cuatro una indescriptible sensación de ahogo, además del deseo de que la velocidad del coche aumentase.

—¿A dónde vamos? —preguntó Cora mirando por la ventanilla, al comprobar que salían a la M30 en dirección norte.

Elisa, no obstante, se tomó unos minutos para responder, sin apartar la vista de la carretera en ningún momento. Al final, cuando respondió, lo hizo en voz muy baja:

—No muy lejos.

—Ah...

Aquello a Cora no le decía nada, y se sintió ligeramente decepcionada, sumado al miedo que aún sentía. Por mucho que se esforzara, no conseguía asimilar lo que había sucedido unos minutos antes. Y eso la ponía todavía más nerviosa. Pero su guía no pareció notarlo, sino que continuó concentrada exclusivamente en conducir.

Cuando, al cabo de un buen rato, entraron de nuevo en Madrid, y después salieron a la A6, Ray no pudo contenerse más.

—¿Quiénes sois? —preguntó por tercera vez en aquella mañana. Al joven, al igual que a sus compañeros, le inquietaba no haber recibido todavía respuesta a aquella pregunta. Elisa le miró por el rabillo del ojo, pero siguió conduciendo sin contestar. Ray se dio por vencido. Por aquel camino, no iba a obtener la información que quería, así que prefirió cambiar de táctica— Quiero decir... ¿Cómo sabíais que esos... —no encontraba las palabras para definirlos— ... iban a entrar en nuestra casa e intentar...?

Fue incapaz de terminar la frase, puesto que ni él se creía lo que había sucedido: ni los diabólicos tatuajes, ni los... monstruos, ni aquel alocado rescate. Elisa seguía mirando la carretera fijamente, aunque parecía más reflexiva que antes, cuando su expresión era inescrutable. Ahora su ceño se había fruncido ligeramente y había inclinado la barbilla. Como si dudase de lo que debía contestar. Ray sacudió la cabeza, derrotado. Definitivamente, no iba a conseguir nada, por lo que volvió a mirar por la ventanilla y ciñó un brazo en torno a Sandra, que permanecía acurrucada contra él y parecía una estatua de piedra de lo quieta que estaba. Le dio un cariñoso beso en la frente, y ella pareció relajarse algo, pero sus ojos seguían clavados en algún punto sobre la puerta del coche, inexpresivos. Ray suspiró; Sandra era, con diferencia, la más vulnerable de los cuatro en estos casos: buena, amable, cariñosa, a veces algo altanera y perfeccionista, pero una persona tranquila y que no estaba preparada para algo como lo que les había sucedido... Aunque Ray todavía albergaba una mínima esperanza de despertarse de un momento a otro en su cama, junto a Sandra, y que todo hubiese sido un mal sueño. Pero, por el momento, parecía que no iba a ser así.

No tardaron en dejar atrás Madrid, pero no fue hasta unos veinte minutos más tarde cuando Elisa abrió la boca por fin.

—No querían mataros.

Los cuatro dieron un respingo casi a la vez, puesto que nadie esperaba ya que contestase. Cora incluso había pensado que habían caído en alguna especie de guerra estrambótica entre mafias y que, por azares del destino, ellos se habían encontrado en medio sin saber muy bien cómo. Igual que una película mala.

—¿Entonces, qué pretendían exactamente? —quiso saber Marco— ¿Y quiénes... o qué —matizó un segundo después— son?

El rostro de Elisa se contorsionó una pizca cuando apretó los dientes con rabia.

—Unos bichos odiosos que nos traen de cabeza, eso es lo que son —masculló mientras miraba por el retrovisor con aparente interés, omitiendo adrede la primera pregunta— no nos siguen —añadió— por suerte. El hecho de huir en coche les habrá despistado.

—¿Huir? —preguntó Cora, confusa.

—Sí, huir. Lo más importante ahora mismo es que no sepan a dónde os llevamos.

—¿Y eso por qué? —preguntó Sandra en voz baja.

Elisa la miró a través del retrovisor frontal. Sus ojos, de un curioso color violeta oscuro, no revelaban ninguna emoción en aquel momento. Sandra se preguntó si llevaría lentillas.

—Porque está comprobado que si os cogen, no saldréis con vida otra vez —explicó Elisa con suavidad— Esta vez solo habéis tenido suerte.

En el coche se hizo un silencio sepulcral ante aquellas palabras. ¿Qué estaba pasando? Cora se miró la muñeca de reojo. ¿Tendría todo aquello algo que ver con los tatuajes? Sin alzar la cabeza, vio cómo la mirada de Sandra seguía la suya. Se planteaban la misma pregunta.

Dejaron muy atrás la ciudad y Elisa se dirigió directamente hacia la sierra, a través de campos salpicados de pueblos, urbanizaciones, un inmenso centro comercial y multitud de carteles de publicidad. Cuando llevarían aproximadamente una hora de viaje y las casas habían desaparecido casi por completo de la vista, salieron de la autopista para tomar una carretera que se adentraba por la montaña. Un espeso bosque les rodeó enseguida, y comenzaron a ascender lentamente por la ladera. Media hora después, entraron por una pista forestal plagada de baches, y pocos minutos después atravesaron una gran cancela negra flanqueada por dos gárgolas amenazadoras y enormes que daban comienzo a sendos muros de piedra gris que se perdían entre los árboles, a ambos lados del camino. Cuando cruzaron, accedieron a un ancho camino de tierra prensada que discurría entre árboles diversos y se adentraba en lo que parecía una enorme finca. Cuando apareció la mansión que la presidía, los pasajeros ahogaron un grito de sorpresa.

Era grande, con la fachada *beige* y el tejado plano rodeado de un balcón ricamente adornado. Se parecía a las casas que se veían en las series y películas sobre el siglo XIX

o principios del XX. Los marcos de las ventanas eran de moldura blanca, adornados con algún motivo floral y vegetal pero no excesivamente recargados. La puerta de entrada era blanca, de doble hoja, bajo un porche con columnas también de color blanco. El tejadillo del mismo brillaba con reflejos multicolores, como si fuese de nácar, pero ninguno lo hubiese jurado. Todo aquello parecía totalmente fuera de la realidad.

Aparcaron ambos coches frente a la fachada norte, junto a lo que parecían unos establos y, sin mediar palabra, Elisa se bajó del coche y se dirigió hacia la fachada este, donde estaba la puerta principal. Sus acompañantes la siguieron a toda prisa sin rechistar. Detrás de ellos iban los cuatro desconocidos que habían llegado en el otro coche.

El interior de la casa era el esperado de acuerdo al exterior, pero con modernas tecnologías instaladas aquí y allá. Un timbre con cámara incorporada, alarmas... y a través de la puerta que se abría a la derecha del recibidor, se veía la mitad de lo que parecía una televisión de plasma. Los que venían detrás se despidieron rápidamente, y Elisa les sonrió con franqueza en respuesta. Los cuatro músicos se dieron cuenta de lo guapa que era cuando sonreía. Su rostro redondo tenía un aire exótico que ninguno supo identificar. Se volvió casi de inmediato hacia ellos, y para su alivio, la sonrisa no desapareció del todo.

—Os enseñaré vuestras habitaciones —anunció señalando las escaleras.

Los cuatro se quedaron petrificados en el sitio.

—Espera... ¿habitaciones? —Cora fue la única que materializó sus preocupaciones.

La chica les miró extrañada.

—Sí... —repuso. De pronto pareció darse cuenta de algo— ¿Preferís dormir en otro sitio? —preguntó dubitativa.

Los cuatro intentaron disimular su frustración. No, no era exactamente eso.

—Nosotros ya tenemos unas habitaciones y una casa... —expuso Sandra, hablando por todos— confiábamos en que esto se solucionaría rápido... tenemos una entrevista esta tarde y...

Se calló al ver la repentina expresión de Elisa, porque su rostro parecía haberse transformado en piedra y sus ojos violetas relucían de manera extraña. Retrocedieron un paso, intimidados. Su expresión casi daba miedo.

—No podéis volver a casa por el momento... ni hoy ni hasta dentro de un tiempo —anunció la joven, impasible, ignorando sus expresiones angustiadas— Si os hemos salvado es porque quedan muchas incógnitas por resolver acerca de todo lo que ha sucedido, y no solo me refiero a vuestro asalto. Hay más, mucho más en realidad. —Puso los brazos en jarras— Así que, si queréis estar a salvo, os quedaréis aquí. Si no...

Hizo un gesto elocuente y los cuatro recién llegados se miraron entre ellos, indecisos. ¿Acaso tenían otra opción? Alguno de ellos echó un vistazo rápido a la puerta a sus espaldas, acariciando la idea de escapar. Pero no sabían ni dónde estaban, y perdidos por la montaña no resolverían nada, salvo que les matasen aquellos que les perseguían; él sabía por qué. Al cabo de un rato concluyeron que no tenían más remedio que asumir todo aquello; al menos, hasta que entendieran lo que estaba pasando. Y les daba la impresión de que en aquella mansión podrían explicárselo. Resignados, se decidieron a seguir a Elisa hacia lo que, esperaban que por poco tiempo, iba a ser su nuevo hogar.

## El rayo que inunda de luz la oscuridad

El mago observó desde su ventana cómo amanecía sobre el mar, mientras apretaba un papel con fuerza en su puño derecho. Sus ojos chispeaban de rabia y su mandíbula estaba tensa. ¿Cómo era posible? Habían rastreado los espíritus desde que la chica del Fuego murió, habían encontrado a los nuevos depositarios... unos niños, solo eran unos malditos críos inexpertos que probablemente no sabían ni lo que les estaba pasando. Y sin embargo, habían fracasado. Cuando había enviado a sus agentes a la casa a comprobar qué había sucedido, la habían encontrado desierta: ni rastro de las criaturas ni de los cuatro humanos. Sin embargo, el ambiente olía a magia. Apestaba a bruja.

Con rabia, arrojó el mensaje a la chimenea del dormitorio, y se quedó mirando cómo se consumía entre las llamas mientras reflexionaba. Alguien se le había adelantado, y sospechaba que era para protegerles. Por lo tanto, tenía que meditar su estrategia. No podía fallar, su posición dependía de ello.

Volvió ligeramente la cabeza cuando la oyó llegar. Por el rabillo del ojo, vislumbró la túnica verde y blanca que se ceñía al contorno escuálido de su cuerpo, el cual, por otra parte, no carecía de cierta belleza sobrenatural. El mago sonrió con maldad.

—Escribe a nuestro fiel servidor —le indicó a la mujer—, creo que le vamos a necesitar.

Ella alzó la barbilla con expresión curiosa, pero no se movió del sitio.

—¿Sigue de nuestra parte? —preguntó con su voz suave y melodiosa como la brisa.

El mago rio por lo bajo con crueldad.

—Si no es así, haremos que lo esté —aseguró en un susurro malévol.

Ella se rio a su vez en el mismo tono. Su risa era casi más taimada que la de él.

—Como deseéis, mi señor.

Inclinó brevemente la cabeza a modo de despedida y se dio la vuelta para irse. Su túnica revoloteó tras ella mientras desaparecía por el umbral de la puerta, y él se demoró un segundo mirando el contorno de su espalda. Muchos no entendían qué veía en ella. Sonrió con diversión: que siguieran elucubrando, pensó mientras retomaba su posición.

junto a la ventana. El mar lucía un color más y más aturquesado cuanto más se alzaba el sol; la niebla cubría el horizonte, como siempre. La sonrisa del mago se ensanchó hasta convertirse en una mueca malévol. El día que atravesara esa niebla, sería para adueñarse del mundo. Y nadie podría impedirselo.

\*\*\*

Cora abrió lentamente los ojos y cuando miró el reloj, dio un respingo. “Mierda”, masculló; eran las dos y media de la tarde, si no se daba prisa no llegarían a la entrevista... ¿Por qué la habían dejado dormirse? Frunció el ceño. Algo no iba bien.

Lentamente, se incorporó en la cama y miró a su alrededor con cautela. Aquella habitación no era la suya: era mucho más sobria, sin adornos, con las paredes lisas pintadas de color pastel, y también era bastante más grande que la que solía ocupar. De hecho, había otra cama un metro más allá, paralela a la suya, y un pijama arrugado de color gris asomaba bajo la almohada, idéntico al que habían colocado a los pies de su cama: un conjunto de algo que parecía raso, formado por un pantalón y una camiseta de manga corta, de color rojo cereza. La colcha de la otra cama también estaba arrugada, como si alguien hubiese estado allí tumbado. Se frotó las sienes, cada vez más confundida. ¿Dónde estaba? Un escalofrío recorrió su espalda. ¿La habrían secuestrado, o algo parecido? Se levantó de un salto, dispuesta a escapar, cuando, de repente los recuerdos llegaron arrasando su cerebro. Jadeó y se sentó de nuevo en la cama, mareada. No era posible. Tenía que haber sido una pesadilla. No solo por lo estrambótico del asunto si no porque, de ser cierto, su vida acababa de dar un vuelco que no estaba segura de poder asumir. Se levantó de nuevo, lentamente y se pasó la mano por el pelo, angustiada. No podía ser verdad. Pero durante aquel gesto, el extraño tatuaje estrellado de su muñeca asomó en su campo de visión como una broma macabra, por lo que bajó la mano de inmediato y se quedó un rato contemplándolo, pensativa. Después, alzó la cabeza con resolución, respiró hondo y se dirigió hacia la puerta. Debía averiguar dónde estaba y qué diablos estaba pasando. Necesitaba confirmar que el mundo no se había vuelto loco de repente.

\*\*\*

Marco contempló pensativo el fondo de la pequeña fuente mientras trataba de poner en orden sus ideas. Su cerebro era un torbellino desde aquella mañana, cuando había salido de aquella terrible pesadilla e intuía, pero no se atrevía casi a pensarlo, que Marina, los monstruos y la gente que les había sacado de su casa estaban relacionados de alguna forma que escapaba a cualquier tipo de racionalidad. Y eso era lo que más le asustaba.

Había encontrado el jardín por accidente, al perderse por una pequeña escalera lateral de la mansión y salir por la parte de atrás. Sus pasos le habían conducido lentamente hasta aquel rincón, en el que, sorprendentemente, su mente parecía tranquilizarse. Casi se podría decir que sus pensamientos fluían con más serenidad, como las pequeñas corrientes que, a través de canalones de piedra abiertos en el suelo, salían de la fuente para desembocar en dos estanques laterales.

Se volvió al oír que alguien se acercaba, y cuando la vio, no pudo evitar sonreír ampliamente. Sandra.

—Hola —saludó.

—Hola. —Ella sonrió tímidamente— ¿Te molesto?

Marco sacudió la cabeza y le tendió una mano cariñosa a modo de invitación.

—No, claro que no, ya lo sabes.

Para Marco y Sandra, su relación trascendía la amistad hasta casi el hermanamiento. Se conocían desde la escuela primaria, desde aquel día que les castigaron por iniciar una batalla campal de bolas de papel a través del aula. Tras pasar una tarde entera solos en el despacho de la profesora, y pasado el enfado inicial, ya no había habido quien les separase. Cuando pasaron al instituto, nada cambió. Sus compañeros al principio pensaban que estaban enrollados en secreto, pero como nunca dieron muestras de nada más que una sincera amistad, aquello se fue olvidando. Además, allí conocieron a Ray y a Cora, y congeniaron enseguida con ellos. Los cuatro se convirtieron en el grupo de amigos más sólido de toda la escuela. Cuando Ray y Sandra empezaron a salir, Marco lo aceptó sin reservas. Quería lo mejor para ella y sabía que Ray lo podía ser; confiaba en él, era un buen chico, un buen compañero y un buen amigo.

Por eso, cuando Sandra se acercó aquella mañana, Marco sabía casi exactamente qué era lo que quería solo con mirarla a los ojos, con analizar su postura: había algo que la carcomía por dentro.

—¿Qué sucede, Sandra? Te veo... preocupada.

Trató de dar pie a la conversación mientras ella se sentaba a su lado. Sandra sonrió con la boca, pero no con los ojos.

—¿No se te escapa una, eh? —bromeó, pero inmediatamente se puso seria. Estaba claro que no sabía bien por dónde empezar. Se retorció las manos, nerviosa, como hacía siempre que algo le preocupaba, y respiraba con agitación—. Hay... algo que quiero preguntarte desde esta mañana... —se animó al fin—, yo...

Se interrumpió, tragó saliva y se echó la larga melena rubia sobre un hombro mientras jugueteaba con un mechón entre los dedos. Marco le cogió la otra mano.

—¿Sí? —intentó ayudarla.

Pero Sandra no contestó enseguida. Lo hizo al cabo de un rato, mirándole directamente a los ojos.

—¿Tú habías visto... antes... a esos... “animales” que iban a por nosotros?

Marco se estremeció al recordarlos y bajó la vista, tratando de que Sandra no notase la turbación que se había adueñado de su rostro.

—Sí—respondió en voz baja, mientras observaba el discurrir del agua por la fuente—, anoche, en mis sueños.

—Yo también—confesó ella—, pero lo más extraño es—miró al horizonte— que no era la primera vez que los veía en mis sueños—Marco alzó la cabeza, sorprendido. Obviamente, aquello no se lo esperaba—. Muchas noches tuve pesadillas en las que sombras cambiantes me rodeaban y susurraban mi nombre—continuó la joven— y, de vez en cuando, adoptaban el rostro de esas criaturas—se estremeció—, solo que hasta ahora pensaba que eran un producto de mi imaginación.

Marco suspiró con resignación.

—Bueno, en este caso parece que los sueños se han hecho realidad.

—Pues, maldita mi suerte—se lamentó ella mientras enterraba la cara entre las manos, abatida.

Marco se arrepintió enseguida de haber dicho aquello y la abrazó, cariñosamente, para tranquilizarla.

—Eh, cálmate—le susurró al oído—, ahora estamos a salvo, ¿no?

—Sí...—Sandra contestó poco convencida—. Marco, ¿puedo preguntarte otra cosa?

—Dime, lo que sea—aseguró él.

—¿Quién es Marina?

Ante aquella mención, Marco se puso rígido y se apartó sin brusquedad de su amiga. No quería pensar en la joven de su sueño. Pero la mirada de Sandra era profunda, casi suplicante. Iba a responder cuando una voz femenina tras ellos se le adelantó, sobresaltándoles:

—Pregunta más bien de qué la conoce.

Los dos se volvieron a la velocidad del rayo. Apoyada contra un árbol, semioculta por su sombra, se adivinaba la figura de una joven. Pero su voz no se parecía a ninguna que hubieran oído antes. ¿Cuánta gente vivía en aquella casa?

—¿Quién eres tú?—preguntó Sandra, intentando aparentar valor pero sin conseguirlo del todo.

Su interlocutora no respondió, pero salió al sol. Tenía el cabello largo de color dorado oscuro, y sus ojos eran marrones y grandes. Las cejas daban a su rostro un aspecto severo, pero Sandra no pudo dejar de apreciar las profundas ojeras y los halos rojizos alrededor de sus iris. Aquella chica había estado llorando mucho hasta hacía poco.

—Me llamo Aldara—repuso la desconocida— y vosotros sois...

—Yo soy Sandra y él es Marco —se apresuró a aclarar Sandra.

Aldara asintió, como si eso ya lo supiera, sin dejar de mirar a Marco. Se aproximó hasta quedar casi a su altura y repitió la pregunta:

—¿De qué conoces a Marina?

—¿Por qué quieres saberlo?

Aldara vaciló un momento. Después tomó aire e hizo un gesto de impaciencia.

—Porque era mi hermana. ¿Alguna otra pregunta o me vas a responder? —contestó con cierta rudeza, aunque Sandra detectó un ligero temblor en su voz.

Marco, por su parte, se quedó sin habla mientras Aldara seguía mirándole fijamente. La analizó durante un par de segundos, y concluyó que Marina no se parecía a aquella muchacha: la joven de sus sueños tenía el pelo corto y oscuro, y los ojos claros... La observó con desconfianza, ¿sería un truco? Pero al ver que ella mantenía sus ojos clavados en él y que su expresión seguía siendo seria y expectante, decidió que no tenía nada que perder. Hizo dos intentos, y al tercero carraspeó y consiguió articular:

—La vi anoche en una pe... en un sueño —rectificó.

Pero Aldara pareció no darse cuenta del matiz. Su expresión había cambiado. Ahora parecía casi beber de sus palabras.

—Descíbeme ese sueño —le ordenó ella, acuclillándose. Su tono de voz era algo más amable. Él la miró con cautela.— Por favor.

El tono se dulcificó un poco más. Marco la miró de arriba abajo con suspicacia, pero ante la insistencia de sus ojos oscuros, cedió.

—Está bien.

Tras poner en orden sus ideas, le relató el sueño lo más fielmente que pudo, y ella no se movió un ápice hasta que terminó. Cuando lo hizo, como único gesto Aldara giró la cabeza y miró fijamente hacia algún punto en el horizonte, pensativa. A Marco le pareció que incluso sus ojos se humedecían, pero fue un segundo, puesto que cuando se volvió hacia él, no había más rastro de lágrimas que antes en su rostro.

—Gracias —le dijo con sequedad.

Y dicho esto, se levantó, se dio la vuelta y se fue por el camino que llevaba a la casa sin otra palabra. Marco y Sandra se miraron extrañados. Decididamente, aquello empezaba a salirse de los límites de lo cabal.

\*\*\*

Cora entró con cautela al salón; desde el recibidor se oían voces juveniles, y no podía menos que ir a investigar. Allí vio varios grupos de gente de diversas edades: unos jugaban al *pinball*, otros trabajaban en grupo sentados en una mesa y otros veían la televisión. Sin embargo, en cuanto dio dos pasos en el interior de la estancia, la actividad cesó y todos la observaron fijamente, con la misma mirada que ella hubiera dirigido a un extraterrestre que se cruzase en su camino en medio de la Gran Vía. Cora se dio la vuelta para irse, repentinamente incómoda, cuando escuchó cómo alguien tras ella decía: “Esa debe ser la humana”. La joven se puso rígida y sintió cómo se le erizaba el vello de la nuca. “¿Aquellos chicos y chicas... no eran humanos?”. Reprimiendo un nuevo escalofrío, salió corriendo sin pensar hacia la puerta que vio abierta más cercana y la cerró tras de sí, jadeando de miedo. Pero el temor se transformó en asombro cuando comprobó dónde se encontraba.

Parecía un estudio de baile por el tamaño y los amplios ventanales, pero la mesa alargada que presidía el centro, tallada en madera oscura y rodeada de sillas a juego, desmentía totalmente esa función. Parecía más bien una sala de reuniones. Cora miró hacia el techo. Había una bóveda chata en la que aparecían pintados dos dragones entrelazados rodeados de símbolos desconocidos para ella.

—¿Buscabas algo?

La voz femenina había resonado a sus espaldas, y Cora se volvió de un salto, como si la hubiesen pinchado, con los ojos como platos y el corazón latiendo a mil por hora. Una chica rubia, delgada, bajita y con gafas la observaba desde la puerta entornada, con expresión curiosa.

—No voy a comerte, no pongas esa cara —dijo ella, y Cora se esforzó por normalizar su respiración— pero debes saber que no puedes estar aquí —le indicó la otra a continuación, sin severidad.

Cora carraspeó para obligar a reaccionar a sus cuerdas vocales tras el susto.

—Lo siento. Soy nueva aquí.

Esbozó una torpe sonrisa de disculpa y la otra chica pareció comprender.

—Ah, sí. La chica humana.

Cora apretó los dientes con irritación. Era la segunda vez que la llamaban “humana” como si fuese algo fuera de lo normal. Fue a dar una réplica cortante, cuando la arquera del pelo corto y ondulado que les había rescatado de los monstruos asomó su cabeza detrás de la muchacha rubia. Su mirada se dirigió de inmediato hacia esta última.

—¡Ah, estás aquí!

La chica rubia se volvió a su vez.

—He encontrado a la chica que quería ver Ruth. Bueno, a una de ellas.

La joven morena dirigió su mirada hacia Cora.

—¿Eres Cora Ferrer, verdad?

A la interpelada se le cortó la respiración.

—¿Cómo sabes mi apellido?

La otra se encogió de hombros con desgana y no contestó. En cambio, le hizo una seña y le dijo:

—Sígueme. Os están esperando.

Cora decidió obedecer. Otra vez. “¿Qué más puedo perder ya?”, pensó con amargura a la vez que sus pensamientos volaban, sin querer, hacia Sandra. Ella tenía a Ray, incluso a Marco cuando la necesitaba... sí, al parecer el *casanova* había pasado olímpicamente de enamorarse de su amiga del alma, aunque fuera escultural. Era raro, pero no asunto suyo. No obstante, no pudo evitar sorprenderse al sentir una punzada de dolor junto al pecho izquierdo cuando la imagen de Marco apareció en su mente. Sacudió la cabeza. “No”, se dijo, “no caigas en su trampa, ya le has visto actuar y al final, si consigue lo que lleva buscando tanto tiempo, luego solo serás un triunfo más”. Siempre que le empezaba a resultar tentadora la idea de que Marco y ella podían acabar juntos y felices, se autoconvencía de lo contrario con aquellas mismas palabras. Por ahora, funcionaba.

—Ya hemos llegado —anunció su guía.

Cora volvió de golpe a la realidad con un respingo y miró a su alrededor. Se encontraban en un pasillo recubierto de paneles de madera, frente a una puerta de color negro. Su guía la abrió y ante sus ojos apareció un salón grande e iluminado por la luz del sol que entraba desde dos amplios ventanales. Como mobiliario, tenía una pared forrada de estantes, una chimenea, dos sofás de cuero negro, dos mesitas auxiliares y una mesa de té central. Pero no estaba vacía.

Davin y otras dos chicas de piel morena que no conocía pero que, por el parecido físico, supuso que eran hermanas, estaban sentadas en un sofá. El tal Óscar, Elisa y una chica de cabello ondulado color miel ocupaban el otro. Además, había una mujer en la sala. Era alta, de porte distinguido: pelo rubio platino y corto bajo las orejas, lacio, con la raya casi central. Y sus ojos... de un azul muy claro, casi transparente... se parecían a los de Marco. “Deja de pensar en él”, se gruñó a sí misma. Aunque casi fue como invocarle porque entró en ese instante en el salón, seguido de Sandra, ambos precedidos por la chica de ojos verdes que les había rescatado, y otra de ojos oscuros y cabello corto por los hombros, rubio en diferentes tonalidades. Cerrando el grupo iba Ray. Cuando la puerta se cerró tras ellos, la mujer rubia sonrió.

—Bueno, pues ya estamos todos.

## Leyenda

—Bienvenidos a esta reunión —proclamó la mujer, deteniéndose junto a la chimenea. Tenía elegancia de movimientos y un porte casi nobiliario. Un pentáculo tatuado asomaba en el hueco entre sus clavículas, sobre el cuello del vestido de color violeta. Sus ojos lo observaban todo, y parecía como si fuese capaz de adentrarse en cada una de sus almas y conocer todos sus secretos—. Os he reunido para tratar un asunto importante, del que intuyo que habéis tenido conocimiento dado el revuelo que se desató anoche —su mirada se posó brevemente en Aldara, que estaba sentada en el sofá; esta agachó la cabeza y apretó los labios. Parecía intentar contener su duelo a toda costa—. Anoche perdimos a aquellos cuatro que nunca deberían haber desaparecido —prosiguió. Cora sintió un escalofrío... ¿Cuatro, había dicho? ¿Coincidencia? Improbable— lo cual nos lleva a una situación aún más delicada si cabe que la que vivíamos. —Se volvió hacia la chica del pelo corto rubio— Andie, ¿hay novedades de tus espías?

Marco enarcó las cejas. ¿Espías? Por suerte Andie no lo vio. Por el contrario, se limitó a mirar a la mujer rubia y a negar con la cabeza.

—Seguimos sin saber quién azota a esas criaturas en nuestra contra —informó en un tono ligeramente abatido— aparecen y desaparecen cuando menos lo esperamos, y lo peor de todo es que parecen haber aprendido a adoptar temporalmente

la apariencia de otros seres —miró elocuentemente a su auditorio—. No podemos fiarnos de nadie ahora mismo.

—Espero que no hables por ti —observó Óscar.

Todos clavaron sus ojos en él, y Andie le miró con un odio especial.

—Mis poderes están en plenas facultades, Óscar. Y los de mis espías también. Son los mejores de Madrid.

—¿Poderes? —se le escapó a Ray. Enseguida se arrepintió de interrumpir puesto que todos se volvieron hacia él. Enrojeció intensamente. “Idiota”, pensó.

—No es tonto el que no sabe, Ray —le dijo de repente Andie.

Él alzó la vista, incrédulo, hacia la muchacha... ¿Cómo había sabido...? Pero ella miraba ahora a la mujer rubia, que tomó la palabra.

—Ray —dijo en tono suave—, todos aquí hemos nacido con unos dones especiales, con un espíritu que podemos moldear a nuestro gusto en algunas cosas y que en otras permanece fijo. Hay quien nos llama “hechiceros”, “brujos” o “magos”.

—¿Hechiceros? —repitió Cora incrédula, mientras miraba alternativamente a todos los presentes—. ¿Qué clase de broma es esta?

—No es una broma, Cora —respondió la mujer en tono cortante, pero suave— podemos hacer magia, cada uno a nuestra manera... —pareció dudar un segundo— y si vosotros cuatro estáis aquí... Es porque también vosotros podéis.

—¿Qué? —Marco se rio con sarcasmo— No, no, eso es... imposible. No...

La mujer alzó una mano hacia él, y antes de que el chico pudiese reaccionar, un rayo salió de su mano, pasó rozando su oreja izquierda y se estrelló contra la pared con un chasquido. Los cuatro humanos se apiñaron aún más, aterrorizados de pronto.

—Esto no puede estar pasando... —casi sollozó Sandra—. No puede ser.

—Tendrás que asumirlo, Sandra —le dijo Elisa con voz amable—. El tatuaje de tu tobillo es lo que lo confirma.

—Mi... tatuaje... —la mirada de Sandra bajó hacia su tobillo. La de Cora hizo lo propio hacia su muñeca—. ¿Qué quiere decir ese símbolo?

—Indica tu poder —explicó la mujer—, poco a poco se irá definiendo hasta completarse y entonces significará que el poder ha madurado dentro de ti.

Sandra sintió que se mareaba. Aquello ya era demasiado. No obstante, se atrevió a preguntar:

—¿Y... cuál es mi poder, exactamente?

Su interlocutora sonrió.

—El Aire, Sandra. El Aire.

Los otros tres la miraron con suspicacia.

—¿Qué clase de poder es el Aire? —inquirió Marco.

La mujer suspiró.

—El Aire es un elemento. Ahora Sandra tiene ese poder en su interior... Aunque, será mejor que os lo relate despacio.

>>>Desde que el mundo es mundo, la Humanidad ha necesitado creer en algo: fenicios, griegos, romanos, íberos, sumerios, árabes, precolombinos, aborígenes de cualquier lugar del mundo... cada civilización, veía el mundo a su modo y tenía sus divinidades, a cada cual más diversa.

No obstante, casi todos coincidían en la existencia de algo básico y fundamental para la existencia del mundo: La conjugación de cuatro Elementos fundamentales. Estos eran

Tierra, Agua, Aire y Fuego, que combinándose daban lugar a todo lo que había sobre la faz del planeta. Esos cuatro Elementos, los chamanes, los brujos y los curanderos los veneraban casi como a auténticas divinidades, los verdaderos padres del mundo. Y por ello, en ocasiones, invocaban su poder ilimitado para salvar a su pueblo de algún desastre o para que les ayudase a prosperar.

>> Cuenta la leyenda que, de vez en cuando, esas plegarias eran escuchadas y los espíritus ocupaban el cuerpo de cuatro humanos, generalmente de posición humilde o que no albergaban la maldad en su interior. Todo para poder ayudar a la Humanidad a sobrevivir. A veces eran identificados y venerados; otras veces, perseguidos y hasta asesinados. Pero los Elementos volvían a formar parte de la Naturaleza hasta que el mundo les reclamaba de nuevo.

>> En el siglo XVIII, un mago cronista desconocido para la gente corriente, Anthony Adams Fraser, dedicó su vida, que duró ochenta y dos largos años, a seguir la pista a los Elementos. Así, se dio cuenta que no era en momentos puntuales cuando los Elementos aparecían sobre la Tierra... sino que estaban constantemente ahí. En sus muchos viajes por Europa, encontró que, bajo la apariencia casi siempre de artistas peculiares, se escondía esa mirada limpia de quien no pertenece a este mundo, y a la vez es el mundo en su totalidad. Preguntó a muchos, y muchos confesaron tener un poder como el que él buscaba; y, casualmente, siempre que preguntaba a un artista del fuego, el anterior había muerto por alguna razón. Por tanto, pensó, era una herencia al azar. Nadie sabía a quién estaban destinados. Y en este caso, os ha tocado a vosotros.

Cuando terminó con su explicación, se hizo el silencio. Los cuatro humanos... o elementales —en ese momento ninguno de ellos tenía claro lo que eran—, la miraban con los ojos como platos, pensando que estaba mal de la cabeza. Ella y todos los demás. Marco fue el único que se atrevió a hablar, al cabo de un largo minuto:

—Pero, entonces... —sus compañeros se volvieron para mirarle, sobresaltados. Se habían quedado tan aturridos que les sorprendió oír su voz— ¿quieres decir que los... Elementos nos han... “elegido”?

—Sí —confirmó la narradora— pero si os interesa saberlo, solo tengo claro que si lo han hecho es porque erais humanos, no magos. Hay muchas incógnitas al respecto todavía.

—Pero no lo entiendo —intervino Sandra—. Precisamente por el hecho de no ser magos...

—¿No deberían haberos elegido? —completó la otra— Quizá. Pero por lo que sabemos, siempre ha sido así. Al fin y al cabo, los dones que hemos recibido los magos ya son carga suficiente, creedme. Tener poderes supone una fuerte responsabilidad y a veces, cuesta cumplir con ella —sentenció antes de dirigirse despacio hacia la puerta—. Ahora si me disculpáis, tengo que subir a mi despacho. Hay asuntos que me requieren

—miró a los demás brujos— Doy por finalizada la reunión, chicos. Volved a vuestras tareas.

—Pero espera... ¡no puedes dejarnos así! —protestó Cora.

La mirada azul de la mujer la atravesó sin dureza.

—Estoy segura de que la gente de vuestra edad sabrá explicároslo mejor que yo. Si me disculpáis... —repitió, y antes de que nadie pudiese decir nada más, salió por la puerta cerrando tras de sí.

—No os preocupéis, Ruth no es así habitualmente —les tranquilizó la chica rubia de gafas—, solo está... agobiada por esto.

—¿Y quién no? —escupió Aldara de improviso con malos modos—. No es la que se lleva la peor parte.

—Al...

Pero la chica no atendió a razones. Se levantó a su vez con brusquedad, y se fue dando un portazo más fuerte que el de Ruth. La chica del pelo corto, que según recordaban, era Andie, suspiró con abatimiento y se aproximó a ellos cuatro.

—Vamos fuera, chicos. Creo que os debemos alguna explicación más.

La reunión se disolvió rápidamente, y el cuarteto salió con la chica por la puerta principal. Mientras sus compañeros se repartían por los terrenos de la mansión, ella se encaminó hacia un bosque cercano y ellos la siguieron. Cuando estaban a una buena distancia de la casa, llegaron a un recodo donde había dos bancos de piedra formando media X, situados bajo un árbol. La chica se sentó en uno de ellos, y Cora se sentó a su lado. Marco se quiso quedar de pie detrás de ella con las manos apoyadas en el respaldo, pero se llevó un gruñido por lo que fue a hacer lo mismo en el banco opuesto, donde se acomodaron Sandra y Ray. La joven bruja sonrió a Cora con amabilidad.

—Desde luego, tienes un carácter de Fuego —comentó.

Cora alzó una ceja, escéptica.

—¿Fuego? ¿Yo soy Fuego? Venga ya...

—La verdad es que te pega...

—¡Tú te callas!

Marco se llevó una mirada asesina y ardiente a partes iguales.

—¡Pero si es verdad! —se defendió él, herido. ¿Por qué Cora no podía reaccionar como una persona normal cuando se dirigía a ella?

—Tranquilidad por favor —pidió entonces Andie—. Antes de nada, quiero presentarme formalmente. Soy Andrea Linares, aunque todos me llaman Andie. Soy una Consejera de Ruth, la mujer que habéis conocido, al igual que mis compañeros. Ella es la Directora de esta Escuela de Magia.

—¿Consejeros? ¿Directora? ¿Escuela de Magia? —preguntó Ray atropelladamente, atónito.

—Sí —replicó ella con naturalidad.

—Pero...

—Espera —Andie alzó las manos ante la objeción, esta vez, de Cora—. En cada comunidad autónoma de España hay una Hermandad de Hechiceros. Cada Hermandad está compuesta por todos los magos registrados de la región, y a los jóvenes se les admite y enseña en la Escuela Central de la comunidad, como esta, que es la de Madrid.

—¿Qué clase de poderes? —inquirió Marco— ¿Cómo los nuestros?

—No. Vosotros sois seres especiales.

—¿Especiales?

—Para nosotros hay diez clases de poderes —continuó ella— que dependen del planeta o del astro que influyera en la época de tu nacimiento, es decir, el regente de tu signo zodiacal. Según eso, te asignan a una Casa cuando naces, te ungen con los atributos correspondientes y pasas a llamarte Hijo del Dios que corresponda. En realidad, nos llamamos “Hijos de los Dioses”. Generalmente, utilizamos la mitología griega o romana para identificarnos, pero el nombre da lo mismo —hizo un gesto para restarle importancia—. La cuestión es, que cuando entras en la Escuela pasas a formar parte de una gran familia de magos, y te relacionas con aprendices de todas las Casas. Y si como yo, o mis compañeros, has terminado tus estudios, puedes volar solo o quedarte para ayudar en la casa. A nosotros, Ruth nos eligió por nuestras calificaciones y nuestro valor interior. Es sorprendente pero, gracias a su poder, puede intuir con certeza casi todo sobre una persona.

—¿Qué planeta rige a Ruth? —preguntó Ray con curiosidad.

—Júpiter, por supuesto —Andie sonrió con diversión—. Los Hijos de Júpiter son los que acceden siempre a los puestos de mando importantes.

—Pero, ¿y si no resultan aptos?

Ahora Andie se rio con ganas, y Sandra se ruborizó pensando que había hecho una pregunta ridícula.

—Pues en ese caso, se busca a otro Hijo de Júpiter que sea más apto para el cargo —explicó la maga con simpleza—. Raro es que no lo haya.

—¿Y en el resto del mundo?

Andie sonrió de nuevo, pero esta vez parecía más melancólica.

—Hay Hermandades por todo el mundo, en los cinco continentes —miró hacia un árbol, pensativa—, y todas se gestionan desde el mismo punto —se volvió hacia su audiencia—: La Isla de Avalon.

Marco se rio entre dientes con sarcasmo.

—Todo el mundo sabe que Avalon es un mito. El Rey Arturo y todo aquello...

—El Rey Arturo no llegó nunca a Avalon —la mirada de Andie se había tornado más dura, y su voz, fría como el hielo—. Ni siquiera lo hizo su hermana, Morgana LeFay, castigada por atreverse a dudar de la capacidad de gobierno de la que era su maestra y Dama del Lago en aquel momento. Hasta que no llegó la joven Eleanor de Guies a romper la maldición, Avalon estuvo cerrado durante casi dos siglos, y abandonado tras la muerte de la Dama y sus sacerdotes, sacerdotisas y sirvientes.

Los cuatro palidieron.

—Pero entonces, ¿Avalon... existe?

—¡Claro que existe! —Andie parecía ofendida—. Pero dado que nunca un humano mortal ha pisado sus orillas, obviamente los historiadores corrientes lo toman como un mito.

—Vaya...

—De todas formas —les advirtió Andie mirando sus caras, súbitamente esperanzadas— no os hagáis ninguna ilusión; Avalon es un centro de mando, y a pesar de ser una isla grande con una población asentada por cada Casa, es todo burocracia y política, así que no conviene ir sin una buena razón.

La ilusión decayó de inmediato y todos asintieron, aunque a regañadientes. Hubiera estado bien ir a ver la mítica isla. Andie miró entonces el reloj.

—¿Alguien tiene hambre? —preguntó sonriendo y cambiando de tema.

Nuevo asentimiento general, con bastante más entusiasmo. Andie se levantó de un salto.

—En marcha pues. Soy más capaz de responder con el estómago lleno.

Durante la comida no estuvieron solos. Davin, que resultó ser la hermana de Andie, también se les unió, así como la muchacha rubia de ojos verdes que les había rescatado y que respondía al nombre de Diana. Entre las tres, les hablaron de los diferentes poderes que coexistían.

Mercurio era el dios mensajero, y por tanto, Andie, Géminis, Hija de Mercurio, tenía poderes sobre la mente y sobre el espacio. Podía leer las mentes y enviar mensajes telepáticos, y además teletransportarse. También se decía que los Hijos de Mercurio podían bajar a negociar al Inframundo, pero Andie se remitió rápidamente en este punto a hablar de Elisa, nacida Escorpio, la Hija de Plutón, también conocido como Hades. Gracias a ello, podía comunicarse con los muertos e invocarlos —además de otras habilidades—. Como también se asociaba a Plutón con los minerales, los Hijos de Plutón eran los encargados de realizar las tallas mágicas que se usaban en determinados conjuros, así como monedas, colgantes y otros adornos. Davin era Aries, y por tanto, Hija de Marte y sirviente del Dios de la Guerra. Tenía una velocidad increíble, unos reflejos rapidísimos y una capacidad innata para luchar, además de bastante mal genio, añadió Andie, consiguiendo llevarse, en respuesta, una mirada asesina y un puñetazo cariñoso en el hombro.

Aldara era la Hija de la Luna, Selene o Artemisa, y poseía por ello una capacidad innata de comunicación con la naturaleza, aparte de ver en la oscuridad y poder transformarse en cualquier animal. Además, gozaba de una mente brillante que le permitía aprender rápidamente todos los conjuros que caían en sus manos, por lo que era una de las hechiceras más aventajadas de aquella mansión.

—¿Qué le pasa a Aldara? —preguntó Sandra, muerta de la curiosidad—. Sé que está afectada por lo de Marina, pero...

—Es difícil de entender para alguien que no sabe lo que había entre ellas —dijo Diana.

—Sí, eran hermanas, ella nos lo dijo —afirmó Marco—, pero, ¿cuál es su historia?

Andie suspiró.

—Marina fue dotada con el poder del Fuego —explicó.

Cora ahogó un grito y notó cómo comenzaba a hiperventilar.

—Madre mía... Madre mía... —gimió angustiada.

—Relájate, Cora, respira hondo. No pasa nada —la tranquilizó Andie.

—Sí —corroboró Davin— no tienes la culpa.

Cora torció el gesto.

—Ya, pero Aldara me mirará mal a partir de ahora. Lo típico de “nadie podrá ocupar nunca el lugar de mi hermana”...

—Su muerte está muy reciente —interrumpió Andie con voz suave—, se repondrá. Sabía que esto podía pasar, ha pasado durante siglos.

—¿Y sus compañeros? —preguntó entonces Marco, haciendo lo posible por no visualizar de nuevo el momento en el que el alma elemental de Marina surgía de su cuerpo en forma de tormenta de fuego y la abandonaba para siempre—, ¿están...?

Las tres brujas se miraron, indecisas. Al final, Davin respiró hondo y tomó la palabra.

—Los cuatro Elementos forman un todo en la Tierra. Son los que controlan el equilibrio natural, y son tan independientes como inseparables. Generalmente, sabemos que si uno es obligado a abandonar su morada mortal, los otros tres deberán hacerlo también.

—¡Pero eso no es justo!

—Lo sabemos —intervino Diana— pero habitualmente los cuatro elementales tienden a encontrarse y a estar siempre juntos, antes o después de la fusión. El cuarteto tiene que ser fuerte y permanecer unido, como en la Naturaleza. Siempre ligados.

Los cuatro cruzaron miradas de temor. Más les valía cuidarse, entonces... ¿No?

—Deberéis cuidaros los unos a los otros y permanecer el mayor tiempo posible cerca —advirtió Andie, severa, como si hubiera adivinado sus pensamientos y mirando especialmente a Cora y Marco—. Tenéis que aprender a dominar vuestros respectivos poderes y a trabajar en equipo. Y sobre todo, tened mucho cuidado.

—Nos cuidaremos —prometió Ray, hablando por todos.

Las tres chicas sonrieron con tristeza.

—Lo que le sucedió a Marina no fue ningún accidente —dijo Davin entonces—. Hay alguien que busca a los Elementos. Ignoramos para qué, pero sabemos que esas criaturas que os atacaron son los esbirros encargados de cazarlos.

Sandra sintió cómo un escalofrío sacudía su cuerpo y se abrazó a Ray, asustada.

—¿Y cómo podremos hacer todo eso que nos pedís? Estamos completamente perdidos, no sabemos qué hacer ni cómo hacerlo...

—De eso —dijo Andie con una sonrisa de ánimo— nos ocuparemos todos juntos.

Aquello pareció tranquilizarles un poco, y terminaron de explicarles las diferentes Casas y poderes mientras la tarde caía lentamente al otro lado de la ventana. Layla, Acuario, era Hija de Urano, lo que le otorgaba la capacidad de volar e interpretar el cielo al primer vistazo; Diana, Piscis, Hija de Neptuno, con capacidad para provocar maremotos y terremotos y que podía hablar con los caballos, además de ser la Casa de los jinetes por excelencia. Beth, Tauro, Hija de Venus, empatía y capacidad de influir en los estados de ánimo, y hermana pequeña de Layla. Rebeca, Capricornio, Hija de Saturno, con capacidad para viajar en el tiempo y saber cuándo alguien dice o no la verdad. Keira, su mejor amiga, Leo, y por tanto Hija del Sol, siempre con su arco a punto y con poder para manejar la luz blanca a su antojo, aparte de la capacidad de curar

y profetizar. A pesar de ese enorme poder, era una chica callada y humilde, que nunca se metía con nadie.

—Me sorprende que gente tan poderosa se someta al poder de otros —comentó Marco boquiabierto.

—Los Hijos de Júpiter, los Sagitario como Óscar o Ruth, son los únicos que pueden gobernar sobre los colectivos de hechiceros —explicó Andie—. Tienen el poder del rayo e intuyen todo lo que pasa a su alrededor y no es visible a los ojos humanos. Además —guiñó el ojo— Júpiter era el rey de los Dioses, ¿no? ¿Quién más podría ostentar ese cargo?

Terminaron de comer y Andie sugirió acomodarse un rato en un despacho para poder hablar más cómodamente. Todos estuvieron de acuerdo, especialmente los cuatro recién llegados. Había muchas dudas que resolver.

\*\*\*

Óscar entró en el despacho sin hacer ruido. Ruth sonrió interiormente. A primera vista, aquel muchacho no parecía humano. Cualquiera diría que algo en su sangre era felino por cómo se movía. Alto, moreno, extremadamente delgado, silencioso y ágil. Ruth se mantuvo sentada, con los codos apoyados en el escritorio y la barbilla sobre las manos cruzadas, mientras veía cómo su discípulo se aproximaba. Era lo más parecido a un hijo que tenía desde que su marido la había abandonado hacía dos años, tras muchas mentiras y un aborto. Desechó el recuerdo rápida y suavemente hacia su rincón. No era momento de sentimentalismos.

Óscar se sentó frente a ella, apoyando los antebrazos sobre los muslos y cruzando las manos. Su postura favorita cuando se trataba de hablar.

—Me has llamado.

No era una pregunta. Con Óscar no solía serlo, puesto que siendo Hijo de Júpiter, intuía todo lo que sucedía a su alrededor que no podía verse a simple vista. Ruth le sonrió brevemente, con tristeza.

—Sí —suspiró, y se apoyó sobre el respaldo de la silla. No le atraía lo más mínimo la tarea que le quedaba por delante, y sin embargo...— Me marchó, Óscar.

Él pareció confundido de repente, aunque lo único que demostró su inquietud fue su ceja derecha, cuando se arqueó ligeramente.

—¿Irte? —inquirió con suavidad.

—Sí. A Avalon, a ver a Morgana.

Óscar asintió, comprendiendo.

—Ha pasado algún tiempo —apuntó con cautela.

Ruth hizo una mueca de desagrado.

—Sí —admitió—, pero mi hermana sigue gobernando allí y he descuidado mucho esa relación, tan ocupada como estaba con el Centro y la Hermandad... No es fácil regir a tanta gente.

—Lo imagino.

Ruth se rio con franqueza.

—Ay, Óscar... tú siempre tan discreto y tan poco hablador...

Ahora le tocó sonreír a él, ligeramente, apenas un movimiento de la comisura de los labios.

—Siempre he sido así. Además, tú me enseñaste que la prudencia es una virtud.

Ruth asintió.

—Sí, y por eso quiero que te ocupes del Centro mientras yo no estoy. Sé que lo harás bien.

Óscar asintió con rostro impasible.

—Puedes confiar en mí —aseguró, sin cambiar el tono.

Ruth le devolvió el gesto.

—Suspende las clases si quieres, no quiero que también tengas esa carga. Además —añadió— si alguien que no debe se entera de que los Elementos están aquí...

—Sería peligroso para los alumnos —completó Óscar, plenamente consciente de la importancia de aquel punto—. De acuerdo, enviaré a todos los que pueda a sus casas.

—Bien, entonces puedes irte. Tengo que hacer el equipaje. Discúlpame.

Óscar no respondió, no hacía falta. Incluyó la cabeza a modo de reverencia, se levantó y se dirigió silenciosamente a la puerta. Pero antes de cruzar el umbral, se volvió.

—¿Ruth?

—¿Sí?

—Buena suerte.

Ruth le miró fijamente.

—Gracias, Óscar. Que los Dioses te protejan.

—Y que siempre velen por ti —respondió él.

Era un mero formalismo, pero a Ruth le conmovió ligeramente. Cuando él salió del despacho, la bruja se volvió hacia la ventana. Fuera, la tarde desaparecía detrás de los árboles. Andie y Elisa charlaban en el jardín. Davin y Diana daban vueltas a caballo en el picadero, y Aldara y Keira practicaban con el arco. Suspiró. Pasara lo que pasara, sabía que tardaría en volver a verles. Si es que volvía a verles.

## Sol

Cora observó cómo se ponía el sol desde la azotea. Curioseando por el segundo piso, había encontrado la escalera de acceso, y le había parecido ideal puesto que necesitaba estar sola. Sentada en la balconada, su mente bullía de ideas, de preguntas, de dudas... Y mirar el sol hundirse en el horizonte le daba una serenidad que no había encontrado en ningún otro sitio en toda su vida. Además notó que mirarlo directamente no le hacía daño en los ojos. Sonrió. Al final Andie iba a tener razón.

Unos pasos detrás de ella interrumpieron sus pensamientos. Se levantó rápido y se volvió, ligeramente a la defensiva, pero solo era Marco. Frunció el ceño, molesta por la interrupción, y volvió a sentarse a mirar el sol, dándole la espalda a propósito. Sintió cómo él se acercaba, y por una vez, no le dijo nada ni hiriente ni insultante. En aquel momento, le parecía un desperdicio inútil de ingenio y saliva. Él se sentó a su lado, de espaldas al sol.

—Pensé que habías huido —comentó.

Cora detectó su habitual tono bromista, y, sin saber por qué, decidió seguirle el juego. Sin mirarle, dijo:

—Sí, iba a convertirme en una bola de fuego y a salir volando, pero luego lo pensé mejor.

Escuchó cómo él se reía sinceramente y se obligó a mirarle, aunque una punzada involuntaria de dolor le atravesó el corazón al hacerlo. Sí, era guapísimo, ¿quién podía no admitirlo? Aquel pelo rubio, espeso y ondulado; sus ojos, azules casi transparentes; y su cuerpo había pasado por el gimnasio, pero sin excesos. Y tenía que admitir que en algún momento hasta era simpático. Él la miró cuando sintió sus ojos sobre su rostro, y Cora apartó rápidamente la vista, sintiendo cómo sus mejillas enrojecían a gran velocidad. No, no y no. El mayor defecto seguía estando allí. Y es que Cora estaba segura de que Marco era incapaz de enamorarse. Aparte de Sandra, que no contaba como mujer en su vida, aquel chico había tenido infinidad de ligues y amantes desde el instituto. Incluso una vez, en un arranque de pasión, ellos dos habían tenido un encuentro más o menos subido de tono bajo la escalera del aulario. Sin embargo, Marco, al día siguiente, no parecía ni acordarse, y cuando ella le pidió explicaciones, simplemente alegó que estaba borracho en aquel momento, y le dijo que no se lo tomase tan a la tremenda, porque total, “liarse con una chica no te obliga a casarte con ella, ¿no?”. Cora no pudo perdonarle aquello jamás, y se prometió a sí misma que nunca

dejaría que nadie jugase ni con ella ni con sus sentimientos, y mucho menos Marco. Creó una barrera sólida alrededor de su corazón y, hasta la fecha, ese muro seguía ahí, inquebrantable... ¿o no? Había veces en que Cora dudaba de la solidez de aquel escudo, sobre todo desde que formaron el grupo y decidieron mudarse al mismo piso a vivir. Cora podía convivir con Marco, sí. Lo que no podía soportar era que intentase ligar con ella constantemente, ni que la provocara con bromas e insinuaciones; porque a su modo de ver, el insulto había sido tan grande que había abierto una brecha insalvable entre los dos. No obstante, había veces... solo algunas... que no podía evitar imaginarse lo que podría suponer que Marco acariciase su mejilla, la abrazase e incluso...

—Ya veo que no quieres hablar conmigo, ¿eh? —tanteó él.

Cora volvió a la realidad en un segundo.

—Eso no debería ser una novedad para ti —le contestó; y sin darse cuenta, sonrió.

Marco pareció sorprendido por aquel gesto, pero sonrió a su vez. Cora sintió un escalofrío. “Qué sonrisa...”, pensó algo encandilada.

—Cora, yo...

—¿Sí? —contestó ella, con más dulzura de lo normal.

Marco se atragantó y apartó la vista. Cora se maldijo interiormente por haberse mostrado tan dócil, y trató de recuperar su pose habitual.

—¿Por qué aceptaste convivir conmigo después de lo que pasó?

Aquello sí que no se lo esperaba. Cora se volvió lentamente, porque no podía creer que se lo estuviese preguntando de verdad. Su corazón aleteó rápidamente y notó cómo un súbito calor lo rodeaba. Francamente, debía reconocer que no tenía respuesta. Y Marco pareció darse cuenta.

—¿Qué te pasa? —preguntó, acercándose con gesto preocupado.

Cora respiró hondo y forzó una sonrisa rápida para quitarle importancia, pero por primera vez en mucho tiempo, no se alejó de él.

—No es nada —repuso evasiva—. Simplemente creo que empiezo a notar ese fuego en mi interior.

Estaba bromeando, pero Marco sonrió de manera diferente y la miró directamente.

—Ese poder ha estado siempre dentro de ti. Lo veo en tus ojos —añadió mientras se inclinaba hacia ella—, cada vez que te miro.

Cora palideció y tembló. Lo iba a hacer. Maldita sea, iba a hacerlo, y ella estuvo a una centésima de permitirlo. Despacio, retrocedió un paso y desvió la vista hacia el jardín, ligeramente turbada.

—Marco, por favor. Creía que conocías la respuesta a tu pregunta.

Su tono había sido algo más seco de lo que había pretendido, pero pareció surtir efecto, porque el chico se incorporó y se apartó de ella. Su rostro reflejaba lo dolido que estaba. Cora tragó saliva y trató de mantener la entereza.

—No puedo volver a estar contigo —musitó, sabedora de cual era el sentido de todo aquello—. Lo siento, Marco. No voy a dejar que me hagas daño otra vez.

La situación se estaba volviendo muy incómoda, por lo que intentó esquivarle para dirigirse hacia la puerta. Pero él no se dio por vencido enseguida. La agarró del brazo con fuerza cuando pasaba a su lado, la obligó a volverse, y sus labios se unieron antes de que ella pudiera evitarlo. Al principio, sus manos empujaron los hombros de Marco, intentando apartarle, pero, a medida que sus lenguas iban encontrándose, empezó a relajarse. Despacio, deslizó sus dedos por el cuello de él, y notó cómo sus brazos se ceñían en torno a su cintura. Era una sensación tan maravillosa, besaba tan bien... pero el efecto duró tan solo hasta el momento en que una voz chilló en su cabeza: “¿¿¿Qué demonios haces??”. En ese instante, fue consciente de lo que estaba haciendo en realidad y se apartó bruscamente de él, como si le hubiera dado un calambre. Él la miró, confundido, y se encontró con sus ojos oscuros, en los que se mezclaban el rechazo y el deseo a partes iguales. Al final se impuso el primero. Cora retrocedió un paso, zafándose de sus brazos, y apretó los dientes.

—No vuelvas a hacerlo —masculló amenazante, antes de darse la vuelta e irse dando un portazo.

Marco suspiró, abatido, y se volvió para contemplar la última rayita de sol que desaparecía por el horizonte. Durante un maravilloso minuto, había pensado que era posible, pero tenía que aceptar la realidad. Cora no le quería, ni le querría nunca.

\*\*\*

La noche había caído hacía rato sobre la Escuela, y todos los demás estaban durmiendo. Pero ella no podía. Desde la muerte de Marina, era incapaz de conciliar el sueño sin soñar una y mil veces con ella. Unas veces estaban leyendo juntas, sentadas en un sofá, y de repente su hermana se ponía rígida y estallaba en una bola de fuego que la abrasaba a ella también. Otras veces, corrían por el bosque y en un momento dado se separaban. Aldara oía gritar a Marina y cuando corría hacia donde había salido su voz, no había ni rastro de ella. Terminaba dando tumbos por el bosque y gritando su nombre, y los árboles y los animales le hacían burla. Aldara se secó las lágrimas con la mano y se arrodilló frente al altar de Artemisa. Luna creciente casi llena, hojas de avellano, el pentáculo de plata, la osa de amatista y tres velas moradas. Encendió estas últimas y se concentró para rezar, por su hermana muerta y por todos los que la rodeaban, que desde hacía tantos años eran como su familia:

*Artemisa, Selene, señora de la Naturaleza y de la Luna,*

*tú que haces crecer las cosechas y con tu luz iluminas mi camino en la oscuridad,*

*yo te invoco, mi señora, para que protejas esta casa y a los que aquí moramos.*

*Que así sea.*

Abrió los ojos despacio y respiró hondo mientras el pentáculo se iluminaba con una tenue luz plateada y las llamas de las velas crecían durante unos segundos para después desaparecer con una ráfaga de brisa salida de ninguna parte. Sonrió con cierta tranquilidad. La plegaria estaba hecha y parecía que había sido escuchada. Esperaba que al menos sirviese para alejar un poco a aquellos monstruos de allí, mediante Artemisa o cualquier divinidad que pudiese proporcionarle protección. Ruth había establecido barreras a lo largo del perímetro de la finca, pero aun así, Aldara no se sentía segura, no sin saber quién empujaba a aquellas criaturas diabólicas contra los Elementos y contra su propio pueblo. Atormentada, se acercó a la ventana y dejó que la luz de la luna la bañase. Como siempre, sintió una profunda paz tras hacerlo, que barrió ligeramente su angustia, y se acostó, no sin antes mirar la foto que tenía en la mesilla. Sonrió con tristeza. Su novio estaba en Londres, con su familia. Debería ir a verle algún día, cuando todo se tranquilizase. Sintió una punzada en el corazón, sintiéndose de repente muy sola, y las lágrimas brotaron de sus ojos sin control. Un sollozo sacudió todo su cuerpo mientras se escondía debajo de las sábanas. Sabía que esa noche no conciliaría el sueño.

\*\*\*

Cora dio la enésima vuelta en la cama, gruñó y se colocó boca arriba, apretando los puños con rabia. Se reprochaba una y otra vez haberse dejado besar por Marco, y aun así, cada vez que pensaba en ello, sentía un escalofrío de placer en la espalda que lo único que conseguía era ponerla aún más furiosa. Dioses, cómo le gustaba aquel condenado. Espera... ¿qué? Se incorporó como si la hubieran pinchado. ¿De verdad había jurado en plural? Sintió un ahogo repentino y se levantó de la cama. Necesitaba que le diera el aire. Si no, iba a volverse loca. La noche era fresca y tiritó mientras se acercaba al armario. Sandra dormía profundamente, pero aun así, Cora abrió las puertas blancas con sumo cuidado para que no hiciesen ruido, soltando una maldición acto seguido. El interior estaba oscuro como la boca del lobo y no podía distinguir nada. De repente, se le ocurrió una idea. Se miró una mano, la puso con la palma hacia arriba... y se quedó sin saber que hacer. Se sintió idiota; tenía un poder que no sabía ni cómo utilizar. ¿Qué tenía que hacer? ¿Decir lo que quería? Bueno, por intentarlo...

—Dame luz —pidió a su mano extendida. E inmediatamente se sintió ridícula. ¿En serio no se le ocurría nada más original?

Pero se quedó petrificada cuando, frente a ella, el armario empezó a iluminarse con un tenue brillo anaranjado. Miró a su alrededor, boquiabierta: toda la habitación comenzaba a adoptar aquella suave tonalidad, despejando las sombras poco a poco. Sonrió, triunfal. Así que se trataba de eso. Volvió a centrar su atención en el armario, pero la satisfacción se borró de un plumazo de su rostro mientras maldecía por segunda vez en la misma noche. Tenía que ser una broma: allí metido no había nada que no pudiera considerar un disfraz de carnaval, o de Halloween en el peor de los casos. Primero: de ropa normal, ni rastro. Y segundo: frente a ella se abría un despliegue que iba desde conjuntos de *lolita* hasta vestidos de fiesta de la época de sus tatarabuelos, pasando por túnicas, corsés, *tops* estafalarios... Enojada, cerró la puerta de nuevo con un golpe seco de la mano.

Y el armario se rodeó de llamas en un santiamén.

Cora chilló, aterrada, y se miró las manos, ahogando un grito espantado al instante. El brillo naranja... procedía de ella. Sandra se había despertado con el grito y se levantó corriendo, con el rostro desencajado.

—¿Qué has hecho?! —gritó, espantada, mirando alternativamente la pared incendiada y a su compañera.

—¡No lo sé! —aulló esta, histérica, mientras notaba las lágrimas de desesperación correr por sus mejillas—. ¡No sé qué ha pasado!

Pero antes de que Sandra pudiese replicar, la puerta de la habitación se abrió con violencia y entraron Marco y Ray, que quedaron espantados ante el espectáculo que se presentaba ante sus ojos.

—¿Qué ha pasado? —Ray se volvió de inmediato hacia Cora—. ¿Qué has hecho?

Cora sollozó.

—¡No lo sé, Ray! —gimió—. ¡De verdad que no lo sé!

—¡Hay que avisar a alguien! —gritó él con urgencia.

—Sí, ¿pero a quién? —replicó su novia en el mismo tono.

Como una respuesta a su pregunta, las dos hermanas de tez morena que Cora no había reconocido en la reunión, entraron en la habitación y ahogaron un grito al ver el armario. Las llamas habían comenzado a extenderse por el suelo y las paredes. Por las descripciones de Andie, los jóvenes supieron que la del pelo rizado era Beth y la del pelo corto, Layla. La primera se acercó corriendo a Marco.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con sorprendente calma.

Marco miró de reojo a Cora, pero ninguno de los dos contestó. La chica seguía mirando hacia el armario, petrificada.

—Puedes arreglarlo —le dijo entonces Layla al chico.

Su tono de voz era suplicante, pero no era una pregunta. Por alguna razón, Layla pensaba que Marco podía hacerlo.

—¿De qué hablas? —preguntó él, escéptico.

—Dame la mano —le pidió ella en tono urgente, sin responder a su pregunta.

—¿Qué?

—¡Tú hazme caso o moriremos todos! —le espetó ella, ya sin remilgos.

Era una orden, y Marco no se atrevió a rechistar. Layla tomó su mano derecha entre las suyas y la dirigió hacia la puerta. El joven tragó saliva, asustado.

—¿Qué haces?

—Confía en mí. Piensa en qué forma de agua podría apagar ese fuego y visualízalo en tu mente.

Marco la miró extrañado, y miró también a su hermana, pero Beth le instó con las cejas a que volviera a centrarse en la puerta. Él suspiró, cerró los ojos y pensó en una cortina de agua que caía y apagaba ese fuego. Entonces, alguien ahogó un grito, y Marco abrió los ojos. Y él también estuvo a punto de gritar, estupefacto.

El fuego había desaparecido, y a los pies del armario solo quedaba un gran charco de agua. Cora le miraba, boquiabierta. Marco procuró no volverse hacia ella; aún le resultaba doloroso mirarla después de su último rechazo. Por el contrario, bajó la vista y se miró la mano. Layla ya le había soltado y, para su sorpresa, le miraba con orgullo mal disimulado.

—Buen progreso —le felicitó.

Y sin mediar más palabra, se dio la vuelta y salió por la puerta. Beth miró a Cora antes de seguirla, y le dijo con severidad:

—Ten más cuidado.

—Lo tendré —prometió la otra.

Pero la bruja ya había desaparecido detrás de su hermana. El cuarteto se quedó a solas en la habitación de las chicas, y Sandra se volvió hacia Cora.

—Ahora en serio, ¿qué pretendías?

La penumbra que reinaba de nuevo ocultó el rubor que subió a las mejillas de Cora.

—Yo... no podía dormir y quería vestirme para salir a dar un paseo... Yo... lo siento.

Empezó a llorar de puro nerviosismo, por lo que Sandra se acercó y la abrazó a tientas.

—No pasa nada, no sabemos controlar nuestro poder aún, podía haberle pasado a cualquiera de nosotros. Y mira, Layla le ha enseñado a Marco.

—Sí, bueno —se escurrió él, no queriendo ser el blanco de atención por su “espectacular” actuación— no ha sido para tanto.

—Tú eres el Agua —dijo entonces Cora, sorbiendo y secándose las lágrimas—. Tú eras el único que podías salvarnos.

—Lo dicho, tampoco ha sido para tanto.

—¿Qué se siente, chicos? —preguntó Ray entonces—, ¿cómo es... usar... vuestro poder?

Hubo un silencio prolongado mientras los dos interpelados meditaban la respuesta.

—No sé cómo explicarlo —repuso Cora al fin.

—No, ni yo —admitió Marco— es como sentir algo... fluyendo a través de ti.

—Sí —corroboró Cora— solo que en mi caso lo sentí por todo el cuerpo y muy suavemente.

—En mi caso fue una corriente fuerte a lo largo del brazo —explicó Marco.

Sandra se acercó a Ray y le cogió de la mano.

—Tenemos que aprender a controlar nuestros poderes para derrotar a quien nos persigue y quiere hacernos daño —manifestó con solemnidad—, y tenemos que saber quiénes son, qué quieren y qué podemos hacer para vencerles. Así que —se irguió, orgullosa por su exposición— mañana vamos a pedir que nos den unas cuantas clases.

## Niebla sobre el agua

Una campana sonó a lo lejos, entre la niebla, y Ruth se acomodó la capa para protegerse del viento que soplaba sobre el mar. Era una noche fría de octubre, y la bruja no pudo menos que reírse por lo bajo. Jamás pensó que en aquel recóndito lugar pudiese haber algo similar a las estaciones.

Puerto Calea era un sitio de paso para hechiceros y brujos de todos los mundos conocidos. Era... un puente, entre ellos... y hacia Avalon. Miró hacia las negras aguas. Hacía siglos que Avalon ya no era una misteriosa isla en medio de un lago tenebroso, sino que había sido trasladada a otra dimensión especial a la que solo se podía acceder en barco, y desde aquel puerto. Suspiró y apoyó los brazos sobre la barandilla del muelle. Hacía tres años que no veía a su hermana y aun así, le parecía que había sido el día anterior

cuando se había casado frente al colorido panteón de Dioses que había bajo la fortaleza-santuario que daba nombre a la isla. Recordar a su ex marido hizo que apretase los puños: ya no sentía dolor por su pérdida, ni siquiera por el hecho de que, en el año que él estuvo con ella antes de huir sin ninguna explicación, no hubiesen conseguido siquiera tener un hijo. No, lo que le enfurecía era el hecho de sentir... que se había equivocado, y que ella se merecía algo mejor. No por ser una Derfain, no era de las que apoyaba la superioridad de unas familias sobre otras. Si lo hiciera, no habría asumido el mando de Madrid. No, se trataba de algo más ancestral, más visceral: el hecho de que alguien pensara que podía hacer lo que quisiera con ella, abandonarla y volver cuando le viniera en gana. Porque, realmente, su breve matrimonio no fue feliz. No había noche en la que Ruth no se despertase, sola en su gran cama de matrimonio, sin una nota ni nada que indicase adónde se había ido él. Por eso, después de la separación, cambió su adorada Perth por Madrid y decidió dar un giro a su vida. Su apellido, mal que le pesara, y un golpe de suerte al retirarse el anterior Hijo de Júpiter, fueron los que lograron que los alumnos de aquella apartada Escuela la aceptasen de buen grado desde el primer momento. Sus consejeros, cuando surgía la conversación, también insistían en que había sido por su franqueza y su forma de ser, tan paciente y amable, pero Ruth no era una mujer que se creciese frente a los halagos; aunque el cariño que ellos le dieron compensó con creces el dolor de sus heridas.

La campana volvió a sonar de nuevo y Ruth alzó la vista: algún transbordador o ferry llegaría de algún sitio. Y fue entonces cuando lo vio. Y se le heló la sangre.

Su cabello rubio, más oscuro que el de ella, que era casi platino, brillaba tentador bajo una farola, unos veinte metros más allá, junto a las escaleras que bajaban al embarcadero. Ruth se quedó mirándole fijamente, sin creérselo... y sin poder evitarlo. Él pareció sentirse observado, porque se volvió también hacia ella. Aun en la distancia, Ruth pudo ver su sonrisa, e intuyó la acerada mirada de sus ojos azules, más oscuros que los suyos propios. “Hay más oscuridad en él que en mí”, pensó, sintiendo al mismo tiempo que el pulso se le aceleraba dolorosamente. No era posible. No en aquel momento. No tenía ni tiempo ni ganas para ello.

Él no parecía tener intención de aproximarse. No obstante, Ruth sabía que eso podía ser porque ella tenía que pasar por aquellas escaleras para embarcar. Y él sabía que no estaba allí por casualidad; nadie lo estaba en Puerto Calea. Por tanto, Ruth decidió acercarse despacio, con aire despreocupado, hacia su posición. Él no se movió, sino que dirigió de nuevo la vista hacia las oscuras aguas de la pequeña cala. Cuando Ruth llegó a su altura, ni siquiera pareció notarlo. La hechicera se sentía como si un cuchillo le desgarrase el alma de la cabeza a los pies cada vez que le miraba. Seguía tan guapo y gallardo como siempre: alto, musculoso, con el pelo ondulado y enmarañado brillando bajo la lámpara de gas que bailaba a unos dos metros sobre su cabeza. Vestía como un humano corriente, con gabardina, camisa y vaqueros, y Ruth sintió un escalofrío, provocado por una sensación indefinida entre el deseo y la repulsa al pensar en qué haría él si le saludaba. Pero él se adelantó.

—No esperaba verte aquí —dijo sin volverse.

Ruth se detuvo como detenida por un muro invisible; tragó saliva, e intentó responder con la voz más serena que fue capaz.

—Han pasado dos años. Yo ni siquiera esperaba verte, Akhen.

Eso quizá había sido demasiado brusco, pero sirvió para que él se diese la vuelta. Ruth pensó que se desmayaría de un momento a otro cuando su mirada azul se posó en ella. No, reconoció interiormente, estaba claro que no lo había superado.

—No seas así, cariño —dijo él con un mohín y voz melosa— no sabes cuánto lo siento, pero... —suspiró y pareció buscar las palabras— era necesario.

Ruth se ofendió.

—¿Necesario? —inquirió con acidez—. Todas las noches que me abandonaste, ¿fueron necesarias también?

Akhen compuso un gesto apenado.

—Sé que nunca lo entenderás ni me perdonarás, pero era necesario —repitió.

Ruth se puso tensa.

—Podías haberlo pensado antes, ¿no crees? —le escupió entre dientes, enojada.

Su ex acusó el golpe, pero lo disimuló y, en cambio, se acercó a ella.

—¿Me dejas invitarte a una copa en aquella taberna que nos gustaba tanto, y hablamos? —se encogió de hombros y esbozó media sonrisa amistosa—. El pasado es pasado, podemos superarlo, ¿no crees?

Ruth apretó los dientes.

—Para ti será fácil...

—Por favor... —suplicó él.

La hechicera miró a su ex marido a los ojos, suspicaz. Sí, parecía sincero: no le ocultaba nada. Entrecerró los ojos, aquello sí que era extraño. Akhen, por su parte, lo interpretó como una negativa.

—Está bien, tienes razón, no merezco ni siquiera que estemos hablando. Fui un cobarde y un idiota. —Su voz se tiñó de emoción, y Ruth no supo decir si era real o falsa—.

Pero, ahora que estás aquí, que vuelvo a verte... después de Perth no sabía dónde buscarte, pero, ahora que te veo... creo que puedo hacer las cosas bien —concluyó con voz ronca.

“Qué típico”, pensó Ruth con ironía, al ver su pantomima de marido suplicante. Aun así, intuendo que no había trampa en sus palabras, decidió aceptar.

—De acuerdo —asintió—, una copa. Mi barco sale esta noche.

Akhen sonrió más ampliamente, y Ruth sintió como si una corriente eléctrica recorriera su espina de arriba a abajo. Era tan dulce... y tan irresistible; sería por eso que se enamoró tan ciegamente de él. Despacio, caminando juntos pero sin tocarse, se encaminaron hacia la plaza del puerto, y entraron en una taberna con la puerta pintada de rojo y una corona de oro y rubíes sobre la puerta. “El rey loco”, reconoció Ruth casi sin mirar, “probablemente, tanto como yo”, pensó con cierta amargura. En cuanto entraron, una muchacha acudió solícita a recoger sus abrigos y, tras colgarlos en un guardarropa, les condujo hasta una mesa para dos situada en una esquina apartada del local.

—¿Qué van a querer beber?

—Yo un Violet Season, por favor —pidió él, y miró a Ruth enarcando una ceja inquisitiva—. ¿Un Firework?

Ruth sonrió y asintió. La camarera sonrió también de manera encantadora y se alejó hacia la barra. Ruth se acodó en la mesa y miró a su ex.

—No se te ha olvidado.

—Hay cosas que no se olvidan —dijo él con otra de sus irresistibles sonrisas. De repente, se puso serio—. Aunque no te lo creas, te he echado de menos, Ruth.

Adelantó una mano en el aire, pretendiendo coger la de Ruth. Tras vacilar un momento, ella entrelazó sus dedos con los de él.

—No te creo, aunque agradezco tus palabras —le dio un pequeño apretón para demostrarlo, y acto seguido le soltó la mano con rapidez—. Pero no pensemos en el pasado. Si nos hemos reencontrado, puede que de esto salga algo bueno, ¿no?

Otra sonrisa radiante.

—Eso espero, Ruth —repuso él, mirándola intensamente—. A partir de ahora intentaré estar para lo que necesites —después, se puso muy serio y bajó la voz—. Por cierto, ¿es verdad lo que he oído de España?

Ruth volvió a ponerse alerta y le miró, inexpresiva como una estatua de piedra.

—Eso depende de qué hayas oído.

Akhen se inclinó hacia delante y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie escuchaba.

—Los Elementos.

Ruth palideció sin poder evitarlo, pero no mudó el semblante.

—¿Quién te ha informado de eso?

—¿Acaso importa?

—Sí—repuso Ruth con vehemencia. Las bebidas llegaron, y cuando la camarera se fue, la bruja también bajó la voz—. Pretendía que se mantuviera en el mayor secreto posible hasta que averiguásemos quién les persigue... Y, ¡por todos los del Universo! —se escandalizó—, ¡solo hace dos días que sucedió!

Akhen la miró inquisitivo.

—¿Qué sucedió?

Ruth abrió la boca, incrédula.

—¿Qué te han contado si no sabes lo más importante?

—Disculpa, pero mi gente no puede estar en todas partes, solo en algunas.

Ruth hizo una mueca.

—Hijo de Mercurio, debí imaginarlo.

—Sí, debiste —corroboró él—. Sabes que los espías del Mensajero son los mejores por sus poderes innatos.

—¿Y aun así no sabías dónde estaba yo? Me cuesta creerlo —replicó ella con acidez.

Akhen hizo una mueca de desagrado y se ruborizó ligeramente.

—La verdad es que no me atreví a acercarme por allí —confesó.

Su mirada era limpia, casi de absurda inocencia. Ruth asintió conforme, en silencio, y le dio un sorbo a su cóctel, pensativa. No terminaba de confiar en Akhen, pero es cierto que era irresistible y más cuando se lo proponía.

—Pues no sé por qué no te informaron tus espías de que los Elementos habían muerto.

Akhen abrió mucho los ojos.

—¿Cómo? ¿Dónde? Me dijeron que estaban en Madrid...

—Sí, tres de ellos —confirmó Ruth—. Pero el Fuego se fue de viaje al sur por un asunto personal... y no volvió.

Akhen se reclinó en el asiento y se pasó una mano por el pelo. A simple vista, parecía realmente anonadado por aquella noticia. Miró a Ruth de reojo.

—¿Y los nuevos?

—¿Qué nuevos?

—¡Oh, vamos, Ruth! Tú y yo sabemos bien que cuando unos cuerpos mueren, ocupan otros. Son como los demonios, y que los Dioses me perdonen por comparar tan terribles criaturas con esos magníficos seres.

Ruth asintió.

—Sí, lo sé —repuso secamente. No quería seguir hablando del tema, y no solo porque no confiase del todo en su ex, si no porque tenía otra táctica en mente antes de partir influida por aquella repentina amabilidad. Por tanto, decidió comenzar a apostar fuerte y le miró con repentina coquetería—. Oye... ¿tenemos que seguir hablando de estos temas o podemos cambiar a otros más... placenteros? — eligió a propósito la palabra, y él pareció apreciar aquel súbito alarde de interés.

—Vuelvo enseguida —dijo mientras se levantaba.

Sonrió con ternura, lo que hizo que a Ruth le temblaran las rodillas. Si podía conseguir una “noche de propina” con su ex, no estaría de más. Y supondría dejar de hablar, cosa que le interesaba especialmente, aparte del increíble físico de Akhen.

Este volvió al cabo de dos minutos y le susurró algo al oído. Ella sonrió, ruborizándose ligeramente, para acto seguido levantarse y seguirle escaleras arriba.

La habitación estaba al fondo del pasillo, y entrar en aquel pequeño cuarto fue como volver a la primera cita. En cuanto cerraron la puerta, él la atrajo hacia sí y la besó con pasión, a lo que ella correspondió. Akhen se separó un segundo para mirarla a los ojos con intensidad.

—¿A qué hora sale tu barco?

Ella le miró a su vez, con los iris claros inundados de deseo.

—¿Acaso importa?

Él se rio y se mordió sensualmente el labio.

—No. En realidad no.

## Wicca

Como si Layla les hubiera leído el pensamiento la noche anterior, a la mañana siguiente, después del desayuno, les indicó que la siguieran con una sonrisa pícara. Subieron al primer piso y avanzaron por el pasillo de la derecha, hasta que la bruja se detuvo delante de una enorme puerta de brillante ébano pulido. La empujó, y los cuatro elementales entraron en una enorme estancia, que ocupaba dos plantas de la casa y cuyas paredes estaban cubiertas de estanterías y ornadas con vistosos cuadros.

—Esta es nuestra biblioteca —indicó Layla con orgullo.

Cora, Ray, Sandra y Marco avanzaron tras ella, observando con atención los libros que pasaban ante sus ojos. Algunos tenían títulos en castellano; otros, en inglés, francés, italiano, e incluso algo que parecía chino o árabe. Pero la mayoría estaban en idiomas que nunca en su vida habían visto. Marco juraría haber vislumbrado algún lomo con caracteres egipcios, pero claro, que tampoco sabía tanto de aquella lengua muerta como para considerar que no existían otras similares que también empleasen jeroglíficos. Porque, según les iba explicando Layla, allí podían encontrar magia y hechizos de todas o casi todas las culturas conocidas a lo largo y ancho del mundo. Incluso de otros mundos, aunque de esos tratados solían tener una sola copia y en una sección especial de cuya puerta había que conocer el conjuro de la cerradura.

Pero lo que más les impresionó no fueron los libros. Fueron las vitrinas.

Un nicho de unos veinticinco metros cuadrados, al fondo del todo, estaba lleno de estantes acristalados que llegaban del suelo al techo y contenían todo tipo de objetos mágicos, catalogados por tipos: velas, piedras semipreciosas y preciosas, tótems, colgantes... el paraíso de cualquier hechicero. Layla les explicó que allí podían encontrar lo que necesitasen para potenciar la fuerza de un conjuro, y que, sobre todo en su caso, quizá sería bueno para que aprendiesen a canalizar su poder. Pero durante la visita no les dejó tocar nada.

—Más adelante —dijo—, cuando estéis más hechos a este mundo. Acabáis de llegar —aclaró con una sonrisa amable.

Después, se acercó a una estantería y pasó el dedo sobre varios tomos en actitud concentrada, hasta que al llegar a la mitad de la balda, hizo un gesto triunfal y sacó uno de ellos. Era un pesado volumen, con las tapas de piel negra bordadas con tallas arborescentes en dorado. Un solo pentáculo adornaba el centro de la portada, en la confluencia de las ramas; y otro más pequeño, el lomo. Layla lo apoyó sobre una mesa.

—¿Qué es eso, exactamente? —quiso saber Cora asomándose por encima de su hombro.

Layla no contestó, sino que pasó páginas y más páginas. Tras lo que pareció una eternidad, se detuvo.

—Esto es —señaló.

Los cuatro se inclinaron sobre el libro. En la página que ella marcaba con el dedo había una figura: un pentáculo —empezaban a aburrirse de verlos por todos lados— del cual salían, hacia los puntos cardinales, cuatro figuras... que representaban los cuatro Elementos. Cora se miró la muñeca, la comparó con el dibujo, y se quedó boquiabierta. Layla alzó la vista hacia ella, y asintió despacio ante la mirada de estupor de su joven alumna.

—Sí, el diseño es el mismo. Algo más primitivo en el tatuaje, pero bueno, son espíritus no dibujantes, y algo tiene que identificar lo que sois.

—¿No es suficiente que haya puesto a arder un armario con solo tocarlo? —susurró Cora con acidez.

Layla volvió la vista al libro sin hacerle caso, como si en él viera algo que a ellos se les escapaba.

—Este símbolo es la base del aprendizaje de cualquier mago, y lo que nos identifica a todos —explicó mientras se remangaba hasta el codo y les mostraba un tatuaje en la cara interior de su muñeca—. Representa la unión de los cuatro Elementos y el espíritu; hay quien dice que eso simboliza la perfección del ser humano, pero todos sabemos que el ser humano no es perfecto —sonrió con guasa—. Los cuatro Elementos nos componen a todos nosotros y al mundo, son un fundamento de vida, y vosotros sois la representación en carne y hueso, que está destinada a velar por el bien del mundo. Al fin y al cabo, por esa definición, el mundo es una continuación de vosotros.

—Me he perdido —confesó Marco.

Layla se rio sin asomo de burla.

—Lo entenderás con la práctica —aseguró mientras volvía a colocarse la manga en su sitio—. Sentaos, por favor. —Cuando obedecieron, ella se quedó en pie, frente al libro—. El mundo está compuesto de energías, buenas o malas, que toman unas formas u otras y que nos conectan a todos los seres vivos de este planeta. Los seres inertes, como las piedras, las maderas muertas o los fósiles, nos ayudan a canalizarlas en muchas ocasiones y, bueno —sonrió con cierta vergüenza— no siempre se obtienen los resultados esperados, la verdad. Para eso se necesita mucha práctica —miró elocuentemente a Cora, que sintió cómo el rubor ascendía por su rostro hasta alcanzar la punta de sus orejas—. Como probablemente habréis oído, el pentáculo siempre se ha asociado al demonio, pero eso es —giró el libro, de tal forma que la punta no apuntó hacia ella, sino hacia el otro extremo de la mesa— cuando la esquina está hacia abajo y las esquinas de arriba parecen cuernos. Pero —volvió a voltearlo hasta colocar el libro derecho hacia ella— si la punta está hacia arriba, es un símbolo de protección, un talismán. Y para nosotros, un objeto sagrado, que nos tatuamos al terminar nuestro aprendizaje como símbolo de compromiso con toda la Comunidad Mágica. Cada cultura tenía, y tiene, un significado y una connotación para este símbolo, en las cuales no entraré para no aburriros porque no es lo que nos concierne actualmente —cerró el libro—. Es muy probable que, en la mayoría de los casos, vosotros no necesitéis uno, puesto que vuestra energía es más poderosa que cualquier magia —apuntó—. Es la magia en sí, en su forma primitiva, y lo que creo que debéis hacer es aprender a controlarla, y utilizarla para el bien —añadió en tono severo.

Cora soltó una risita sarcástica.

—Descuida, no tengo ningún interés en ir arrasando casas.

Layla la reprendió con la mirada.

—Eso lo dices ahora, Cora, pero muchos se han corrompido por poseer un poder mucho más ínfimo que el tuyo.

—Perdón —se disculpó ella, agachando la cabeza— es que esto es tan...

—¿Raro? —adivinó Layla— siempre es así cuando lo descubres.

—¿Cuándo lo descubriste tú? —se interesó Sandra.

La joven bruja pareció tensarse un momento, pero sonrió inmediatamente.

—Casi todos somos identificados cuando nacemos por nuestros padres; o si, por casualidad, nuestros padres no son magos, habitualmente en cuanto se detecta magia en un hogar, hay alguien que va a conocer a ese niño y a hablar con su familia —suspiró—. A veces es difícil convencerles pero... se suele conseguir.

Sandra asintió, sospechando que Layla conocía algún caso así; aunque no se trataba de ella misma, seguro. ¿No eran dos hermanas? Sus padres debían de ser magos.

Ray seguía mirando el libro, y Marco tenía la vista clavada en la mesa, absorto en sus pensamientos. Layla ladeó la cabeza hacia él.

—¿En qué piensas, Marco?

El interpelado alzó la vista, devuelto de golpe a la realidad, pero ante la mirada penetrante de la bruja, se encogió de hombros, inseguro.

—Nada. Solo es que... cuesta digerirlo.

Layla hizo un gesto comprensivo.

—Sí —admitió— pero os acostumbraréis, estoy segura.

Decidieron salir al jardín para pasar la mañana practicando trucos sencillos. Layla cogió varios libros, los repartió para que los llevaran entre todos, bajaron las escaleras hasta el recibidor, y salieron a la escalinata del porche frontal de la casa.

Cuando iban por los últimos peldaños, el ruido de unos neumáticos les obligó a detenerse. En efecto, un todoterreno se acercaba por el camino de tierra. Layla se puso tensa y le pasó sus libros a Marco, que era el que estaba más cerca.

—Chicos, id al jardín. Nos vemos allí —les indicó con una mirada severa—. No abráis los libros sin mí, ¿está claro?

—Sí.

—Bien.

Los cuatro obedecieron y giraron hacia la derecha para rodear la casa. En cuanto desaparecieron de la vista, la bruja centró su atención en el todoterreno. Estaba aparcando a unos diez metros de la casa, bajo un castaño. Layla frunció el ceño. ¿Conocido o desconocido?

Lo supo enseguida. Del coche bajó un chico alto, de unos veinticinco años y cabello oscuro, delgado como un junco y con ojos de color verde jade. Layla esbozó media sonrisa al reconocerle: Jacob Connell. Al verla, el joven sonrió con franqueza y camaradería, y cuando llegó a su altura ambos se fundieron en un amistoso abrazo.

—Hola, Jake. Cuánto tiempo.

—Hola, Layla. Vaya, no has cambiado desde la última vez.

Ella se rio ante el cumplido y le invitó a entrar.

—¿Qué te trae a Madrid?

El chico la miró de lado. La sonrisa había desaparecido de su rostro, y Layla se temió enseguida de qué se podía tratar.

—Venía a hablar con Ruth.

Así que era eso, por supuesto. Layla se mordió el labio y dudó un momento antes de preguntar:

—¿Y Jess?

Jake hizo una mueca de disgusto.

—Muy afectada.

—Claro, me imagino.

Sus ojos de repente parecían más oscuros, y Layla observó que también tenía ojeras, por lo que la joven no pudo menos que preguntarse si Jake habría dormido algo desde lo de Robert. Sabía que Aldara, a causa de Marina, no. Subieron despacio las escaleras, con Layla encabezando la marcha, y se encaminaron hacia el despacho de Ruth. Estaba en el tercer piso, al principio del pasillo de la derecha. La joven llamó con los nudillos... y una voz de hombre le contestó desde el interior. Layla se quedó paralizada. No era posible.

Abrió la puerta y entró. En efecto, Óscar estaba de pie junto a la ventana del despacho de Ruth, con las manos cruzadas a la espalda en actitud pensativa. La bruja casi dejó a Jake fuera del despacho de la impresión, pero por suerte, él sujetó la puerta con mano fuerte y fue quien cerró. Óscar se volvió despacio.

—Hola, Jake.

—Óscar...

—Óscar, ¿qué haces tú aquí? —Layla no pudo contenerse— ¿y Ruth?

Su compañero la miró con aquellos ojos duros como pedernal.

—Ruth ha salido de viaje, Layla —dijo con voz pausada.

—No nos ha dicho nada.

—No lo consideró conveniente —por un momento, la actitud de Óscar pareció relajarse ligeramente—, pero no cuestiono sus motivos.

Layla captó la indirecta y se relajó. No, Óscar no estaba usurpando el lugar de Ruth ni la tenía amordazada y encerrada en un sótano oscuro. ¿Cómo se le había ocurrido? Pero el Hijo de Júpiter ya no le prestaba atención, sino que se había acercado a estrechar la mano de Jake y a intercambiar con él los gestos protocolarios: el suyo, un relámpago en el aire; el del recién llegado, una S trazada del mismo modo. Terminadas las formalidades, le invitó a sentarse. A ella, no: obviamente, quería que los dejase solos. Obediente, Layla hizo su propia seña a Óscar, trazando con el brazo un arco sobre su cabeza y luego llevándolo bajo el pecho, y cuando él la correspondió en silencio, salió por la puerta cerrando tras de sí.

—Bueno, Jake, me alegro de volver a verte —le saludó—. ¿Qué podemos hacer por ti?

Su tono era amistoso. El otro se forzó a sonreír a pesar de que no sentía alegría alguna. Porque Óscar y él eran amigos.

—Vengo por lo de Robert.

El Hijo de Júpiter asintió en silencio y apoyó la barbilla sobre el dorso de las manos, con los codos apoyados en los brazos del butacón en su postura reflexiva favorita.

—¿Cómo estáis?

Jake se removió en su asiento, incómodo.

—Jess está muy afectada. Y yo, bueno... me repondré. Casi me preocupa más haberla dejado sola con su dolor en Salem. Pero tenía que saber lo que había pasado.

Los ojos del joven americano reflejaban una profunda pena, y no era para menos. No obstante, Óscar decidió ser prudente.

—¿Y por qué supones que nosotros lo sabemos?

Jake entrecerró los ojos, súbitamente irritado.

—Nos llegó la noticia de que Robert había muerto aquí. Ya supondrás qué pasó a continuación —alzó la barbilla con aire desafiante—. Supuse que con lo de Marina

también estaríais preocupados por la situación, y quiero pensar que fuisteis vosotros los que los encontrasteis.

Óscar se recostó en la butaca, sin dejar de mirarle fijamente y sin ningún atisbo de que la pulla hubiese surtido efecto.

—Fueron grinden —respondió por fin. Jake se revolvió de nuevo en el asiento, incómodo ante aquella mención, pero Óscar no pareció notarlo—. Lo siento mucho, Jake, de verdad. Estoy seguro de que apreciabais mucho a vuestro hermano.

Al otro no se le pasó por alto el tono despectivo. Y sabía por qué era.

—Le apreciamos desde que nacimos, fuese mortal o no —repuso Jake con voz gélida—. Simplemente tuvo la mala fortuna de que el Agua se le metiera dentro, y de que unos bichos verdosos y con malas pulgas terminaran persiguiéndole y propiciando su muerte.

Sus últimas palabras salieron con excesiva rudeza, por lo que respiró hondo intentando calmarse. Óscar y él se habían llevado bien desde que se conocieron hacía años, cuando él se había cambiado durante seis semanas con Aldara para poder estudiar fuera de su país. Él había venido a Madrid, ella se había ido a Salem. Pero Óscar en algunas cosas... era un poco chapado a la antigua. Como muchos otros, mal que le pesara.

Su interlocutor, por su parte, no había mudado la expresión pensativa. Al final, Jake decidió que debía formular la pregunta que llevaba consumiéndole desde que supo la noticia de que su hermano había muerto.

—¿Quién...?

No, más bien...

—¿A quién mataron?

Sabía que el cometido de un grinden no era matar, teniendo en cuenta su particular habilidad de absorber almas, pero la otra posibilidad le daba escalofríos. E intuía también por qué un grinden podía perseguir una presa tan jugosa, de ahí que se extremaran las precauciones cada vez que los Elementos se reencarnaban. Mientras cavilaba, Óscar parecía meditar su propia respuesta, y Jake se estremeció involuntariamente al intuir lo que iba a decir. En efecto, sus palabras confirmaron sus sospechas.

—A Marina —dijo el mago al fin.

Jake resopló y se hundió en su sillón, aliviado en parte, pero triste a la vez. Pobrecilla... Marina: ella, Robert y los otros dos, Mara y Julien, habían sido pupilos de Salem, a pesar de que solo Robert era americano. Sin embargo, habían pasado siete años en la Escuela, y Jake había llegado a apreciarlos a todos. Se dio cuenta de que Óscar ya no le observaba. Al parecer esperaba a que digiriera despacio la noticia. Mientras,

miraba al vacío. El americano carraspeó entonces y su interlocutor pareció volver a la realidad.

—¿Aldara sigue aquí? —preguntó el primero con delicadeza.

Óscar asintió.

—¿Le escribo para decirle que has venido?

Jake hizo un gesto de rechazo amable con la mano.

—La buscaré yo, no te preocupes. Me apetece volver a recorrer la Escuela, han pasado muchos años. Después... es posible que baje al templo, si no te importa.

Óscar asintió conforme, sabiendo a lo que se refería Jake. Después de recoger los cuerpos de Mara, Julien y Robert, los habían llevado a reposar en el panteón que ocupaba gran parte del sótano de la casa.

—¿Vuelves hoy a Salem, Jake? Podemos alojarte una noche aquí, si quieres —le ofreció con amabilidad.

Sabía lo duro que era aquel trago, lo había visto en Aldara. Y lo peor era que el cuerpo de Marina no había aparecido; al parecer, únicamente había quedado un hoyo carbonizado y varios restos, desperdigados e irreconocibles, en el lugar del siniestro. El joven americano, ajeno a aquellos macabros hechos, sonrió ante la invitación, aunque el madrileño pudo comprobar que la tristeza aún impregnaba todos sus gestos.

—Sí, muchas gracias —dijo. Se levantó para irse y Óscar le imitó. Intercambiaron sus señas una vez más, y Jake añadió—. Ya sabes que, para lo que necesitéis, contad con Salem —tendió una mano para estrechársela, que Óscar aceptó— ha sido un placer volver a verte

—Lo mismo digo.

Jake hizo un asentimiento rápido y se dio la vuelta para salir, pero Óscar no le acompañó a la puerta. Cuando Jake se volvió, el otro había vuelto a mirar por la ventana, de pie detrás del escritorio. Entonces fue cuando el visitante se armó de valor para preguntar esa cosilla que llevaba quemándole por dentro desde el principio.

—Óscar.

—¿Sí?

Jake respiró hondo.

—¿Han aparecido los nuevos Elementos?

Entonces, Óscar sonrió, triunfal y divertido a la vez. Jake conocía la respuesta antes de que el joven abriera la boca.

—Acompáñame, te los presentaré.

Bajaron las escaleras y al llegar al recibidor se encontraron con Davin, que volvía de entrenar.

—¡Davin, espera! —la retuvo Óscar.

La joven frenó su carrera y se acercó a ellos luciendo una sonrisa.

—Hola, Óscar. ¡Hola, Jake! —saludó al invitado con afecto—. ¿Cómo estás?

—Hola, Davin. Yo bien —repuso él en el mismo tono—, ¿y tú?

—Davin, necesito un favor —le dijo Óscar a la chica antes de que pudiese responder a Jake—. Verás, Ruth se ha ido de viaje y me dejó un encargo antes de irse —ignoró la mirada extrañada de la joven ante la noticia de que Ruth se había ido y prosiguió—. Necesito que desalojes la Escuela.

—Que ¡¿qué?! —Davin parecía impresionada de verdad, a juzgar por sus ojos abiertos de par en par y su mandíbula desencajada—. Pero... ¿Y por qué rayos te ha pedido eso? —le

espetó con irritación, cuando se hubo repuesto de la sorpresa—, ¡la Escuela no puede cerrar!

—¿Tú que crees? —replicó el otro con impaciencia— ¡Piensa un poco!

Davin se calló, frunciendo el ceño contrariada, pero al cabo de un rato, pareció entender lo que Óscar quería decir, sus facciones se dilataron de nuevo e hizo un rápido gesto afirmativo antes de salir disparada hacia la sala de juegos.

A Jake, por su parte, no le llevó tanto tiempo adivinar el motivo de aquel desalojo. Si los Elementos estaban allí, y los grinden andaban tras ellos como perros de caza, la Escuela ya no era un lugar seguro para nadie que no pudiera implicarse directamente. Y eso incluía a la mayoría de los alumnos.

## La canción del mar

Ruth abrió despacio los ojos, saliendo de un sueño profundo y reparador. Sin embargo, en cuanto emergió de la inconsciencia notó que algo en el ambiente desconcertaba sus sentidos, aunque no era ni bueno ni malo. Así que, con cautela, comenzó la exploración palpando a su alrededor; al notar seda, su ceño se frunció en una mueca interrogante, e intrigada, se incorporó despacio en la cama. Y de la impresión se le abrieron los ojos de golpe.

Estaba en un camarote, sin duda. Sobre la cama de matrimonio había un ojo de buey por el que entraban los rayos del sol matinal. Lentamente, bajó la vista hacia el suelo, y los recuerdos volvieron de golpe provocándole un gemido angustiado. “Mierda”, pensó.

Aquello era peor que las locuras que cometió de adolescente cuando no miraba la estricta de su hermana mayor. Aunque a lo mejor era un sueño... Por desgracia, sus temores de que no era así se confirmaron en cuanto se abrió la puerta y su silueta se recortó en el vano de la misma.

—Buenos días —saludó Akhen, con una sonrisa radiante iluminando su rostro moreno.

Se había puesto los vaqueros de la noche anterior y una camiseta, y caminaba descalzo. Ella se sorprendió mirándolo con una sonrisa estúpida, y estuvo tentada de abofetearse. ¿Pero cómo era posible, después de lo que le había hecho, que hubiesen terminado... así? Dioses... Akhen pareció notar sus

dudas, porque su sonrisa se desvaneció mientras se acercaba y se sentaba en el borde de la cama.

—Ruth, ¿te encuentras bien?

Ella se llevó una mano a la sien, sin mirarle.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

Su voz sonaba totalmente sincera y preocupada, y Ruth aprovechó a tocarse la frente para que él no viera su expresión de completa incertidumbre. ¿Quería que lo perdonase? ¿De verdad? Bueno, si había que ser fieles a la aventura de la noche anterior... Aun así, decidió preguntar.

—¿Hay algún Hijo de Venus cerca de ti?

El rostro de Akhen adoptó una expresión tan dolida e incrédula que Ruth lamentó no haberse mordido la lengua. ¿Qué necesidad tenía de hacerle aquella pregunta?

—¿Por qué lo preguntas? —inquirió él en voz baja.

Ruth dudó un instante. ¿Le habría leído el pensamiento? Capaz.

—No... no lo sé —susurró, algo desconcertada—. No entiendo qué sucedió anoche... cuando llevo odiándote desde que te largaste —le soltó de golpe, en cuanto sintió que empezaba a recobrar la compostura— francamente, no entiendo por qué nos acostamos, y no sé que hago en este barco contigo.

Akhen no respondió enseguida, sino que le tomó la barbilla con delicadeza y la obligó a mirarle a los ojos.

—Ruth, te estoy llevando a Avalon, donde querías ir.

Ella palideció, y retrocedió en la cama como si la hubiesen pinchado.

—¿Qué estás diciendo? —siseó con enfado—. ¿Cómo lo sabes?

—¿Es mentira acaso? —se defendió él—. Me lo dijiste anoche mientras estábamos en la posada... aunque puede que el whisky te haya hecho olvidarlo.

Esbozó media sonrisa condescendiente, y Ruth apretó los dientes.

—Mientes. Mientes, maldito —le escupió—. Me has leído la mente. Jamás debí fiarme de ti...

Akhen se puso repentinamente serio.

—Una vez te juré que nunca utilizaría mis poderes contra ti o contra tu voluntad, y tú me juraste lo mismo —acercó su rostro al de ella hasta que solo estuvieron a escasos centímetros de distancia—. ¿Lo recuerdas? Es el juramento más sagrado cuando dos hechiceros se casan.

Ruth tenía ganas de llorar. Aquello no podía ser verdad. Sin embargo, se negó a mostrarse débil, y prefirió desviar la conversación.

—¿Y por qué esa amabilidad de llevarme a Avalon? —inquirió con falso interés.

Akhen se encogió de hombros, al parecer haciendo caso omiso de tono de la frase.

—Ya te dije que quiero hacer las cosas bien.

Acto seguido, se inclinó para besarla, pero Ruth se apartó. Akhen se quedó quieto un segundo, sorprendido, pero después suspiró con abatimiento y se levantó.

—De acuerdo, entonces —se rindió—. Voy a subir para controlar el rumbo. Tú puedes hacer lo que quieras.

Ruth le miró mientras se dirigía hacia la puerta, a paso lento y con los hombros encogidos; y en ese momento, se dio cuenta de que nunca había dejado de amarle, a pesar de todo. Seguía enamorada de aquel hombre, porque aunque lo negase, lo que la cautivó de él seguía ahí.

—Akhen —le llamó con suavidad.

Él se dio la vuelta despacio, aún con una mano apoyada en el canto de la puerta. Entonces, muy lentamente y sin ser excesivamente consciente de ello, Ruth se levantó de la cama, dejando caer las sábanas tras ella, y todo su cuerpo blanco nacarado apareció a la luz del día que se filtraba por el ojo de buey. Akhen se volvió del todo y cerró la puerta tras de sí. Sin una palabra, se acercó a ella mientras se quitaba la camiseta, y cuando llegó a su altura, la cogió en brazos y la tiró sobre la cama mientras la besaba con pasión.

\*\*\*

—¿Seguro que es necesario? —preguntó Malena, la madre de Marga—. ¿Y qué vamos a hacer con ella en casa?

Davin sonrió comprensivamente.

—Ya tiene diez años. Hágame caso, sabe controlar todo lo que hace.

Mientras hablaba miró a lo lejos, viendo cómo la niña de largas trenzas subía al asiento trasero del coche, ayudada por su padre. Él era brujo, pero la madre no; al menos era tolerante y comprensiva, pensó la joven bruja. Malena sonrió agradecida.

—Muchas gracias, espero que todo pronto vuelva a la normalidad.

—Sí, esperemos —repuso la muchacha—. Hasta pronto.

Cuando cerró por fin la gran puerta, Davin sintió un tremendo alivio, y se apoyó contra la puerta cerrando los ojos de puro agotamiento, aunque los abrió en cuanto oyó los pasos que se acercaban. Su hermana bajó el último peldaño de la escalinata sonriendo con cansancio.

—¿Ya era el último?

La Hija de Marte asintió cansinamente.

—Al fin solos, ¿no? —bromeó con naturalidad.

Andie se rio y sacudió su corta melena de reflejos rubios. Sentido del humor era lo que faltaba en aquella casa desde hacía tiempo; todos lo notaban.

—¿Layla está en el jardín con la gente esta? —preguntó Davin entonces.

Andie la miró con ligera reprobación.

—“La gente esta” tiene nombre —la reprendió—; y sí, está con ellos intentando que aprendan algo.

—Oficialmente no tienen nombre colectivo —se defendió su hermana, riéndose—. En realidad, no eran nadie antes de llegar aquí.

—Mmm... ese es un buen nombre. *Anybody*, ¿qué te parece?

—Que estás mal de la olla.

—Vaya. Gracias, pelirroja.

Andie torció la boca en un mohín divertido e intentó revolverle el pelo a su hermana, pero Davin se apartó con rapidez.

—Qué manía tienes... —se quejó.

Su hermana fue a replicar, pero justo en ese momento aparecieron Rebeca y Keira y desviaron su atención hacia ellas. Parecían bastante cansadas, aunque el desalojo apenas había tardado dos horas en completarse.

—Mucho trabajo, ¿eh? —preguntó Davin, retomando su posición contra la pared.

—Ya te digo —suspiró Rebeca, a la vez que estiraba la espalda con una mueca de fastidio—. ¿De verdad había tantos alumnos?

Andie se rió.

—Claro que sí, Rebe. No seas quejica, no ha sido para tanto.

La otra iba a protestar ofendida cuando Keira cambió de tema al mirar por la ventana.

—Eh, oíd, ¿aquel que va para allá no es Jake?

—Sí —confirmó Davin, mirando a su vez a través de la gran cristalera—. Ha venido a hablar con Ruth y se ha encontrado con Óscar —sonrió burlona—. Vaya decepción, ¿no?

—No tiene gracia —le reconvino su hermana sin acritud, a la vez que veía la espalda del joven perderse entre los árboles—. ¿Por qué habrá venido?

—Bueno, es lógico, ¿no? —dijo Keira—. Por Robert.

Sus tres compañeras la miraron, sorprendidas.

—¿Por Robert?

—Claro —Keira hizo una mueca extrañada—. Era el elemento Agua en el mismo grupo que...

No quería decir su nombre, ni ninguna de ellas, pero una voz con cierto acento británico lo pronunció detrás de ellas.

—Marina, Keira. —su voz era fría como el hielo—. Puedes decirlo.

La interpelada se volvió con cara de circunstancias.

—Aldara, no puedo, todavía no —se disculpó—. Es muy reciente para todos.

—Ya, para mí también —le ladró la otra bruja, subiendo el tono de voz—, y no tengo problema en decir su nombre.

—Al, ya basta. —cortó Andie. Su compañera la miró, a la defensiva, pero no replicó—. No conocíamos a Marina más que las contadas veces que te visitó, y aun así lloramos su pérdida. ¿No te dice eso nada?

Aldara las miró a las cuatro con los labios apretados, retadora, pero al ver la expresión compungida de sus compañeras, se derrumbó. Las lágrimas acudieron en torrente a sus ojos, y ellas la abrazaron en ademán consolador.

—La echo de menos —sollozó ella.

—Es normal, cariño —la consoló Davin, acariciándola el pelo—, pero piensa que siempre estará contigo, en tu corazón.

Eran unas palabras muy socorridas en estos casos, y la Hija de Marte casi se avergonzó de haberlas dicho, pero Aldara pareció tranquilizarse un poco, y cuando se separó de ellas solo tenía los ojos ligeramente llorosos.

—Siento haber sido tan brusca con los chicos, ellos... no tienen la culpa. —se secó los ojos con rapidez—. Voy a hablar con Jake. Me han dicho que andaba buscándome para preguntarme por... bueno, ya sabéis.

Se retorció las manos, nerviosa, y Andie le dio un nuevo abrazo.

—Ve —le instó, hablando en su oído— y piensa que siempre nos tendrás, pase lo que pase.

Aldara se separó de ella, sonrió entre lágrimas y acto seguido salió por la puerta trasera. Las cuatro se miraron y suspiraron al unísono. Y de repente, Davin soltó:

—Bueno, ahora al menos estamos seguras de que la cabeza de Cora no corre el riesgo de acabar clavada en una pica.

## Oscuridad

El agua estaba en calma, y el yate avanzaba despacio impulsado por la magia, proporcionada por un cuarzo hechizado, que Akhen había hecho engarzar en el centro del timón de caoba. Lo que le permitía, mientras Ruth dormía después de una mañana, digamos, intensa, sentarse en la borda y pensar con la vista perdida en el neblinoso horizonte.

Habían pasado dos años desde la última vez que la había visto. Ella tenía razón; había estado muy ausente y al final había tenido que irse, pero, ¿cómo explicárselo? Siempre estuvo seguro, y aún lo estaba, de que no lo vería con buenos ojos.

Poco después de su boda, dos días después de volver de la luna de miel, había recibido un mensaje de su cuñado. Decía: “Te espero en el rincón a medianoche. Sé puntual, y asegúrate de que Ruth se ha dormido cuando vayas a salir”. No llevaba firma, pero Akhen reconoció la letra. Ya entonces, sospechaba que sería algo más que un simple encuentro entre parientes. Algo que le confirmó el discurso de Gregor cuando se encontraron. Tras los saludos de rigor, le dijo:

—Akhen, creo que sabes por qué te he hecho venir.

—Ojalá lo supiera —había contestado él, aunque notando cómo una pequeña gota de sudor frío se escurría sobre su espalda.

Gregor se había reído.

—Akhen, el mundo está cambiando —había dicho el mago— lo sabes tan bien como yo.

—Sí —había contestado él, cauteloso—, pero creo que para nosotros las cosas seguirán igual, Greg.

Entonces, el semblante de Gregor se había ensombrecido y había susurrado unas palabras que hasta el momento, no había sido capaz de olvidar.

—¿Estás seguro de ello?

—¿A qué te refieres? —había preguntado él, inquieto. Otra vez el sudor frío. No le gustaba aquel tono de voz ni aquella situación.

Pero después, Gregor se había metido las manos en los bolsillos y había echado a andar con supuesta indiferencia. Akhen le había imitado. Tras unos minutos, su cuñado había vuelto a hablar:

—Akhen —había dicho en tono casi paternal, algo que a él no le había gustado— sabes que Morgana y su familia defienden un cambio en la política que llevamos manteniendo hasta ahora —se había reído con fría ironía—. Un cambio que implica a ciertos espíritus de una forma que no podemos permitirnos.

—Los Elementos.

—En efecto, veo que lo vas comprendiendo —le había pasado un brazo por los hombros—. Y quiero que entiendas algo, que yo desde Avalon veo pero que desde fuera es difícil —entonces se había detenido, le había mirado a los ojos, y le había dicho en un siseo—: los Elementos acabarán gobernándonos.

Akhen se le había quedado mirando como si se hubiese vuelto loco. Pero en un remoto rincón de su interior, algo se había removido, algo hacía tiempo escondido y sepultado que, tras aquellas palabras, intentaba volver a salir a la superficie. Y Gregor lo sabía desde siempre.

—¿Cómo lo sabes? —había preguntado Akhen.

Gregor se había reído de nuevo, sin pizca de alegría.

—Porque ya le he oído a Morgana hablando con sus consejeros —había dicho, con un suspiro dramático—. Quiere encontrar a los Elementos, reunirlos, y cumplir la Profecía de los Elementos.

Entonces Akhen había palidecido de verdad, y comenzado a temblar.

—La Profecía...

—Sabes lo que eso puede significar —había apuntado Gregor.

Su cuñado había asentido. Y dos segundos después, había pronunciado cuatro palabras fatales:

—¿Qué tengo que hacer?

A partir de ese momento, Akhen había sido el segundo de a bordo de Gregor. Por las noches, huía de casa como un chiquillo mientras Ruth dormía profundamente, y se había reunido con él en secreto en los rincones más oscuros de la ciudad. Hasta que, seis meses después, mientras estaban sentados en un bar, Gregor le dijo:

—Ven conmigo.

—¿A dónde? —había preguntado Akhen.

—A Avalon —había dicho él con una amplia sonrisa.

Aquel día, casi se le veía ilusionado. Incluso tenía un brillo extraño en los ojos cuando se lo propuso. Aunque quizá fuese por la cantidad de alcohol que había bebido.

—Greg, no puedo, yo... —su cuñado había intentado excusarse— tengo a Ruth... No sé si te lo he contado... está embarazada.

—¿De veras? —Gregor parecía sorprendido, pero sonrió—. ¡Me alegro por ti, hombre!

Alzó su vaso para brindar, pero Akhen no le secundó.

—Greg —le advirtió en tono severo—, estás borracho.

Entonces, el semblante de Gregor había cambiado a la velocidad del rayo. De pronto, le miraba serio... Y su cuñado creyó detectar un velo de amenaza en el fondo de sus iris oscuros.

—Vendrás, Akhen... —prometió el mago con voz gélida— vendrás a mí... y quién sabe... —miró su vaso con aire despreocupado— puede que Ruth algún día también lo haga —se rio de nuevo como un vulgar borracho—, ¿te imaginas?

Su risa acompañó a Akhen hasta que salió del local, segundos después.

El brujo apretó los puños al recordar lo que había pasado después. Su mujer había abortado. Él se había derrumbado. Habían discutido. Se habían reconciliado. Y a los dos días, Akhen decidió irse con Gregor. Ni siquiera hoy, sabría explicar por qué. Pero lo hizo.

La niebla comenzaba ya a envolverles, lenta y húmeda, por lo que Akhen se levantó y se acercó a la proa. Alzó una mano frente a él, con la palma vuelta hacia su rostro, y la

volvió a bajar lentamente, esta vez dirigida hacia la niebla. Poco a poco, esta se fue disipando hasta mostrar la Isla en todo su esplendor.

Era inmensa y verde, de unos cincuenta kilómetros de largo por veintidós de ancho. Habían ido ampliándola con ayuda de la magia desde que la trasladaron de localización siglos atrás, y diferentes capitales habían proliferado; una por cada Casa, hasta donde recordaba Akhen. Hacía mucho que no iba a Tribec, su ciudad, ni siquiera viviendo en Avalon con Gregor y habiéndose convertido en el regente de la misma. Pero claro, en el castillo-santuario de Avalon, la vida era cómoda y a veces fastuosa, y no solía sentir la necesidad de salir de allí ni siquiera para explorar los acantilados más cercanos. Recordaba haber ido a Ruben una vez con su padre, un diplomático que trabajaba para los padres de Morgana, cuando era apenas un crío; pero el resto de ciudades, santuarios, y zonas naturales, apenas las conocía. “Si todo sale bien, podré hacerlo con Ruth”. Deseaba recuperarla, y solo esperaba que Gregor no le hiciera nada malo; si ella se negaba a aceptar las condiciones de su cuñado, ¿qué podría pasar? Akhen no tenía respuesta para aquello, pero le preocupaba.

Cuando el yate se detuvo con un vaivén junto al embarcadero, una criatura de grandes orejas puntiagudas ataviada con un sombrero largo terminado en punta que caía por su espalda, les esperaba para ayudarles a atracar. Y no tenía una cara demasiado amistosa. Pero Ruth salió en ese momento del camarote, y Akhen olvidó al siniestro ser, puesto que se había quedado sin aliento. La túnica azul turquesa que le había regalado le sentaba muy bien: admiró cómo el corsé de tonos violetas ceñía su cintura, al igual que la forma en que escote describía una curva en cuello de barco, sin llegar a ser provocativo. El collar de topacios a juego hacía que sus ojos tuvieran un reflejo oscuro que contrastaba con la claridad de sus iris. Se había arreglado además el pelo con espuma, despeinándolo hacia fuera, algo que estaba muy de moda entre las brujas de pelo corto. Aún embobado, le tendió una mano caballerosa para ayudarla a subir al muelle, y él desembarcó a continuación. Precedidos por la criatura, avanzaron por un camino de adoquines, que atravesaba la pequeña cala hasta llegar a una zona de césped. A partir de ahí, el camino comenzaba a ascender por una pequeña ladera, hasta llegar frente a un muro de sólida roca donde se había tallado una puerta, la cual estaba abierta y por la que en ese instante salía Gregor Markenn, el marido de Morgana Derfain y cuñado de ambos. Akhen sintió cómo Ruth se estremecía involuntariamente a su lado, y recordó que era una Hija de Júpiter... ¿Qué habría intuido?

Gregor se aproximó a ellos. Su ropa era violeta con ribetes turquesa, y ceñía su túnica con un cinturón a juego. Cuando llegó a su altura, apretó la mano de Akhen y besó en las mejillas a Ruth.

—¡Qué alegría veros, cuñados! —les saludó—. Sed bienvenidos ambos a Avalon. Por favor, pasemos, la mesa está preparada.

Entraron por las puertas, y tras pasar bajo tres arcadas gemelas atravesaron un amplio corredor con tragaluces abiertos en el techo. La bóveda estaba pintada con dos enormes

dragones entrelazados. Ruth sonrió: azul turquesa y violeta, claro. Aquella era la residencia de los Hijos de Júpiter que gobernaban la Isla de Avalon.

El comedor se abría al fondo a la derecha, al otro lado de un arco de piedra, y tenía un balcón que se abría a una vista magnífica de los bosques de la isla. Allá al fondo se vislumbraba la silueta del Valle de los Dragones, la zona protegida donde algunas de estas criaturas, procedentes de todos los mundos conocidos, criaban en semi-cautividad, vigilados siempre a distancia por algunos magos cuidadosamente seleccionados para el puesto; al fin y al cabo, según la opinión de Ruth, era un trabajo para temerarios. Caminó para acercarse a admirar la vista, pero no pudo hacerlo más que unos segundos, ya que dos camareros la sentaron enseguida a la izquierda de Gregor, como correspondía a su posición, y a Akhen le colocaron a la derecha del mismo. Ruth intuyó entonces que algo fallaba, pero no supo decir qué era: de repente, la mirada azul de Akhen había atrapado la suya, y se había sonrojado como una adolescente. Una muchacha apareció entonces por la puerta, y Ruth sintió cómo le daba un vuelco el corazón. Tendría unos dieciséis años; era rubia, con el pelo ondulado recogido en una redecilla sobre la nuca, y vestía una túnica de color verde con bordados de color rojo oscuro. “Plutón”, reconoció Ruth. Además, sus ojos azules eran casi tan claros como los suyos... era como... si fuese ella misma cuando tenía esa edad. Y la conocía, por supuesto. En su opinión, un error que su hermana nunca debió cometer.

Entonces, con un escalofrío, se dio cuenta de lo que fallaba en aquella idílica escena. ¿Dónde estaba Morgana? ¿Dónde estaban sus verdaderas hijas, Blanca y Solena?... ¿Qué estaba pasando?

La voz de Gregor la devolvió a la realidad, y prefirió morderse la lengua de momento. Ya tendría opciones de averiguarlo.

—¡Ah, Vivianne! —el mago no se había sentado aún y se acercó para besar la mano de la joven—. Siéntate, por favor. Ruth, Akhen, creo que ya conocéis a Vivianne Santana, mi pupila.

La condujo al otro lado de la mesa para sentarla enfrente suyo, mientras Ruth se preguntaba por qué había hablado en singular; había algo que le olía a chamusquina en todo aquello. La muchacha se sentó con delicadeza y porte, como una princesa. Y en ese instante, la única Derfain presente en la sala sintió que no podía aguantarlo más.

—Gregor —llamó a su cuñado con toda la amabilidad que fue capaz. Debía andarse con mucho tiento.

Él la miró fijamente con sus ojos oscuros.

—¿Sí, querida? —respondió solícito mientras se sentaba en su silla. Un tono de voz muy falso, según le pareció detectar a Ruth.

—¿Dónde está Morgana? —preguntó la mujer con inocencia— ¿Es que no va a bajar a comer?

Un silencio denso como una niebla de gelatina pareció paralizar el comedor después de aquella frase. Gregor seguía mirándola, y unos segundos después sonrió, abiertamente; demasiado para el gusto de Ruth. Aquello le dio una pista de que iba por el buen camino, así que ignoró la mirada de advertencia de Akhen y mantuvo la vista clavada en su cuñado. Si su ex marido estaba metido en el asunto, le iba a salir muy caro, se juró mentalmente.

—Morgana está indispuesta, querida —repuso Gregor con voz afectada—. Lamenta no poder acompañarnos pero... ya se nos unirá más tarde. Estoy seguro de que estará encantada de volver a verte.

Seguía sonriendo con afabilidad. Ruth le miró a los ojos, sospechando lo que ocultaban, y soltó con absoluta inocencia:

—¡Oh, qué lástima!... ¿Y mis sobrinas? ¿También están indispuestas? —atacó con dulzura, y ya sin remilgo alguno—. Es una verdadera lástima —repitió con toda la inocencia que fue capaz—, ¿no será contagioso?

La bruja se negó a dejar de mirarle mientras él reaccionaba, aunque detectó que Akhen se revolvía incómodo en su asiento y que la muchacha clavaba una mirada, que intuía iracunda, en su nuca. Pero no fue eso lo que le secó la boca a Ruth Derfain. Sino el hecho de que la realidad acababa de mostrarse en todo su terrorífico esplendor.

Su hermana no iba a acudir a la cita.

Sin apenas pensar en lo que hacía y a gran velocidad, se levantó y enarboló el cuchillo hacia su cuñado, pero él alzó la mano con la misma rapidez, y su rayo la alcanzó y la lanzó contra la pared. El golpe en la cabeza fue muy fuerte, y a Ruth se le nubló la vista mientras caía al suelo, pero no lo suficiente como para no ver que la muchacha hacía un gesto con la mano en su dirección. Inmediatamente, sintió cómo unas esposas hechas de sombra pura se materializaban alrededor de sus muñecas: unos grilletes mágicos que le impedían usar sus poderes. Aún aturdida, alzó la cabeza a tiempo para ver cómo alguien se inclinaba sobre ella; en un intento desesperado, trató de propinarle un cabezazo al extraño, pero este le propinó una patada en las costillas que la dejó derrotada y sin aliento.

—¡¡No!! —oyó que aullaba Akhen a lo lejos, y se estremeció; ¿qué le habrían hecho a él?—. ¡Basta, Gregor! —suplicaba su ex—, me dijiste que no le harías daño.

Ruth sintió cómo se le cortaba la respiración de golpe. Aquello era un mazazo definitivo, algo que no había querido ni imaginar hasta ese momento. Se le nubló la vista, se mareó ligeramente, y las lágrimas pugnaron por salir de sus ojos claros; pero estaba demasiado estupefacta, incluso para llorar. Akhen la había traicionado, la había abandonado otra vez.

Mientras intentaba digerir todo aquello, alguien la sacó de su ensimismamiento, alzándola del suelo como si fuese una pluma y obligándola a tenerse en pie. Y en ese momento vio la escena con más claridad.

La habían desplazado al otro lado de la mesa, en la zona más amplia del comedor. Gregor se alzaba frente a ella con los brazos en jarras. Akhen estaba detrás... No, espera, Vivianne estaba justo detrás de Gregor, delante de su ex marido.

—Ponla de rodillas, Nida —ordenó Lord Markenn.

Nida, quien quiera que fuese, obedeció. Cuando la dejó caer y se colocó junto a Gregor, Ruth la vio, y reprimió un gesto de asco. Alta, con el pelo largo, lacio y castaño hasta la cintura; los ojos verdes y brillantes como la hierba al atardecer, y rasgos afilados. Unas ligeras vetas verdes recorrían el trayecto de sus venas, sobre la piel: una dríade. Seguramente, alguna de las muchas que poblaban los bosques de Avalon. Sin ocultar su desprecio, la ignoró deliberadamente y fijó su mirada en su cuñado.

—¿Se puede saber qué haces? —le increpó.

—Lo siento, Ruth —se disculpó él, inclinándose junto a ella—, no es nada personal. Simplemente, tu hermana y yo, bueno... discrepamos en ciertos asuntos —mostró media sonrisa ladina, con aquellos labios finos que a Ruth de repente le parecieron repugnantes— y tuve que hacer algo al respecto.

Ruth sintió cómo la rabia la cegaba.

—¿Qué le has hecho, malnacido? —le espetó entre dientes—. Te juro que si le has hecho algo malo...

—¡No, no! ¡No le he hecho nada, lo juro! —la interrumpió él con falsa inocencia—. No la he tocado. Simplemente está donde tiene que estar. Y, francamente —la miró despectivamente de arriba abajo— no estás en posición de amenazar.

—Serás hijo de... —le espetó ella.

Pero se interrumpió cuando Gregor la electrocutó de nuevo, y una corriente muy dolorosa la recorrió de la raíz del pelo a la punta de los pies. El mago tardó unos segundos en bajar la mano; cuando lo hizo, ella dejó caer la cabeza, jadeando derrotada, mientras Gregor proseguía con su discurso.

—La cuestión es... que creo que eres más razonable que ella —le levantó la barbilla para obligarla a mirarle a los ojos—. Verás, tu hermana quiere, digamos, un “cambio” en la forma de vida de los magos, el entendimiento con los humanos y todas esas cosas... pero yo no pienso permitirlo, puesto que tengo otros planes. Así que... —hizo una mueca de falso disgusto— tú decides si quieres someterte a mi mando, o prefieres mantener firmes tus creencias; sí es así, me temo que no tendré más remedio que enviarte a reunirse con tu hermana. —sonrió con malicia—. Recompensó bien a los que me sirven bien. Que te lo diga Akhen.

Gregor se volvió para mirarle un segundo, y Ruth también alzó la vista. Su expresión dolida no la conmovió lo más mínimo. “Te mataré”, vocalizó. Él empezó a negar con

desesperación, pero ella volvió la cabeza con desdén y centró de nuevo su atención en el Hijo de Júpiter.

—¿Qué me dices? —inquirió este con suavidad.

Ruth no respondió. Por el contrario, tras sostenerle la mirada unos segundos, le escupió en la cara, acertándole entre los ojos. Esa era su respuesta. Gregor hizo una mueca de asco y se limpió con la manga. Cuando la volvió a mirar, no quedaba rastro de amabilidad en sus iris oscuros. “Vete al infierno”, pensó Ruth. Pero, al parecer la que iba a ir allí era ella.

—Nida, llévatela a la Celda Oscura —ordenó a la dríade, dando la espalda a su nueva prisionera.

—¡No! —Akhen intentó ir tras ellas, pero Gregor se lo impidió—. ¡Ruth!

Pero ella no lo escuchaba mientras la mujer feérica, haciendo alarde de una fuerza sorprendente, la sacaba de rodillas por la puerta del comedor y la arrastraba por un oscuro pasillo hacia su nefasto destino. Había dejado de escuchar, el mundo ya no existía a su alrededor. Y él, aún menos.

Akhen se zafó del brazo de Gregor en cuanto desaparecieron por la puerta, y le encaró sin disimular su enfado.

—¡Me dijiste que no la harías daño! —aulló.

—¡Si cooperaba! —gritó Gregor en respuesta, y Akhen retrocedió. Aquel tono... el Hijo de Júpiter, al ver que había conseguido someter a su subordinado, bajó la voz—. Sí, no voy a mentirte, no ha sido difícil enviarla con Morgana, para que se pudra en una celda el resto de sus días. Pero por lo único que no la mandé allí en cuanto pisó esta isla fue por ti —le señaló al pecho—. Así que —el tono pareció relajarse aún más—, si quieres volver a verla —se acercó a su oído, y Akhen sintió su aliento, maligno y ambicioso— harás lo que yo te diga.

El otro supo de inmediato que había perdido la batalla. Derrotado, tragó saliva antes de responder lo que su cuñado quería oír:

—¿Qué quieres?

Gregor se apartó de él y le sonrió con maldad manifiesta.

—Esas esencias de colores tan bonitas, que andan sueltas por el mundo en sendas botellitas de cristal... —se sentó en su trono con aire despreocupado—. Creo que ambos sabemos de quién estoy hablando —añadió con gesto socarrón.

Akhen tuvo que hacer un esfuerzo por no apartar la vista de Gregor, darse la vuelta y escapar corriendo de aquel lugar. Aunque, probablemente, no llegaría vivo a la misma puerta del comedor. Aun así, decidió jugársela.

—¿Y si me niego? —preguntó, procurando que no le temblase la voz.

Gregor se rio con fuerza. Al parecer, aquella posibilidad le parecía tremendamente divertida. Y Akhen enseguida entendió por qué.

Entonces, tu pequeña Ruth morirá —el mago se levantó para irse—. ¿Sabes, Akhen? Quizá nunca debiste abandonarla por mí —añadió mientras trasponía el umbral del comedor y desaparecía de la vista.

Vivianne salió tras él, silenciosa espectadora de su capitulación, y Akhen se dejó caer de rodillas en el suelo de piedra, apoyando la frente contra las baldosas. Estaba atrapado, igual que un conejo. Había caído en una trampa de la que no tenía ni idea de cómo salir. Bueno, en honor a la verdad, solo había una manera. Algo que sabía perfectamente las nefastas consecuencias que tendría para toda la Humanidad.

## Lazos de sangre

El sol ya había superado su cenit hacía rato, y hacía brillar los edificios lejanos de la ciudad, aunque también destacaba la boina perenne de contaminación que la cubría de punta a punta. Jake caminaba despacio entre los pinos, aspirando el suave frescor del bosque; cerca de la Escuela en Salem también tenían uno, grande y frondoso, pero era más húmedo, y algo más llano. En cambio, en la montaña se respiraba una paz especial.

—Hola, Jake.

El chico se volvió con calma, a tiempo de ver cómo Aldara aparecía por detrás de un elegante abeto. La joven le sonrió abiertamente. Y él la correspondió; tras presentarle a los Elementos, y estar unos minutos hablando con ellos, Layla se los había vuelto a llevar a la biblioteca y Jake le había pedido a Óscar que le dijese a Aldara, que la esperaba en el bosque exterior de la finca.

—No te he oído llegar —la acusó con cariño.

Aldara soltó una carcajada.

—Llevo explorando este bosque con Keira desde los doce años; así que, creo que tengo habilidad suficiente para acercarme a mis presas. Sin que me oigan, claro.

Jake no se ofendió por el calificativo, porque sabía que era broma. Cuando la bruja llegó a su altura le dio un beso en la mejilla, que él le devolvió. Hacía mucho tiempo que no se veían, casi desde que habían hecho el intercambio. Tras cruzar las frases de cortesía habituales, echaron a andar despacio por un pequeño sendero, permaneciendo en un silencio algo incómodo durante un buen rato. Jake sabía que para ella era igual de difícil que para él hablar del tema que les había reunido allí. En un momento dado, Aldara cogió una piña del suelo y empezó a darle vueltas entre las manos con aire inseguro.

—¿Cómo está tu gemela? —preguntó ella para romper el hielo.

Jake sabía a quién se refería, y mostró media sonrisa de las tuyas. Habitualmente eran cautivadoras para cualquiera que se cruzara en su camino; pero en esta no había ni rastro de dulzura. Por el contrario, estaba cargada de amargura.

—No muy bien, como podrás imaginar.

“Los gemelos”, era como llamaba todo el mundo a Jake y a su hermana dos años menor, Jessica, porque se parecían mucho. Tenían el mismo pelo castaño oscuro con destellos rojizos, y los mismos ojos verdes, aunque los de Jess eran más brillantes, como esmeraldas, y los de Jake más opacos, similares al jade. Sin embargo, Robert había sido diferente. El mayor de los tres, con el pelo de un negro brillante y los ojos de color azul hielo.

—¿Y tú cómo estás? —le preguntó él—. Supongo que lo de Marina también habrá sido un golpe muy duro.

Aldara hizo una mueca de dolor, pero asintió con serenidad.

—Marina siempre fue un apoyo para mí —admitió—, sobre todo cuando...

Jake lo comprendió aunque no terminase la frase.

—Cuando tus padres descubrieron lo que eras.

—¿Sabes lo que me dijo Marina el día que descubrió su poder? —le preguntó Aldara entonces. En su tono había cierta amargura que Jake no supo interpretar—. Que por fin había otra bruja en la familia —suspiró—. Es curioso que exista algún humano que quiera ser como nosotros —apostilló, pateando la piña hacia la espesura.

El joven americano la comprendía. Sus padres también eran humanos corrientes, y cuando descubrieron que Jacob desaparecía para hacer viajes en el tiempo, y que Jessica era capaz de hacer saltar una bombilla en cuanto cogía un berrinche, Robert fue el primero que les denunció; y los dos hermanos, estuvieron a punto de terminar metidos en una prisión de máxima seguridad del Gobierno. Sin embargo, Deborah recibió la noticia por medio de sus informadores antes que ningún agente federal, y se los llevó a Salem. Jake nunca podría olvidar el día en que, años después, el mismo Robert se presentó en la puerta de la Escuela, con los ojos desorbitados, tembloroso como una hoja, pálido y sin poder articular palabra. El día en que se transformó en el Agua.

Al cabo de un rato el bosque se abrió a un pequeño prado, desde el que se veía el tejado de la mansión. La luz del sol hacía brillar las tejas de pizarra negra. Aldara miró el reloj.

—Creo que deberíamos entrar —sugirió—, ya es casi la hora de almorzar.

Jake asintió, conforme, y se encaminaron hacia la casa.

—Creo que hay más humanos de los que parece que quieren ser como nosotros — comentó.

Intentaba inyectar algo de optimismo en su compañera, pero ella sacudió la cabeza sin convicción. El chico suspiró. La verdad es que cuando Robert asumió su condición, de repente todo había parecido mucho más sencillo; y Jake, que siempre había abogado por un acercamiento a los humanos, animado por la comprensión que había terminado demostrando Robert, albergaba la esperanza de que algún día los magos pudieran vivir sin tener que esconder lo que eran. Pero, en aquel momento, la esperanza se desvaneció ligeramente cuando vio cómo Aldara hacía una mueca de disgusto.

—Pues, tal y como están las cosas ahora mismo, no sería un pensamiento sensato — manifestó la joven bruja.

Su compañero frunció el ceño, preocupado de verdad.

—¿Por qué lo dices?

Ella frenó bruscamente y le miró a los ojos. Él casi tropezó, pero consiguió recuperar el equilibrio a tiempo.

—Porque los grinden no van solo a por los Elementos. Creí que lo sabíais —susurró Aldara, y Jake estuvo a punto de caerse de nuevo de la impresión.

Palideció, asustado. Esas noticias aún no habían llegado a Salem. ¿Los grinden también iban a por...? Se le hizo un nudo en el estómago cuando Aldara hizo un gesto, dándole a entender que sí, que lo que pensaba era exactamente lo que estaba pasando.

—Hemos estado investigando, las chicas y yo, desde hace un tiempo —confesó, y echó a andar de nuevo—. Pensamos que los grinden no pudieron salir de la nada, que alguien los sacó de algún sitio —sus tripas comenzaban a rugir y apretaron el paso—. Hay referencias a criaturas semejantes desde hace siglos, casi desde la Edad Media —prosiguió ella—, pero siempre se les había considerado demonios, en general. Incluso hay quien afirma que, muerto el mago que los invocaba, desaparecían durante un tiempo.

—¿Quieres decir que alguien controla a esas criaturas? —Jake estaba incrédulo.

—Sí, no es tan inverosímil. Verás, hace poco Andie, Keira y yo tuvimos un enfrentamiento con una pareja detrás del Estadio Vicente Calderón; al final nos deshicimos de los dos, pero mientras que otras veces habíamos incinerado los cadáveres, o habíamos cogido sus esencias en la “piedra estelar”, esa vez, Keira y Andie insistieron en traer uno a la mansión para examinarlo —una nota de nerviosismo mal contenido apareció en su voz—. Lo llevamos al sótano, y... lo analizamos —su acompañante no necesitó más explicación para saber qué había pasado exactamente—. Jake, tenías que haber visto ese cerebro. Diminuto, liso, con un bulbo olfatorio inmenso...

—No sé si quiero tanto detalle —el chico hizo una mueca—. No soy fan de las ciencias naturales, ¿sabes?

—Perdona —se disculpó Aldara, un poco azorada—. Ya sabes, soy la empollona de la clase... En fin, el caso es que, como “sabueso”, digamos, es una criatura que no tiene precio, pero... realmente, ese cerebro no era excesivamente complejo; y además, hay algo que no sabría identificar, pero que lo convierte en un ser sin libre albedrío. ¿Me entiendes? —al ver la cara de estupor de Jake, supo que no estaba siendo así—. Es poco más que un animal primitivo, pero sin autonomía —resumió.

El otro mago estaba confuso.

—Pues parecen humanos —comentó en voz baja, inseguro.

—Sí —admitió Aldara con desgana. Estaban casi en la puerta de la casa, y él le cedió el paso—, pero está claro que no lo son, ni se asemejan a nosotros en ningún sentido. Parecen...

—¿Reptiles? —completó Jake. Tenía sentido, vistos los rasgos faciales de aquellos monstruos.

—Sí, aunque incluso dudo que ni siquiera tengan algún parentesco con ellos —repuso la joven con amargura.

Era evidente que aquel tema la frustraba, y no parecía dispuesta a seguir hablando de ello. Se la veía cansada y muy triste, así que Jake trató de animarla cambiando del tema.

—Vamos dentro —le instó con una sonrisa amable—. Creo que huelo a cena —añadió, sonriendo burlón.

Ella asintió conforme, y al cabo de un par de segundos, sonrió también. Porque era imposible resistirse cuando Jake bromeaba. Solo con ese gesto, su rostro pareció cambiar por completo, y el joven mago pensó, sin poder evitarlo, en lo guapa que era cuando no fruncía el ceño constantemente; sonrió interiormente. Qué recuerdos de otros tiempos más tranquilos.

Entraron y se dirigieron al comedor. Ya hacía rato que la mayoría de los Consejeros habían comido, pero el catering continuaría servido al menos un rato más. Como de costumbre, no había nadie tras la barra; pero en una Escuela de Magia, nunca hacía falta. Bastaba con tener la maquinaria adecuada trabajando en las cocinas. Los dos magos cogieron sendas bandejas, se llenaron los platos de comida y se sentaron en una mesa cercana, uno frente al otro.

—Pero entonces —Jake decidió, con cierto tacto, volver a sacar el tema de los grinden—, quedamos en que son criaturas semi-irracionales, que alguien que no sabemos quién es, controla, y que no solo van a por... —miró a su alrededor— “presas grandes”, sino también a por “pequeñas” —hizo un gesto elocuente—. Ya me entiendes.

—Sí te entiendo; y más o menos, es la síntesis de lo que hay.

—Entonces no ha sido tan mala idea que yo viniera.

—¿Qué quieres decir? —Aldara le miró con curiosidad mientras se llevaba el tenedor a la boca.

—Quiero decir que hay que hacer algo.

La joven hizo un gesto de incompreensión.

—¿Como qué?

Jake se inclinó hacia ella y bajó la voz.

—Piénsalo, Aldara. Toda la Comunidad Mágica está rompiéndose la cabeza por acabar con esta plaga, y me acabas de decir que crees que alguien está detrás —al chico le brillaban los ojos—. Debemos averiguar quién es, y pronto.

Ella palideció, asustada.

—Eso es muy difícil —protestó, aunque sin elevar el tono de voz—. Somos demasiados magos a lo largo del mundo como para ponernos de acuerdo.

—Por investigar no se pierde nada. —insistió él, y se inclinó aún más sobre la mesa—. He oído rumores —su voz se había convertido en un siseo cuando miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie—. Hay magos que se reúnen con Deborah de vez en cuando, y según lo que Anya ha podido averiguar a hurtadillas, algunos están muy descontentos con la gestión de Avalon durante este último año —su mirada se volvió elocuente—. Al parecer, hay algo que no encaja.

—No te sigo —confesó Aldara, aunque sintió cómo se erizaba el vello de la nuca—. Además, los Derfain son de fiar —añadió, molesta—. Ruth era de fiar.

El joven ladeó la cabeza y arqueó una ceja, escéptico.

—¿Cuánto hacía que Ruth no veía a Morgana?

Aldara se mordió el labio, dubitativa. No lo sabía, pero no podía ser... Ruth, no.

—Jake, ¿qué quieres que te diga? —alzó las manos en gesto de impotencia—. Yo me fiaba de Ruth, pero no sé qué clase de relación tenía con su familia.

El chico meditó su respuesta unos segundos.

—Solo digo, que tenemos que estar alerta —susurró al fin, con voz pausada—. Si se confirmase tu teoría, podría ser que los grinden fuesen únicamente la punta del iceberg.

Aldara palideció aún más, y se puso rígida de espanto.

—¿Te refieres a una conspiración? —murmuró con un hilo de voz.

Él asintió.

—Algo así.

Su compañera se irguió de nuevo, pasándose un mechón de pelo por detrás de la oreja con gesto nervioso, y respiró hondo antes de volver a hablar.

—No sé qué podemos hacer, Jake —le confesó con voz temblorosa—. Todo lo que dices... Dioses, suena a completa locura. Y no somos nadie, solo magos jóvenes que intentan pasar desapercibidos día a día...

Jake alzó una mano para interrumpirla. Su rostro mostraba media sonrisa conciliadora.

—Tú eres una rata de biblioteca, Al; seguro que habrá algo que puedas encontrar. Yo hablaré con mis compañeros cuando vuelva a Salem, pero sin dar mucha guerra, lo prometo. Y no te estoy diciendo que dejes de confiar en Ruth cuando vuelva —añadió al ver la expresión de angustia de ella— solamente, manteneos alerta, ¿vale?

Aldara le miraba fijamente, muda de asombro, pero Jake comprobó en su mirada que sabía que tenía razón. Al final, la vio rendirse y dejar caer los hombros.

—De acuerdo —aceptó ella—, hablaré con las chicas también, pero no puedo garantizarte nada. Y me lo has prometido —añadió en tono de advertencia y levantando un dedo frente a él—: no se te ocurra montar una revolución por tu cuenta. Sabes muy bien lo que podría pasar.

Jake sonrió en respuesta, socarrón.

—Estate tranquila, princesa.

Aldara sintió cómo una sonrisa involuntaria a floraba a sus labios, mientras sus mejillas se teñían de rojo. Hacía años que nadie usaba ese apelativo con ella. Sacudió la cabeza y miró a Jake con falsa expresión de contrariedad, aunque los dos sabían que aquello había terminado de convencerla.

—Maldito seas, Connell —masculló con cariño mientras atacaba el segundo plato.

\*\*\*

Ruth abrió los ojos, pero no vio nada. A su alrededor todo era oscuridad, y solo lograba distinguir algo similar a una espesa neblina que danzaba a su alrededor. También se oían susurros, pero no entendía lo que decían. Se incorporó. El suelo era de frío mármol; despacio, puso un pie delante del otro para intentar avanzar, y se estremeció al pensar en las múltiples posibilidades de lo que podía ser aquel lugar. Una Celda Oscura se podía ubicar en cualquier punto del planeta, y generalmente no solían ser lugares muy halagüeños de por sí. Las Celdas deformaban todo lo que había a su alrededor, creando una especie de agujero negro camuflado en el entorno. Por un segundo pensó en el Tártaro, por la oscuridad del lugar, pero enseguida desechó la idea. No, Gregor no tenía poder para

enviarla a un lugar así; y no creía que aquella mocosa rubia con ínfulas tuviera tanta familiaridad con el dios del Inframundo, como para hacer aquella clase de tratos. De hecho, la que la había arrastrado a aquel agujero inmundo era una dríade, de la que no sabía hasta dónde llegaba su poder... Sacudió la cabeza, confundida. Fuera lo que fuese aquel lugar, estaba bien atrapada, eso seguro. Mientras avanzaba, todo a su alrededor parecía permanecer exactamente igual. Sentía como si caminara en círculos, o anduviera sin moverse. Intentó no dejarse intimidar, y continuó caminando; hasta que, al cabo de unos cuatrocientos pasos, lo oyó. Un gemido... No, un sollozo. Parecía una... ¿una niña? De repente la asaltó un presentimiento. ¿Sería posible que...? Intentó avanzar en la dirección que creía correcta, hacia donde se escuchaban los sollozos, y entonces escuchó una voz de mujer que cantaba. La melodía la reconoció, era una nana tradicional que casi todas las madres de su mundo cantaban a sus hijas cuando eran pequeñas. Y la intuición le decía que aquella niña tenía siete años, y la mujer, alguno más de cuarenta. Siguió andando todo lo deprisa que era capaz, escuchando, pero el sonido parecía burlarse de ella y se movía, zigzagueando. Ruth intentó ejecutar un hechizo para despejar la niebla, pero fue inútil. A pesar de que ya no llevaba los grilletos de Vivianne, sus poderes no existían en aquel lugar. Tras dar varias vueltas sobre sí misma, mientras el canto parecía proceder de todas direcciones y de ninguna, cayó de rodillas, derrotada. Los pies le dolían, a pesar de no haber andado mucho; el vestido la agobiaba. Sintióse agotada, se dejó caer al suelo; enseguida, los ojos empezaron a cerrársele, y la niebla, susurrante y húmeda, comenzó a envolverla lentamente, asfixiándola un poco más a cada centímetro que avanzaba sobre su cuerpo. Estaba a punto de desmayarse sin poder evitarlo, cuando unos brazos jóvenes la sostuvieron por debajo de las axilas, y Ruth reconoció aquella voz angelical antes de perder del todo el conocimiento:

—No te vayas... tía. No te vayas.

Los cascos del caballo golpeaban el suelo rítmicamente, al trote. Estaba siendo difícil encontrar un camino a través de aquellas laderas tan abruptas, aunque la noche era tranquila, y solo se oía el susurro del viento pasando a través de las altas copas de los árboles. El jinete olfateó el aire: estaban a las puertas del invierno.

La ciudad se veía a lo lejos, al sur, apenas una sombra recortada contra el horizonte. Echó cuentas: unos setenta u ochenta kilómetros, quizá menos. Dejar el caballo en algún picadero por el camino. Teletransportarse a una distancia prudencial de la capital. Y luego, hacerse con una habitación de hotel, y ponerse a buscar.

Sus ojos azules brillaron bajo la capucha cuando un rayo atravesó el cielo, presagiando una tormenta otoñal. Su mirada era dura, decidida; quizá, con un punto rabioso. Akhen no tenía alternativa, no si quería que Ruth volviera con vida a su lado. Tenía que convertirse en el ser más rastrero del universo. De todos los universos conocidos. Sin embargo, pensó con amargura, no era la primera vez que lo hacía... ¿no?

\*\*\*

Cora apoyó su bandeja en la mesa y se dejó caer en el banco, agotada.

—Las clases con Layla son agotadoras —sentenció.

Sandra observó con gesto crítico la cena de su compañera; macarrones boloñesa, filetes de cerdo en salsa de pimienta y helado.

—No deberías comer tantas calorías —indicó con un gesto de desaprobación—, no es bueno para la línea.

Cora volvió la cabeza hacia ella y arqueó una ceja.

—Sandra, me importa un bledo la línea.

—Pues yo creo que es importante —insistió débilmente su compañera.

—Déjalo, San —intervino Marco—. Si quiere ponerse como una vaca, es su problema.

—Tú eres idiota —le espetó Cora, malhumorada.

—Cora, ya vale —le cortó Ray—. Necesitamos ser un equipo y esa hostilidad no ayuda nada.

La reprendida le miró a los ojos, desafiante y sin un ápice de arrepentimiento.

—Acepté trabajar con ese —señaló a Marco con la cabeza— porque sabía tocar la guitarra y el piano, y me pareció una buena baza para el grupo... no por otra cosa,

—Vaya, gracias, es un consuelo que me admitieras en “tu grupo”, entonces —le increpó Marco con acidez— ¿Cuándo te has erigido como directora de la orquesta?

—¡No te pases un pelo conmigo, Marco!

Cora había empezado a incorporarse, iracunda, y sus iris oscuros ardían casi literalmente.

—¡Basta! —gritó Sandra, mirando nerviosa a su alrededor—. ¡Dejadlo ya, los dos!

En efecto, habían atraído la mirada de Layla, Beth y Diana, que en cuanto vieron que la rubia joven las miraba, volvieron a lo suyo rápidamente. Cora se sentó de nuevo, sin dejar de mirar a Marco y con los puños apretados. Sandra suspiró, harta de aquella situación constante.

—Escuchadme bien. Los dos. —Sus ojos brillaban acerados por la irritación—. Estoy segura de que ninguno queríamos vernos en una situación así. De hecho, ninguno lo imaginábamos. Pero hay una cosa clara —apoyó los antebrazos sobre la mesa con actitud severa—: hay alguien que quiere vernos muertos, o algo peor, y tenemos suficientes

pruebas de ello; así que lo único que podemos hacer ahora es mantenernos lo más unidos posible, y tratar de aprovechar todo lo que nos puedan enseñar para defendernos.

Cora y Marco aún se miraban fijamente: ella, con odio concentrado; él, con rencor y un dolor difuso escondido tras sus iris azules. Sandra no sabía qué más hacer para que aquella hostilidad terminara.

—Escuchad —intervino entonces Ray—, si estáis peleándoos todo el día, lo único que vais a conseguir es haceros más daño, incluso heriros o... mataros —un escalofrío recorrió su espalda ante aquella posibilidad, por lo que implicaba, pero se obligó a continuar. Sus dos compañeros y amigos le miraban ahora fijamente, como si se hubiese vuelto loco—. Asumámoslo, ya no somos humanos corrientes, y hace apenas dos días que sabemos en qué nos hemos convertido. Y no lo controlamos, así que más nos vale hacer lo posible para que nadie salga herido —miró a Cora y Marco alternativamente—. ¿De acuerdo?

La joven pelirroja agachó la cabeza, y respondió en un susurro mientras miraba fijamente su bandeja:

—Sí.

—¿Marco? —inquirió Ray.

Él le devolvió la mirada a su compañero durante un par de segundos; después, fijó sus iris en Cora, que ya empezaba a remover distraídamente los macarrones con el tenedor, y dijo:

—Claro, hecho.

Sin embargo, se levantó, cogió su bandeja, la dejó en un carrito con un fuerte golpe que atrajo de nuevo varias miradas hacia él, y salió del comedor. Hasta Cora levantó la cabeza para ver cómo se iba. Sandra la observó de reojo. Parecía incrédula.

—Deberías darle un poco de cancha a Marco —le sugirió con cautela—, no tiene mala intención.

Pero el gesto de su compañera mudó en una milésima de segundo de la perplejidad a la ira, y se volvió para encarar a Sandra.

—Tú tuviste suerte —le espetó apretando los dientes, antes de volver la vista de nuevo hacia su plato.

Ignorando la expresión atónita de su amiga, pinchó un tenedor de macarrones, se lo llevó a la boca, lo masticó, y le entraron ganas de vomitar. Aquella conversación había terminado por revolverle el estómago.

—Yo tampoco tengo hambre —anunció; y sin recoger la bandeja, salió del comedor.

Sandra y Ray la siguieron con la mirada hasta que desapareció por la puerta, y después se miraron. Ella parecía muy abatida, y Ray le tomó una mano para tratar de infundirle ánimos.

—No te preocupes por ellos, anda —le aconsejó con dulzura—. Esto pasará, como siempre.

Sandra tragó saliva. Estaba a punto de echarse a llorar, y su novio lo sabía. Aunque no era para menos.

—¿Crees que conseguiremos que algún día se lleven bien? —le preguntó la joven, insegura.

Ray tardó un segundo en contestar, mientras volvía a mirar con aire reflexivo la puerta por donde se habían marchado los otros dos.

—Debo confesarte algo —resopló—. Puede que aún no controle muy bien mi poder, pero hay cosas que me permite apreciar. Como los sentimientos de la gente.

—Creía que eso lo hacían los Hijos de Venus.

Ray rio entre dientes.

—Sí —admitió—, pero supongo que los poderes de los Elementos están por encima de eso —su novio la miró a los ojos—. No te preocupes, Sandra. Puede que Cora sea el Fuego más ardiente, y Marco el Agua más agitada que se haya visto nunca. Pero te digo yo que entre ellos hay una atracción más fuerte que cualquier poder del universo. Y algún día, se darán cuenta.

Sandra esbozó una sonrisa cansada.

—Me conformo con que no lo hagan demasiado tarde —suspiró.

No obstante, aunque la joven lo rogase cada noche, tampoco a la mañana siguiente se cumplió su deseo. De hecho, Cora y Marco no se dirigieron la palabra. Ambos fingieron un interés rayano en lo absurdo en una explicación de Layla sobre tipos de vestimentas de magos, los colores de cada Casa y el empleo de artículos mágicos diversos, así como sus diferentes propiedades. Y también mantuvieron una actitud similar en los ejercicios conjuntos durante toda la semana. Ray y Sandra trataban de no perder la paciencia, y se esforzaban al máximo durante los ratos libres y las comidas, insistiendo con todo lo que se les ocurría para que dejaran la hostilidad a un lado. Por fortuna, a la segunda semana pareció surtir un ligero efecto. Porque, aunque seguían casi sin hablarse, al menos la tensión pareció disminuir, e incluso empezaron a tratarse con fría cordialidad. Sin embargo, Marco no podía evitar terminar, la mayoría de los días, deseando meterse en la ducha para que el Agua le ayudara a reponerse de las palizas que recibía en los ejercicios de duelo cuando le tocaba con Cora. A veces la mirada de ella era tan aterradora cuando

luchaba contra él, que si no fuera porque Ray consideraba que su amiga era bastante sensata, en algún momento hubiese jurado que intentaba acabar con el pobre chico.

Al margen de eso, los días pasaron rápidos, y los cuatro notaron con orgullo personal cómo sus poderes comenzaban a fortalecerse; hasta el punto de que Ray, al mes, ya era capaz de manipular las plantas que hubiera a su alrededor a su antojo. Sandra, por su parte, podía crear corrientes de aire más o menos fuertes con solo desearlo. Cora consiguió aprender a lanzar fuego desde sus manos y a encender hogueras, simplemente dirigiendo una mirada hacia el punto donde quería crearlas. Y Marco aprendió a crear olas, manipular corrientes de agua e interpretar las imágenes y sonidos que reflejaban las corrientes. Así, poco a poco, empezaron a descubrir también... que tener poderes, en el fondo, no estaba tan mal.

## Lecciones de vida

Los primeros dos meses se pasaron entre entrenamientos, lecciones de magia y duermevelas, por si a los grinden se les ocurría acercarse demasiado a la mansión y tenían que escapar. Sus nuevas compañeras también les habían explicado, aparte de todo, que por el momento y hasta que Ruth volviera, aquella era la única opción viable en una emergencia. Cora se había puesto roja de rabia y les había increpado, alegando que huir constantemente no podía ser una solución. Aldara había objetado, también con enfado, que a veces huir era una medida de prudencia; pero Ray se temía que lo que Cora decía, en aquel caso, era cierto. No podían estar huyendo constantemente. Cada día que pasaba estaba más convencido.

Despacio, siguió avanzando por el pinar. El ejercicio de aquel día lo habían programado Davin y Aldara, puesto que su maestra habitual, Rebeca, había tenido que bajar a la ciudad por unos asuntos. Según ellas, podía ser interesante ejercitar su capacidad para moverse e “integrarse en su elemento”, que aprendiera a mimetizarse y a desplazarse con sigilo a través de los árboles, además de aprender a orientarse. De entrada, Ray había considerado que aquello era una tontería.

—No lo es —Davin parecía ofendida ante aquella posibilidad—, hay muchas cualidades, aparte y junto con la magia, que un hechicero debe dominar.

—Paciencia —había dicho Aldara— autocontrol, abrir los sentidos...

Lo último parecía lo más útil en su situación, había pensado Ray, puesto que era cierto que su nuevo “yo” parecía descontrolado hiciera lo que hiciese. Sus emociones le traicionaban más veces de las que le gustaría, hasta a solas con Sandra. Se ruborizó: solo por esto último, en realidad, había aceptado hacer el ejercicio. El objetivo era conseguir orientarse en el bosque, encontrar a cada una de ellas, y... sorprenderlas. Las dos se habían echado a reír a carcajadas cuando Ray les había preguntado que si tenía que atacarlas.

—Con que te acerques a dos metros sin que te veamos y nos digas “hola”, creo que nos vale —le sugirió Davin cuando se serenó y se secó las lágrimas— serías incapaz de otra cosa.

Ray no había podido evitar sentirse un poco ofendido, y en ese momento, la afirmación de Davin le había parecido una auténtica bravuconada. Pero tras dos horas de búsqueda, y tres intentos infructuosos de sorprenderlas, había sido Davin la que se había lanzado bastantes más veces sobre su espalda, sin piedad y derribándole al suelo. Después, sin decir palabra, se había levantado y había salido corriendo a una velocidad que Ray nunca había imaginado en un ser humano. Claro que aquella bruja no era un ser humano corriente. Cada vez que le había tumbado, su maestra le había dado un nuevo consejo: “Camina sobre las puntas de los pies”, o “no avances con prisa, y permanece con los cinco sentidos alerta”, “te fías demasiado de tus ojos, ejercita el oído y el olfato, te serán más útiles”. Ray cada vez se sentía más como una marioneta, y el cansancio empezaba a hacer mella en sus músculos, doloridos por la caminata. Aunque eso no era lo peor de todo: de Aldara no había ni rastro. Ni siquiera había llegado a verla de lejos, cosa que a Davin sí. Se sintió un poco ridículo, puesto que no podía esconderse siempre... ¿O sí?

Un sonido a su derecha le hizo detenerse y volver la cabeza, alerta. Una rama había crujido unos metros más allá, por lo que se quedó en tensión, apoyado sobre las puntas de los pies, esperando. Pero, para su decepción, el sonido no se repitió, y nadie apareció. Ray miró hacia los lados y se concentró en escuchar. Sí, parecía que algo correteaba ladera abajo. Envalentonado de nuevo, dio un paso hacia su derecha, vigilando bien dónde ponía el pie, y a la vez intentando vislumbrar un nuevo movimiento que le indicara por dónde iba su objetivo. Pero al cabo de unos veinte pasos tuvo que darse por vencido: fuese lo que fuese, se había escondido; o era muy rápido, o muy sigiloso. El caso es que se le había escapado. Intentó retroceder hacia el punto de inicio, pero se detuvo bruscamente cuando la vio. Obviamente, no la había oído llegar.

La flecha de Aldara le apuntaba directamente a la cabeza, y la expresión de la bruja no era de suficiencia, ni siquiera de reproche. No; era el gesto del cazador que sabe que tiene a su presa a tiro y que no puede fallar. Ray alzó los brazos lentamente y la miró de frente, asustado al pensar, por una centésima de segundo, qué sucedería si la bruja soltase la cuerda. Pero tras un par de segundos, la joven bajó el arco con un suspiro, y Ray exhaló todo el aire que estaba conteniendo en los pulmones, aliviado. Aunque la pesadumbre le invadió casi de inmediato: aquel gesto sí era un reproche, no había que ser un genio para verlo. Aldara comenzó en ese momento el descenso hacia su posición, y el chico bajó los brazos, abatido. Todo el cansancio pareció caer de golpe sobre él, y se apoyó las manos en las rodillas, jadeando ligeramente. Cuando la bruja llegó a su altura, esbozó una sonrisa que pretendía ser amistosa.

—Ya pensaba que no te encontraría nunca —dijo.

—No lo has hecho —respondió ella en tono severo, y a Ray se le volvió a caer el alma a los pies—. Te he encontrado yo, y podría haberte matado si hubiese querido.

—Y si no hubieras sido tú —completó Ray con acidez, lo que hizo que Aldara apretara los labios.

—No te pases de listo, chico de Tierra —le espetó con cierta irritación.

Ray se incorporó y alzó los hombros con impotencia.

—¡No sé que queréis que haga! —contraatacó, molesto—. ¿Qué se supone que tengo que hacer para pillaros desprevenidas?

Para su alivio, la bruja suavizó el gesto de inmediato. Parecía entender el dilema en el que se encontraba, lo que demostró alzando las manos en un gesto conciliador.

—Nadie dijo que este ejercicio fuese fácil, Ray; perdóname por ser tan brusca —cuando él asintió, conforme, ella le puso una mano amistosa en el hombro—. Ven, sentémonos cinco minutos, será mejor que recuperes el aliento —se sentó en una roca grande que había a unos cinco pasos de distancia, y su alumno la imitó en el suelo—. Ray, tú tienes algo que el resto no tenemos —le explicó ella con suavidad—. Nuestros poderes son limitados, y solo podemos orientaros. Pero los vuestros... el tuyo, Ray —la chica alzó la vista hacia el cielo e hizo un gesto abarcando el bosque— es este —al ver que el joven continuaba abatido, se bajó de la roca y se sentó a su lado—. Debes aprender a comunicarte con tu elemento, Ray. No se trata solo de saber moverte por el bosque, ni de saber orientarte, y mucho menos de hacer que una planta te obedezca —soltó una risita divertida—. Eso podemos hacerlo la mayoría de los Hijos de los Dioses con los ojos cerrados —hizo un gesto impaciente al ver que él no reaccionaba—. ¿No lo ves? —le apremió—. Si el elemento Tierra está dentro de ti, deberías poder hacer... —pareció no encontrar las palabras—. No sé, ¡tantas cosas!

—El problema es que no veo cómo esto me puede ayudar.

Ray también hizo un gesto que abarcaba el bosque, pero refiriéndose al ejercicio y no al entorno. Aldara se rio con ganas y sacudió la cabeza.

—¿Creías que todo iba a ser leer libros y hacer crecer semillas con solo desearlo? Eso es lo fácil.

Ray arqueó las cejas, visiblemente incrédulo.

—¿Fácil?

Su maestra puso los ojos en blanco.

—Mira, Ray: todos hemos pasado por una fase similar a tu situación actual, aunque en nuestro caso, la mayoría empezamos a ejercitarnos a corta edad. Para vosotros, sin embargo, es algo que no se puede predecir cuándo sucederá, ni a qué edad ni en qué

momento —le tranquilizó ella—. Pero una vez que llega, que la magia forma parte de ti, la clave está en aprender, evolucionar e intentar mejorar día a día. Los humanos corrientes también lo hacen, en cada pequeño gesto de su vida. ¿Por qué no íbamos a hacerlo nosotros con algo que es parte de nuestro cuerpo?

—Sí, pero no es lo mismo mejorar tocando la guitarra que, digamos...

Ray no estaba seguro de qué ejemplo poner, pero Aldara lo hizo por él.

—¿Hacer que la Naturaleza te obedezca a gran escala cuando ya lo hace en pequeños gestos?

Aldara recalcó adrede las últimas dos palabras, y sabiendo que la bruja tenía razón, Ray se puso rojo como un tomate.

—Sí, algo así —musitó.

Esperaba que ella se riera de su inocencia; pero, para su sorpresa, la Hija de la Luna no dijo nada, sino que se quedó observándole un rato, pensativa. Después, pareció tomar una decisión, porque se puso en pie de un salto y le tendió la mano.

—Ven, vamos a probar una cosa.

Le ayudó a levantarse y echaron a andar a través del bosque, hasta que alcanzaron un pequeño sendero de tierra entre la maleza. Ray miró a su alrededor con curiosidad.

—¿Y Davin? —se atrevió a preguntar.

Acababa de darse cuenta de que hacía mucho rato que no la veía por ningún lado y, por experiencia, le preocupaba su retaguardia.

Pero Aldara se limitó a encogerse de hombros.

—Andará por ahí, supongo —replicó con simpleza.

Pero el joven siguió mirando a su alrededor durante un buen rato, por si volvía a lanzarse sobre él. No volvieron a cruzar palabra hasta que, al cabo de unos diez minutos, llegaron a un pequeño claro. Su maestra le hizo situarse entonces en el centro del mismo, de espaldas a la espesura, y le pidió que cerrase los ojos. Ray obedeció.

—Bien —empezó ella—, ahora quiero que respires hondo y despejes tu mente de cualquier pensamiento.

Ray lo hizo, y procuró no sorprenderse cuando algo de consistencia indefinida empezó a ocupar silenciosamente el interior de su cabeza. Era lo que solía notar cuando movilizaba la energía de la Tierra a través de su cuerpo, solo que esta vez era más denso, más palpable; más imponente. Ray abrió los ojos de golpe y jadeó, presa de un súbito agobio. Aldara le miró enarcando una ceja.

—¿Va todo bien? —preguntó, preocupada.

Él se esforzó por recuperar una respiración normal antes de contestar.

—No —admitió—. Ha habido algo que ha entrado en mi mente en cuanto la he dejado en blanco. Es decir, es como lo que siento cuando hago otros conjuros, solo que esta vez...

Se calló al darse cuenta de que no sabía cómo explicar exactamente lo que acababa de suceder, y la miró expectante, pensando que ella quizá lo sabría. Pero la bruja se encogió de hombros con un gesto de ignorancia.

—No sé lo que pasa por tu cabeza, Ray.

—Tenía una consistencia muy extraña —explicó él, sabiendo que podía sonar ridículo—. Era como un humo de color verde, pero más sólido y visible. No sé...

Se echó las manos a la cara y se frotó los ojos. Se sentía agotado. Tras unos segundos, Aldara le tomó la barbilla con la mano y le obligó a mirarla directamente.

—No sé qué puede ser, Ray. De verdad. Pero solo un intento más y volvemos, te lo prometo —mostró una rápida sonrisa de aliento—. En casa puedes preguntárselo a Rebeca, si quieres.

Visto en general, aquello no era una sugerencia, así que Ray no tuvo más remedio que obedecer, aunque a regañadientes. Volvió a cerrar los ojos, a intentar relajarse y dejar la mente en blanco. Enseguida, empezó a notar de nuevo aquella presencia, que fluía desde el resto de su cuerpo e invadía lentamente su cerebro, ocupándolo por completo. Sintió cómo un súbito nerviosismo le asaltaba cuando la masa verdosa amenazó con bloquear sus sentidos, pero se obligó a serenarse y lo dejó avanzar. Por el contrario, se dio cuenta de que aquello no nublaba su capacidad, sino que, al contrario, parecía expandirla de una forma increíble. La voz de Aldara sonó de nuevo.

—¿Estás relajado?

Ray asintió mecánicamente. Sin saber por qué, le pareció intuir que ella daba su aprobación con un gesto, aun sin verla.

—Quiero que me describas qué sientes ahora mismo —le indicó la joven.

Ray inclinó la cabeza, todavía con los ojos cerrados.

—Me siento... despierto —explicó—. Más que despierto, alerta. Es como si sintiese todo lo que hay a mi alrededor; como si estuviera... conectado con el entorno. ¿Es posible? —inquirió.

Aldara sonreía, lo supo enseguida, y le pareció una muy buena señal, por lo que se esforzó aún más en no perder la concentración mientras ella hablaba.

—De acuerdo, eso significa que tu energía está fluyendo, desde tu cuerpo hacia el suelo y lo que te rodea, y viceversa. Ya puedes abrir los ojos —le indicó.

Ray dejó escapar un hondo suspiro y obedeció, aunque con cierta desgana. La experiencia había sido indescriptible; se había sentido más vivo que nunca, capaz de cualquier cosa. Pero la sensación se evaporó tan pronto como la sustancia que ocupaba su conciencia se retiró, despacio, dejando tan solo un pequeño resquicio como testimonio de su presencia. Ray se alegró por ello; quería llegar a notar aquella maravillosa sensación de nuevo. Casi sin quererlo, percibió una ligera vibración de la tierra a sus espaldas, y se volvió rápidamente, dando un salto instintivo hacia su derecha, como si su cuerpo intuyera que algún tipo de proyectil se dirigía hacia él. En efecto, Davin había vuelto a intentar hacerle un placaje digno del mejor jugador de rugby. El movimiento de Ray pareció desequilibrarla una centésima de segundo, pero dio una voltereta sobre la hierba y se levantó de nuevo, recuperando al instante el centro de gravedad. Sonriendo ampliamente, se irguió y se apartó la larga melena cobriza de la cara. Le llegaba por la mitad de la espalda, y casi siempre la llevaba suelta y desmarañada.

—No está mal, novato —le felicitó con orgullo.

Ray sintió cómo algo en su interior se henchía por el cumplido. Aldara, por su parte, se acercó a Davin con el ceño fruncido.

—Has tardado en volver —la reprendió—. ¿Qué andabas haciendo?

Davin hizo un gesto vago con los hombros y echó la mano al cinturón.

—No solo tu sabes cazar —respondió con sorna a la vez que mostraba su trofeo.

Entonces fue cuando vio Ray lo que la bruja llevaba colgado del cinturón: dos conejos degollados, gordos y grises. Y de repente, sintió unas náuseas terribles e inexplicables. Doblándose sobre sí mismo, y ante la mirada atónita de las dos chicas, corrió a meterse detrás de unos arbustos y vomitó. Cuando terminó, se pasó una mano por la frente sudorosa. ¿Qué acababa de pasar? ¿De verdad le daban tanto asco dos conejos muertos? Confundido, se incorporó y se dirigió de nuevo hacia las dos brujas, pero al volver a echar la vista hacia los animales, comprobó con desagrado que, en efecto, su estómago daba un vuelco y la bilis volvía a subir por su garganta. Tragó saliva y se obligó a apartar la vista del botín de caza de Davin.

—¿Estás bien? —le preguntó Aldara con cierta aprensión—. Estás muy pálido.

—Sí —contestó él con rapidez, intentando sonar lo más convencido posible y evitando mirar a Davin y a sus conejos—. Solo... ha sido un poco...

Intentó buscar una palabra que se adecuara a la situación y que no fuera demasiado malsonante. Sin embargo, Aldara y Davin parecieron entenderlo enseguida, porque se miraron significativamente, y la segunda asintió.

—Sí, era de esperar —susurró.

Ray la miró intrigado.

—¿Por qué dices eso?

Las dos se volvieron hacia él.

—Porque siendo la Tierra, acabas volviéndote vegetariano... —le informó Aldara con suavidad.

Ray abrió la boca de par en par, estupefacto.

—Que... ¿Qué? —estalló— Dime que es una broma, por favor...

—Bueno, solo dejarás de comer animales terrestres —aclaró Davin al ver su mirada de espanto, pero al comprobar que su terror se redoblaba, puso los ojos en blanco y suspiró—. En serio, no es tan grave. Ahora te parece terrible, pero al final ni te acordarás de que comías carne.

—¿Y tú cómo lo sabes? —le espetó Ray, tremendamente molesto.

—Tranquilízate —le pidió ella, sin alzar el tono.

Tras un segundo de vacilación, el chico le hizo caso, aunque seguía tenso. Aquella situación no le hacía ninguna gracia.

Davin, por su parte, inspiró hondo para armarse de paciencia, cosa que sabía que iba a necesitar en ese momento.

—Es algo natural, que les ha pasado a todos los Tierra antes que a ti —le explicó—. Igual que, probablemente, Marco no vuelva a comer pescado, o Sandra no volverá a comer ninguna clase de ave.

—¿Y Cora?

—Bueno, ella es el Fuego, así que... —dudó un momento sobre cómo expresar aquello—. Digamos que lo quema todo, así que le da un poco lo mismo. El único problema lo tendrá con el alcohol... ya sabes...

Davin concluyó su explicación haciendo un gesto con las manos que pretendía imitar una explosión, y Ray se echó a reír ante aquello.

—Vale, creo que voy pillando cómo funciona esto —admitió; aunque en el fondo, seguía pareciéndole una completa locura.

Ellas mostraron unas tímidas sonrisas; al parecer, era un tema delicado que no se habían atrevido a tratar antes, y Ray lo adivinó por sus expresiones. Aldara miró entonces al cielo y se hizo visera con la mano.

—Es casi la hora de volver. Lo intentaremos de nuevo mañana —le avisó a su alumno antes de emprender la marcha.

Este no puso objeciones, y Davin tampoco. Los tres se encaminaron entonces a través del bosque hacia la Escuela, pero Ray se volvió un momento para mirar el claro donde habían estado, y no pudo menos que sonreír interiormente con cierta euforia.

“Progresas adecuadamente”, pensó con sorna mientras alcanzaba de nuevo a sus compañeras.

\*\*\*

Sandra contempló la calle iluminada por los reflejos de las luces navideñas, a través del cristal de la cafetería, absorta en sus pensamientos. Andie y Layla habían decidido que llevarla a dar un paseo por algún lugar concurrido podría ser una buena oportunidad para practicar lo que se conocía como “La Escucha”. En realidad, había sido Aldara la que se lo había aconsejado. Sonrió para sí. “Aldara es como una rata de biblioteca”, pensó. Aquella muchacha se conocía las bibliotecas, mágicas o no, de todo Madrid, de palmo a palmo, según decían las otras chicas.

En este caso, al parecer, el asunto consistía en que el espíritu del Aire tenía la capacidad de percibir y diferenciar los sonidos que le rodeaban. Hasta ahora habían hecho alguna práctica en los alrededores de la mansión, y desde la azotea, donde no había demasiado ruido de fondo y por tanto los sonidos que se buscaban se encontraban fácilmente: el canto de un ave, el crujido de unas botas sobre el suelo a diez metros de distancia, una conversación entre dos personas dos pisos más abajo... Bueno, ese había sido muy difícil y realmente le había costado casi tres sesiones con Andie llegar a distinguir quién hablaba y lo que decía cada uno; de hecho, la primera vez había terminado con un dolor de cabeza importante y los oídos pitándole como dos locomotoras de vapor a plena potencia. Ese día se había acostado directamente, pensando que el cerebro le iba a estallar de un momento a otro, así que cuando a los dos días, Andie le sugirió que lo volviesen a intentar, a la bruja le hizo falta media hora para convencerla de que todo iría bien, y de que debía relajarse para que el ejercicio saliese correctamente.

Sus dos maestras regresaron en ese momento de la barra, haciendo equilibrios con tres tazas de chocolate llenas a rebosar y una bandeja de churros, recién hechos y calientes. Sandra sintió que se le hacía la boca agua y deseó alargar la mano enseguida, pero no hubiera sido correcto, por lo que cogió su taza con delicadeza y les dio las gracias. Se sentaron frente a ella mientras rodeaba la taza caliente con las manos. Era una agradable sensación.

—Bueno —Layla se recostó en el respaldo y apoyó las manos en el regazo. Sandra comprobó con cierta aprensión que parecía una examinadora—. ¿Has pensado ya en el ejercicio de hoy? —le preguntó directamente.

Sandra sintió cómo su cara ardía, y negó con la cabeza a la vez que miraba fijamente su taza.

—¿Qué dificultad le encuentras? —preguntó entonces Andie con solicitud.

No era un reproche ni un comentario despectivo, sino más bien una invitación a analizar la situación. Aquello le dio el valor que le faltaba para contestar con sinceridad.

—Creo que hay demasiada gente —dijo, dando vueltas al chocolate con la cucharilla y sin atreverse a alzar la vista.

La verdad era que se había devanado los sesos para intentar conseguir lo que ellas querían en los diez minutos que se habían ausentado de la mesa, pero la única conclusión a la que había llegado era que había demasiada gente, y que aún no estaba preparada para aquel conjuro.

—Puedes hacerlo, Sandra —le animó Layla—. Tienes que confiar en ello.

La Hija de Urano se había inclinado hacia delante, lo que hacía que la severidad de su postura anterior hubiese desaparecido.

—Lay tiene razón —corroboró Andie. Sandra intentó que su alivio no se notara en exceso: no iban a juzgarla tan duramente como creía—. Tampoco pretendemos que fragmentes esta cafetería hasta el último cliente y nos digas qué dicen todos y cada uno de ellos —añadió mientras miraba a su alrededor para asegurarse de que nadie les oía—. Simplemente, escoge.

Sandra la miró sin comprender. ¿Qué quería decir?

—¿Que escoja? —se atrevió a preguntar, insegura.

Andie hizo un levísimo gesto de impaciencia.

—Sí. Es lo que te he dicho antes: escucha el murmullo, busca una palabra clave, algo que creas que puede interesarte, y síguelo.

Sandra dejó caer los hombros, abatida.

—Lo he intentado, pero es que —alzó las manos con impotencia— cada vez que intento acercarme a una voz, parece como si el resto de voces también reclamasen mi atención y se me echaran encima.

—Eso es porque no estás lo suficientemente concentrada en esa voz —dijo Layla con naturalidad, aunque a Sandra aquella crítica le sonó peor que cualquier cosa que le hubiera dicho.

Andie pareció notar su enfado, porque le tomó una mano a través de la mesa y se la apretó, tratando de reconfortarla.

—Sandra, cuando quieras llegar a esa voz, céntrate solo en ella. Es lo que Layla quiere decirte.

Mientras hablaba le lanzó una mirada de advertencia a su compañera, que hizo un gesto de incredulidad. No pensaba que se hubiera pasado, vio Andie en su cabeza; y en realidad

no lo había hecho, era cierto, pero la Hija de Mercurio había visto la mente de Sandra: aunque era una joven con un corazón inmenso, también era muy perfeccionista, así como arrogante y superficial a veces. Solo se podían seguir dos estrategias con ella: intentar que cambiase o andarse con cuidado en cómo se le dirigía la palabra. Por ahora, Andie votaba por hacer lo segundo, al menos hasta ganarse un poco más su confianza. Como para zanjar aquella silenciosa conversación, Layla se levantó para ir al baño, ligeramente molesta. Andie la siguió con la mirada hasta que desapareció por la puerta de los servicios; sabía que el enfado se le habría pasado para cuando hubiese regresado. Prudentemente, se retiró de la cabeza de Layla y focalizó de nuevo su atención en Sandra.

—Mira, estoy segura de que puedes hacerlo —le dijo—. Creo que simplemente te falta confianza en ti misma, en lo que eres ahora —se lo pensó un momento antes de continuar—. Sé que es difícil aceptarlo, pero es posible que debas convivir con ello toda tu vida.

La otra alzó entonces la cabeza y la miró a los ojos. “Está asustada”, observó Andie para sí. Pero acto seguido, una barrera se cerró en la cabeza de su alumna, y la joven bruja dio un respingo. Sandra la miró sin comprender.

—Andie, ¿estás bien?

—Sí —repuso esta con rapidez—, no te preocupes. Es solo que...

“Has levantado una barrera en tu mente, ha sido demasiado rápido y ni siquiera sé si me lo he imaginado”, quiso decirle. Pero le pareció inoportuno confesar que andaba curioseando en su cabeza, aunque su único propósito fuese el de ayudarla a convivir con aquello que llevaba dentro. Se dio cuenta de que Sandra la observaba, expectante, y de repente Andie cayó en la cuenta de que debía de haberle dicho algo y ella no se había enterado.

—Perdona, ¿has dicho algo?

—Sí. Quería preguntarte... —juntó las manos sobre la mesa, retorciéndolas con indecisión. Andie esperó pacientemente a que terminara la frase, sin querer arriesgarse a otro susto—. ¿Habría alguna posibilidad de...? —la joven torció el gesto—. Ya sabes...

Sí, la Hija de Mercurio sabía perfectamente a qué se refería. Y, aun sabiendo que la respuesta no le iba a gustar, decidió ser sincera.

—Solo dos, y me temo que ninguna es agradable —se cruzó de brazos y evitó mirar a Sandra fijando la vista en los coches aparcados junto a la acera—. La primera, que algo te succione el alma; en cuyo caso, tu alma humana también irá detrás porque ya está conectada a tu alma elemental. Y la segunda... —en ese momento sí la miró a los ojos— que maten a uno de vosotros cuatro.

Esperaba una reacción histérica, o incluso airada. Preveía insultos, o que Sandra se levantase y se fuese corriendo aterrada de la cafetería, siempre con una mano delante de la boca para disimular el horror que le producían ambas alternativas.

Sin embargo, para su sorpresa, —sabía que lo habría visto si hubiese entrado en su mente, pero seguía reacia a hacerlo hasta saber más sobre la capacidad de un espíritu del Aire para crear barreras mentales—, Sandra asintió en silencio, muy seria, y volvió a fijar una mirada pensativa en su taza de chocolate. A Andie le entraron ganas de saltar sobre ella y arrancarle algún tipo de reacción, pero se contuvo. ¿Qué se le estaría pasando por la cabeza? Al cabo de unos minutos, sucumbió a la tentación de aproximarse, pero entonces Sandra habló, y Andie se retiró discretamente.

—Tienes razón – admitió—. En esto solo hay una alternativa agradable, y es asumir que el Aire ahora es parte de mí.

La bruja soltó aliviada todo el aire que sin darse cuenta estaba reteniendo, y asintió a su vez.

—Entonces, ¿lo intentamos? —le animó.

En este caso, cuando sus miradas se cruzaron, Andie vio una férrea determinación materializada en sus ojos grises, y un súbito pensamiento la asaltó: ¿Serían los ojos realmente el espejo del alma? Decidió no pensar en ello hasta más tarde, puesto que Sandra hacía en ese momento un gesto de conformidad y desviaba la mirada hacia la cafetería con falso aire distraído.

La joven humana intentaba vaciar su mente de todo pensamiento, como solía hacer en la Escuela, y poco a poco sintió cómo esa familiar nebulosa la envolvía, llenaba su mente y le abría los sentidos. Entonces, las voces empezaron a llegar hasta ella: al principio eran como una suave niebla, lenta y pesada, pero fueron subiendo gradualmente de volumen, como una torrentera tras la tormenta, hasta casi anegar su comprensión. Pero Sandra se concentró en no dejarse abrumar, y trató de escuchar algo que le sirviese de hilo para alcanzar una conversación concreta.

Para su sorpresa, al cabo de un par de minutos, las conversaciones empezaron a concentrarse en pequeños cúmulos, como cuando se despeja un día lluvioso y las nubes se fragmentan. Decidida, dirigió su atención hacia uno de aquellos remansos; a su izquierda, al otro lado de la puerta. Se aproximó despacio, y enseguida empezó a notar aquella sensación de avalancha por parte de las otras voces. Se concentró aún más, apretó los labios y se obligó a ignorar todo lo demás salvo su objetivo. Las conversaciones tardaron en retirarse otro angustioso minuto, pero, para ese entonces, la cafetería casi había desaparecido de la percepción de Sandra debido a su intensa concentración. Reprimiendo un grito de triunfo, se acercó un poco más. Voces femeninas y masculinas, un grupo mixto. Trató de discernir cuántos eran... cinco personas... sí, dos chicos y tres chicas...

—¿Qué, cómo os va?

Aquella frase junto a ella inundó sin querer su mente, y perdió toda la concentración. Sandra sintió que se mareaba y se agarró con fuerza a la silla que tenía al lado.

—¡Oh, dios mío, Sandra! —Layla acababa de sentarse y la miraba con la boca tapada y expresión culpable—. Lo siento, creo que ha sido culpa mía. ¿Estabas...?

—Sí —contestó ella, malhumorada.

La bruja se tapó un momento la cara con las manos.

—Soy una idiota, perdona, es que...

—¿Pensabas que no lo volvería a intentar? —inquirió Sandra arqueando una ceja divertida. Además, vio por el rabillo del ojo cómo Andie hacía lo posible por contener una sonrisa de aprobación y de diversión a partes iguales—. Pues sí —afirmó la muchacha en tono triunfal—. He conseguido acercarme hasta el grupo de ahí detrás —hizo un gesto con la cabeza hacia la mesa del otro lado de la puerta—. Dos chicos y tres chicas, y sin mirarles.

Layla y Andie se miraron y sonrieron.

—Te dije que podías hacerlo, ¿o no? —le preguntó la segunda—. Aunque eran tres chicos y dos chicas, me temo —añadió con sorna. Sandra abrió un montón la boca y se volvió para mirarles, estupefacta. Mierda. Se sintió rabiarse por dentro, pero Andie la tranquilizó enseguida—. Eh, no te enfades, lo has hecho casi mejor de lo que esperaba —prosiguió la joven, y el enfado de su alumna desapareció para dar lugar a una punzada de orgullo—. Venga, terminemos de merendar y vayamos a ver el Belén gigante de la plaza —sugirió Andie con una sonrisa, y las otras dos asintieron con alegre energía—. Dicen que es espectacular.

Cambiaron la conversación a un tema más banal, terminaron sus chocolates, pagaron y salieron a caminar bajo el frío del anochecer. Pero ninguna de las tres, ni siquiera Andie, reparó en la alta figura de pelo rubio que las espiaba discretamente desde la barra.

Akhen lo había oído todo, y ahora sabía dónde tenía que buscar. Con cierta desgana, se centró en apurar su café, pagar y salir de la cafetería lo antes posible. Respiró hondo en el frío aire de la calle nevada. Por Ruth, se recordó. Haces todo esto por ella. El motor helado arrancó con un gruñido metálico, y el mago condujo por la calle que le llevaría a las afueras del pueblo. Durante una media hora, el coche avanzó rápido, bajando por estrechas carreteras de montaña, hasta llegar al llano, a la autopista, y después a Madrid.

Su hotel estaba cerca de la plaza de Santo Domingo, en pleno centro, aunque algo escondido; precisamente lo que él necesitaba. En realidad, no era un hotel, apenas un hostel de dos estrellas, y no tenía nada que ver con sus lujosas habitaciones en Avalon y Tribec, pero le bastaba para poder alojarse en la ciudad sin llamar la atención. No

obstante, en cuanto entró supo que no estaba solo. Avanzó dos pasos para cruzar el umbral y cerrar tras de sí, pero entonces la vio, recortada contra la ventana, y se estremeció. Nida. La dríade de Gregor, su sombra y su amante, desde luego. Akhen reprimió un gesto de asco. Mira que había brujas rendidas a sus pies... Aunque su obsesión probablemente se debía al poder de atracción que tenían aquellos seres de los bosques.

Moviéndose a cámara lenta, encendió la luz para dar a conocer su llegada. Probablemente ella ya le habría oído, pero por si acaso: no quería un encuentro con Nida a oscuras. La esbelta criatura se volvió hacia él en cuanto su figura fue claramente visible. Vestía traje oscuro de pantalón y chaqueta, pero sin camisa, observó Akhen, lo que dejaba ver la curva de sus pequeños senos. Iba descalza, llevaba el pelo castaño y lacio suelto en toda su longitud, hasta la cadera, lo cual cubría sus particulares orejas, y se había maquillado las vetas de color verde que surcaban sus mejillas y sus manos, de tal manera que eran invisibles para el ojo humano, aunque no para él. Además, aquellos ojos verdes y aterciopelados serían una señal de alerta para cualquier mago o bruja que se cruzase con ella.

Intentando parecer despreocupado, Akhen tiró la cazadora encima de la cama. Ella le observaba fijamente, sin mover un músculo, con esa expresión entre curiosa y aburrida que le había visto tantas veces; estar entre humanos debía ser mortalmente insulso para alguien como ella, pero estaba a las órdenes de Gregor. El mago se aproximó un par de pasos, dejando una distancia de un par de metros entre él y la ventana donde Nida continuaba apoyada en una postura poco menos que indolente. ¿A qué estaba jugando?, se preguntó, suspicaz. ¿Qué hacía ella allí? No obstante, se abstuvo de manifestar sus dudas en voz alta de momento. Así pues, ninguno de los dos dijo nada durante unos minutos, en los que se limitaron a escrutarse mutuamente. Al final, fue Akhen el primero que se rindió.

—¿Qué haces aquí, Nida? —inquirió con toda la amabilidad que fue capaz, aunque aquella dríade le ponía los pelos de punta hiciera lo que hiciese.

Ella alzó ligeramente la barbilla, pero no se movió de su posición. Ni siquiera su gesto cambió un ápice.

—Gregor me envía a por noticias —ronroneó en voz baja.

En ese momento se incorporó y avanzó un paso hacia él. Akhen la miró a los ojos, siendo consciente sin quererlo de la belleza de los mismos, pero se obligó inmediatamente a centrarse y tragó saliva.

—No tengo nada aún para él —respondió—, pero lo tendré.

Intentó mantenerse lo más íntegro que fue capaz, sin embargo, notaba con horror que cuanto más la miraba, más sucumbía a los detalles de su anatomía y sus ojos. Nida agachó la cabeza ante su evasiva, plenamente consciente de su influencia, y le miró de una forma escalofriantemente seductora.

—¡Qué lástima! —se lamentó sin asomo de tristeza en su voz—. Gregor confía en ti, Akhen. Y tú vas a decepcionarle.

El mago sintió que empezaba a sudar mientras ella avanzaba lentamente hacia él, pero no precisamente por la amenaza que Nida acababa de proferir. Con terror, se percató de que no podía retroceder sin acabar acorralado contra la pared, y que además estaba como paralizado, sin poder apartar la vista de los ojos verde brillante de la mujer del bosque. Se quedó hipnotizado, sin pretenderlo, con el movimiento de su esbelto y delgado cuerpo, y cuando se pegó al suyo, no tuvo fuerzas ni para alzar una mano y apartarla.

—¿No quieres saber cómo está tu querida Ruth? —preguntó ella con una voz entre melosa y divertida.

Akhen respiró hondo, recuperando la cordura el tiempo suficiente como para alejarse un par de centímetros.

—Lárgate —le espetó entre dientes—. Esfúmate de aquí y no vuelvas a cruzarte en mi camino.

Nida no solo no se amedrentó, sino que se rio con esa risa antinatural que recordaba a un vendaval. Akhen se sorprendió retomando su posición anterior y rodeándola con un brazo “¡No!”, se dijo, “¡No lo hagas! ¡No caigas!”

Pero el poder de aquella dríade era inmenso. Una idea absurda le pasó por la cabeza. Había olvidado hasta que Nida había mencionado a Ruth en algún momento, y fue consciente con cierto terror —solo parcial, su cerebro ya sucumbía ante el influjo de la dríade —de que la tomaba en brazos y la lanzaba sobre la cama.

—¿Y Gregor, qué opina de esto? —le preguntó mientras le besaba el cuello con pasión, sin apenas ser consciente ya de lo ridículo que sonaba, de lo surrealista que le habría parecido una situación similar apenas unos minutos antes.

Nida se incorporó y le dirigió una mirada pícara e insinuante. La maldad brillaba en sus ojos verdes, aunque a Akhen aquello le resultó más excitante que peligroso. Sin pensarlo, se arrojó sobre ella, y no vio la sonrisa de satisfacción de la dríade mientras la abrazaba. Pero ella sabía que si aquel hechizo salía bien, ya no habría nada que detuviera a Akhen en su propósito. Ni siquiera aquella rubia prepotente llamada Ruth Derfain.

## Sueño

Se sumergió de nuevo y se dio impulso. La cadencia, siempre la misma: inspiración, brazada, brazada, brazada. Inspiración, brazada, brazada...

Últimamente, nadar le relajaba más que cualquier cosa. Aunque estuvieran en diciembre. El contacto con el agua le hacía sentirse vivo; no en vano, desde hacía dos meses, ÉL era el Agua.

Marco llegó al otro lado de la piscina casi sin darse cuenta, y sacó la cabeza para coger aire. Pero casi se ahoga al verla a ella sentada junto al borde, con las piernas cruzadas.

—¡Cora! —boqueó para recuperar el aliento—. ¿Qué haces aquí? Creí que no te gustaba el Agua.

La frase iba con doble sentido, y además con cierta mala intención. Marco observó cómo Cora notaba el matiz, pero se hacía la tonta, mientras jugueteaba con el dedo sobre la arena del bordillo.

—Estoy lejos aún —argumentó ella.

El chico la observó de reojo, inseguro. Aquella actitud no era la habitual en ella. Pero prefirió no darle importancia; así que, encogiéndose de hombros, se impulsó con los brazos sobre el borde y giró acto seguido, para sentarse con las piernas aún dentro del agua. Cora, por su parte, continuaba mirando el suelo con atención. Marco la ignoró deliberadamente y se tendió sobre la arena, cerrando los ojos con un suspiro de placer bajo el sol del atardecer. Las gotas que cubrían su cuerpo se deslizaron en pequeños regueros de vuelta hacia la piscina, y quedó seco en pocos minutos durante los cuáles la chica no dijo ni una palabra. Él abrió los ojos y la volvió a mirar de reojo, intrigado. Sus miradas se cruzaron un segundo, y todo pareció aún más raro: ¿qué hacía Cora allí? Pero como al parecer no iba a decírselo de buenas a primeras, el joven optó por romper el hielo.

—Está bien, Cora. Me rindo —alzó las manos y se incorporó hasta que su cabeza quedó a la misma altura que la de su compañera—. ¿Qué quieres?

Ella se removió incómoda un segundo antes de contestar.

—Desde que llegamos aquí no me hablas apenas —musitó, mientras volvía a mirarse el regazo.

Él, por su parte, desvió la mirada hacia el agua, tratando de ignorar la oleada de dolor que había desatado aquella frase en su corazón. Sí, aunque ella no lo supiera, o no quisiera saberlo, le estaba costando su esfuerzo. Pero después de la discusión en el comedor...

—¿Y?

Trató de sonar neutral, y Cora ladeó la cabeza en su dirección con gesto curioso, pero no respondió enseguida; parecía indecisa por algo. Él continuó sin mirarla, dándole tiempo.

—Marco...

—¿Qué? —replicó él enseguida.

Sin embargo, había sonado más brusco de lo que pretendía, y al parecer a Cora le molestó, porque su rostro cambió inmediatamente. Su mandíbula estaba súbitamente tensa, y sus ojos chispeaban.

—Nada, es igual —murmuró ella con desgana, levantándose de golpe.

Marco se volvió para mirarla, incrédulo.

—¿Nada?

Se levantó a su vez, dispuesto a conseguir una explicación, pero ella hizo algo que no esperaba. Alzó la mano, envuelta en un destello rojizo, y dirigió la palma hacia él.

—Sí. Nada —rechinó, a escasos diez centímetros de su cara.

Y un segundo después, Marco se vio empujado violentamente hacia el agua por una bola de fuego. Cayó de espaldas, y se sumergió un metro antes de poder volver a salir a la superficie. Para entonces, Cora había desaparecido. El joven lo lamentaba profundamente; parecía que el hecho de hacerse el duro no estaba dando resultado. Y era ella la que se había acercado aquella vez. Se maldijo por idiota, y la maldijo a ella por tenerle tan confuso. Con un suspiro, se miró el pecho: allí donde el rayo de fuego había impactado, el agua de la piscina se arremolinaba suavemente, y al cabo de unos segundos ya no había ninguna herida. No se sorprendió, hacía dos meses que había descubierto aquel poder de curación; especialmente, después de entrenar con Cora. Suspiró de nuevo y nadó para salir de la piscina, mientras un pensamiento revoloteaba insidioso por su mente. Cuando estaba a punto de alcanzar la puerta de la mansión, llegó a una dolorosa conclusión: quizá era el momento de olvidarse de Cora de una vez por todas.

\*\*\*

Cora entró por la primera puerta que encontró abierta y vio una pequeña sala de estar. Enfurecida, cerró de un portazo y se acurrucó en la esquina de un sofá de cuero, respirando agitadamente. La cabeza le daba vueltas, pero se obligó a pararse un segundo a pensar fríamente en lo que había hecho: había lanzado una bola de fuego a Marco. Le había atacado, había usado su poder contra él. Palideció de pronto al pensar que, posiblemente, le habría herido, y se tapó la boca con las manos, recordando la lección en que Layla les explicó que ningún mago que se preciase usaba su poder sin motivo para hacer daño a otro, salvo los oscuros. Cora enterró la cara entre los dedos, mareada. ¿En qué estaba pensando? Una cosa es que no quisiera a Marco ni cobrando por ello, pero otra muy distinta era que quisiera hacerle daño. Sin poder evitarlo, se echó a llorar.

Segundos después, el sonido de la puerta al abrirse la obligó a incorporarse como un resorte. Pensó que era Marco, que venía detrás de ella a increparla por aquello que le había hecho, y vio la oportunidad de disculparse. Durante una milésima de segundo, mil imágenes de lo que podría decirle pasaron por su mente.

—Marco, lo siento, yo... —empezó.

Pero no fue su compañero quien apareció bajo el dintel de madera oscura, sino Keira. Pareció sorprendida por aquel recibimiento, pero entró despacio, cerró la puerta tras de sí y se dirigió hacia el sofá donde estaba Cora. Esta intentó limpiarse las lágrimas con

rapidez y disimular todo lo posible, pero la bruja ya la había visto. La joven se sentó, subió las piernas al sofá y la miró, inquisitiva; pero al ver que Cora no iba a decir nada, sino que se limitaba a mantener la cabeza gacha, Keira suspiró.

—Cora, ¿puedo saber qué te pasa? —preguntó con suavidad.

—Nada.

La joven contestó rápidamente y sin mirarla, pero no tuvo que hacerlo para saber que su maestra no se lo creía.

—¿Nada? —inquirió esta con una ceja enarcada—. ¿Y por qué pensabas que era Marco?

A Cora se le hizo un nudo en la garganta, y no fue capaz de responder, puesto que estaba muy avergonzada. Inmediatamente sintió la mano de Keira sobre su hombro, y aquello pareció infundirle un poco de valor.

—Le he hecho daño a Marco —musitó, esperando un grito de horror y una reprimenda.

Pero Keira se limitó a bufar con sarcasmo.

—Sí, eso no lo dudo —comentó.

Cora se sintió morir aún más, y enterró la cara en las manos.

—Soy horrible.

—Vamos, yo no diría tampoco eso —Keira hizo un gesto vago con la mano—. Simplemente, te estás negando a ver la verdad.

Cora la miró sin comprender.

—Keira, le he lanzado una bola de fuego, he visto cómo impactaba en su pecho y lo lanzaba hacia atrás. ¿Qué es lo que no veo?

Por la cara de la bruja, supo de inmediato que aquel incidente le era desconocido. ¿Entonces?... No, se negaba en redondo a contemplar esa posibilidad. Mientras intentaba autoconvencerse de ello, su acompañante volvió a hablar.

—Cora, ¿cómo no eres capaz de ver que él te quiere?

Ya estaba. Lo había dicho. La joven sintió cómo la rabia hervía en su interior y se levantó de un salto, mirando a Keira con furia.

—¡Porque no es cierto! —aulló—. ¡Solo soy una posible conquista más que se le resiste, y no parará hasta que me consiga! ¡Eso es lo único que cruza por su cabeza!

—Hasta donde yo sé, eso ya ha sucedido —observó la bruja, sin perder la calma.

Cora iba a seguir protestando, pero aquella afirmación la dejó paralizada. Sintió como si sus rodillas de repente se transformaran en gelatina, y tuvo que volver a sentarse. Su fuerza se evaporó igual que había llegado, y ahora solo notaba un sudor frío bajando por la espalda.

—¿Cómo sabes eso? —susurró con un hilo de voz; aunque la respuesta, era obvia.

Keira hizo un gesto para restarle importancia.

—¿Acaso importa?

—Sí.

Cora sintió cómo su corazón galopaba cuando respondió; por supuesto que importaba.

—Sabes perfectamente cómo lo sé —replicó entonces Keira, con sencillez.

Cora se rindió ante su mirada penetrante, dejándose caer contra el respaldo del sofá.

—Sí —murmuró, cansinamente—, supongo que sí.

—Tal vez no deberías cerrarte tanto a la realidad, Cora —le sugirió la otra—. Que pasase aquello... Marco ha cambiado desde entonces.

—Tú no lo sabes —le respondió la joven de Fuego enérgicamente, con los dientes apretados—. No le conoces como yo.

—No, es cierto —admitió la bruja—. Pero estoy segura de que, si os paraseis a hablar un momento, todo sería mucho más fácil.

—¿Solo has venido a decirme esto?

Cora se había enfadado. Quería que todos dejaran de decirle cómo sí o cómo no tenía que comportarse con Marco.

—No —contestó Keira entonces. El enfado de la muchacha desapareció como por ensalmo, para dar paso a la expectación—. Sabía que te encontraría aquí, y quería que trabajásemos una lección. Ya que has aprendido a hacer hogueras con solo desearlo —sonrió su maestra— estaría bien que aprendieras a trabajar con ellas.

Tras unos segundos, Cora sonrió también; poco a poco, hasta que su rostro se iluminó. Sin esperar indicación, miró directamente hacia la chimenea, se concentró en enviar su influjo hacia allí, y al cabo de unos segundos las llamas comenzaron a danzar ante sus ojos. Keira se levantó en silencio y se acercó a la pequeña hoguera; Cora la imitó.

—Bien. Hoy vas a aprender a poner la mano en el fuego.

Su alumna pensó que estaba de broma hasta que la vio hacerlo. Los dedos de Keira pasaron entre las llamas sin quemarse, y cuando sacó la mano, estaba intacta. Cora pensó que si una Hija del Sol, de ascendiente Fuego —benditas lecciones de Layla— podía

hacerlo, ella también. Así que, sin pensarlo, acercó la mano al fuego con decisión, pero enseguida notó un dolor agudo en la punta de los dedos y retiró la mano con una mueca de dolor. Se miró los dedos: estaban rojos, y pronto le saldría una ampolla. Gimió, pero las manos de Keira tomaron inmediatamente la lesión entre ellas, y el dolor desapareció en un instante. Cora abrió los ojos, que había cerrado con fuerza, y miró, primero a su maestra, que la observaba preocupada y con la respiración agitada, y después su mano: la herida había desaparecido. Volvió a alzar la vista hacia Keira, interrogante.

—Los Hijos del Sol tenemos el don de la curación —le recordó la bruja, soltándole la mano sin brusquedad—. Bien, primera lección: nunca creer que por ser el Fuego, todo el Fuego te obedece. Ni siquiera el que has creado tú.

—Eso no tiene sentido —protestó Cora.

—Sí lo tiene —la contradijo Keira—. La energía mágica es muy voluble, y la elemental aún más, si cabe. Todo conjuro, desde el más básico al más avanzado, requiere un control constante de la energía que fluye de tu cuerpo y ayuda a dar forma al hechizo. En este caso, ¿qué crees que ha fallado?

Cora torció el morro en un gesto pensativo.

—Quizá... ¿No he conectado con este fuego? —se aventuró a decir. Y algo aleteó en su interior cuando Keira asintió con la cabeza.

—¿Y?...

Ups; Cora no se esperaba una segunda pregunta. Pero, para aparentar seguridad y demostrar que realmente se estaba devanando los sesos, se agachó en cuclillas y contempló las llamas, pensativa. Sentía los ojos oscuros, generalmente dulces pero ahora severos, de Keira clavados en su coronilla. Pensó con frenesí: ¿qué podía haber en aquel fuego que la rechazase si lo había creado ella? Sin saber muy bien por qué, extendió una mano, pero no para tocar el fuego, sino para sentir su calor. Las llamas parecieron aproximarse unos milímetros hacia su posición, como si quisieran alcanzarla con sus lenguas anaranjadas y amarillas. Cora las miró más atentamente, y movió lentamente la mano por encima para notar su calor; el mismo que últimamente la acompañaba a todas partes, y que la hacía sentir bien porque era parte de ella. Y entonces, lo entendió.

—No solo tengo que conectar —se aventuró— sino que tengo que captar su esencia, sentir que... somos uno.

Alzó la cabeza hacia su maestra al decir esto último, y la sonrisa complacida de ella le indicó que había dado en el clavo. Con más confianza, volvió a contemplar las llamas. Respirando hondo, cerró los ojos y se concentró en llegar hasta ellas. Algo en su interior, invisible, se deslizó hacia la planta de sus pies, y hacia su pecho, serpenteando hacia el exterior y tanteando a su alrededor. Cora lo instó sin palabras a avanzar algo más, y sintió cómo se fusionaba suavemente con las lenguas naranjas y amarillas; su calor la llenó, haciéndole sentir viva y plena de poder. Nerviosa por su triunfo, avanzó un poco más para

explorar la hoguera desde el interior. Sí, la había creado ella, la reconocía, y enviaba su energía de vuelta. Reprimió el impulso de hacer un gesto de euforia, y sin perder la concentración, extendió una mano hacia allí.

Sus dedos atravesaron limpiamente la hoguera, y Cora sintió un ligero aumento de temperatura allí donde sus dedos, su palma o su muñeca tocaban el fuego. Pero no hubo dolor. Sin moverse, abrió los ojos y retiró la mano lentamente: estaba intacta.

—Excelente —escuchó que decía la voz de Keira, en tono de aprobación.

La joven se obligó entonces a volver a la realidad. A veces, le daba la impresión de que se iba muy lejos cuando conectaba con su esencia y la manipulaba a su alrededor. Keira ya le había dicho en las primeras clases que eso podía ser normal en los ejercicios más difíciles, sobre todo al principio. Pero que, al final, le saldría solo y casi sin tener que pensarlo. Igual que conducir, había bromeado. Cora se incorporó y sus rodillas protestaron por haber estado tanto tiempo flexionadas, lo que le obligó a apoyarse en la repisa de la chimenea con una mueca de dolor. Keira la sostuvo con cuidado por un brazo.

—La primera vez siempre se tarda mucho tiempo —explicó—. Poco a poco, irás mejorando.

La acalambrada alumna se movió despacio por la habitación, sostenida por su maestra, hasta que notó que sus piernas recuperaban una circulación normal y dejaban de dolerle. Keira bajó los brazos en cuanto sus pasos volvieron a ser seguros.

—Me ha gustado este ejercicio —comentó Cora con alegría—. Me parece que supone un avance en mis habilidades, ¿no crees?

La bruja asintió con una sonrisa.

—Los cuatro habéis progresado mucho. No me atrevería a decir que podríais manejarlos y aprender por vuestra cuenta —se encogió de hombros—, pero casi.

Cora sonrió a su vez, orgullosa. Keira se volvió hacia la chimenea e hizo un gesto con la mano, con lo que la hoguera desapareció al instante. Su alumna la miró, algo molesta.

—Me enseñarás a hacer eso algún día, ¿verdad? Porque lo de andar dejando fuegos encendidos a mi paso...

Keira rió, divertida.

—Algún día, te lo prometo.

\*\*\*

—¡Cora!

La interpelada se volvió. Acababa de abandonar el pasillo donde estaba la sala de estar en la que Keira y ella habían estado practicando, y Sandra se dirigía hacia ella desde la escalinata.

—Hola, Sandra —saludó—. ¿Qué pasa?

La joven llegó a su altura con gracia, adquirida desde que era el Aire, por supuesto. A Cora se le pasó por la cabeza que además Layla podía estar enseñándole ejercicios de levitación, como le había asegurado que haría en las primeras semanas que estuvieron aprendiendo.

—Verás, he estado hablando, con Ray —le dijo Sandra, con los ojos brillantes de una emoción que la otra joven no supo interpretar— y hemos pensado que quizá sería hora de volver a casa —al ver la mueca interrogante de su compañera, se apresuró a explicarse—. Piénsalo, Cora. Llevamos dos meses aquí practicando y aprendiendo, y por lo que he oído a las chicas, no ha habido ningún intento de ataque ni nada parecido —tomó aire—. Creemos que sería conveniente retomar nuestra vida normal; al fin y al cabo, hemos progresado con nuestras habilidades y estoy segura de que llegado el momento podríamos defendernos más o menos bien —hizo una pausa para ver el efecto de sus palabras, pero al ver que Cora no respondía, apretó un poco más—. Bueno, ¿qué opinas?

Su amiga suspiró y se pasó una mano por el pelo —la melena le había crecido hasta los hombros y lo tenía más caoba que antes, probablemente debido a su nueva naturaleza—, indecisa y sorprendida por aquella sugerencia.

—No sé, Sandra.

Por una vez desde que llegaron, la joven dudaba realmente ante la posibilidad de volver a su vida anterior, y más después del ejercicio de aquella tarde con Keira. Por eso, Sandra abrió unos ojos como platos ante su respuesta.

—¿Cómo que no sabes? —inquirió, anonadada—. Tú eras la primera que quería irse de aquí... —entrecerró los ojos, percatándose de algo—. ¿No será porque aquí vives más lejos de Marco?

—¡No digas chorradas! —le espetó Cora con acritud, aunque se arrepintió inmediatamente—. Perdona, es que... no me encuentro muy bien. Estoy cansada.

—Ya...

Sandra asintió, poco convencida y al parecer algo decepcionada. Cora esbozó una sonrisa amistosa.

—Me parece buena idea retomar nuestra vida anterior, y la música... Llevamos mucho tiempo sin ensayar.

No mencionó que Keira había dicho que igual todavía les quedaba por aprender antes de manejarse por su cuenta; sabía que la Hija del Sol había dejado implícito en su frase que no sabía si podrían enfrentarse aún a los grinden. Sin embargo, Sandra se abrazó a su cuello agradecida, con tanta fuerza que Cora se sintió ligeramente ahogada. Así que la joven de Fuego decidió dejarlo correr.

—¡Gracias! ¡Gracias, gracias! —Sandra la soltó y se separó, casi dando saltitos de la alegría—. Iré a sugerírselo a las chicas —anunció antes de mirar a Cora con preocupación—. Y si necesitas cualquier cosa, dímelo, ¿de acuerdo?

Cora mostró una media sonrisa de amigable suficiencia.

—Descuida, rubia. Anda, vete.

Le dio un ligero empujón en el hombro y Sandra salió corriendo hacia el comedor. Cora, por su parte, subió las escaleras. Cuando llegó a su cuarto —individual, ya que Sandra y Ray, al poco de llegar, habían pedido por favor que les dejaran una habitación doble para ellos —se derrumbó en la cama y se quedó mirando al techo. Sin darse cuenta, sacó una mano fuera de la cama y empezó a hacer remolinos de fuego con los dedos. Últimamente, era lo único que le ayudaba a no pensar; especialmente, cuando se trataba de Marco.

\*\*\*

Sandra pasó por entre las silenciosas máquinas de la cocina y salió por la puerta trasera al exterior, deteniéndose a contemplar la luz del atardecer que decaía lentamente. Cerró los ojos para sentir el calor del sol poniente: ahora que tenía que plantearles a las brujas lo que habían hablado Ray y ella, le parecía casi una estupidez. Los hechiceros de aquel lugar les protegían y se tomaban ese deber casi como una obligación, así que, ¿qué opciones había de que les dejaran volver a casa? Sin embargo, por otra parte, pensó, no podían tenerles allí retenidos para siempre. Animada por ese argumento, bajó los cuatro escalones del pequeño porche y avanzó hacia la zona de la piscina y los jardines, dejando los establos y el picadero a la derecha. Los setos que la rodeaban presentaban un aspecto mustio debido al frío. Sandra rozó una enredadera con los dedos y recorrió el contorno de las hojas; de reojo, echó un vistazo al cielo y sonrió a medias. Sí, quizá algún día alguien como ella podría ser capaz de manipular el tiempo. Y entonces, haría que todos los días hiciese un sol radiante y la temperatura perfecta.

El rumor de dos voces la apartó de sus utópicos pensamientos. Se concentró en escuchar, y sonrió más ampliamente cuando reconoció una de ellas: Marco. Siguiendo el rumor grave de sus palabras y el sonido del agua, se dirigió hacia la salida del jardín y después giró a la izquierda. La otra voz se intensificó a medida que se acercaba; parecía... No, estaba segura: era Diana. Sandra dudó un momento. Si estaban en clase prefería no interrumpir, pero, por otro lado... sacudió la cabeza y respiró hondo; no, tenía que ser ya. Si no, no sabía si volvería a reunir valor suficiente para plantearlo.

La bruja y su amigo estaban sentados en la orilla de una de las albercas. Diana le explicaba algo a Marco, y él se esforzaba por concentrarse y hacer bien el ejercicio, pero Sandra comprobó que su cabeza estaba en otro sitio solo con atisbar la expresión de su rostro. Una duda la asaltó y la hizo sentir molesta: ¿Tendría algo que ver con la actitud de Cora? Su intuición le decía que así era, y apretó el paso. Cuando estaba a unos cinco metros vio con cierta ansiedad cómo su amigo se rendía, y la ola que intentaba alzar sobre la superficie cayó con fuerza y salpicó tanto al alumno como a la maestra. Diana se levantó, enfadada, y se sacudió las gotas de la camiseta.

—¡Marco, sabes hacer este ejercicio! —le increpó—. ¿Qué te pasa hoy?

Él se levantó a su vez, visiblemente molesto, y se encaró con ella.

—¿Qué pasa? ¿No puedo tener un mal día?

—¡No, si quieres sobrevivir! —le gritó la joven, irritada.

—¡Pues a la mierda la supervivencia! ¡Me da igual! —aulló él entonces, justo en el momento en que reparó en que Sandra les observaba, muy preocupada.

Su gesto se suavizó en un instante, pero el de su maestra no. Diana siguió la dirección de su mirada, y Sandra observó cómo sus ojos verdes ardían de rabia. La bruja se volvió de nuevo hacia Marco, le miró de arriba abajo, al parecer sin palabras para describir su disgusto, se dio media vuelta y se fue. Sandra se acercó lentamente al chico mientras él volvía a sentarse con las piernas cruzadas junto al estanque. Su rostro lo decía todo: impotencia, rabia, disgusto... Su amiga le pasó una mano por la espalda a la vez que se sentaba a su lado.

—Marco, no dejes que esto te desanime, por favor —le suplicó. Detestaba verlo así.

Como única respuesta, Marco emitió un sonido mezcla de risa y gruñido.

—Sé quien soy, Sandra. Lo he asumido, y sé que soy capaz de hacerlo —alzó las manos, irritado—. ¿Qué pasa porque un día se me tuerzan los ejercicios?

La joven no tenía respuesta, pero sabía que debía decir algo para tranquilizarle y darle su apoyo.

—Marco, no sé qué habrá pasado esta vez entre Cora y tú, pero...

Se calló al ver que la expresión de disgusto de su mejor amigo se acentuaba, y supo que había dado en la diana. Así que se habían peleado otra vez. Qué raro, pensó con amarga ironía.

—Estoy cansado de esta situación —confesó él—. ¿De verdad he sido tan buen mentiroso en mí... —estuvo a punto de soltar una palabrota, pero se contuvo— vida, que ni siquiera puede mirarme a la cara?

Sandra notó un nudo en el estómago. No soportaba ver cómo hundían a Marco sin merecérselo. Aun así, intentó levantarle el ánimo cómo pudo.

—Oye, sabes que Cora se hace la dura constantemente —le apartó cariñosamente un rizo rubio de la frente, y él pareció relajarse ligeramente—, y yo sé que lo que sientes por ella es real, porque te conozco —le cogió de la barbilla y le obligó a mirarla a los ojos—. No te angusties más por este asunto, o le estarás dando argumentos para que siga pensando que solo es una chica que se te está resistiendo. Sí, es eso lo que cree —le confirmó al ver la expresión de dolor que cruzó sus ojos azules—, pero por eso tienes que darle espacio, para que se dé cuenta...

Se calló. No, no podía decírselo a Marco, sería contraproducente. Pero ya era tarde. Él se irguió y la miró fijamente.

—¿Que se dé cuenta de qué, Sandra?

La joven se mordió el labio y desvió la mirada. No podía mentirle a Marco, porque él sabría que no le estaría contando la verdad. Le miró de nuevo, y optó por salirse por la tangente.

—Es igual, no tiene importancia —él supo inmediatamente que le ocultaba algo importante sobre los sentimientos de Cora, pero era lo bastante prudente como para no insistir, además de que confiaba ciegamente en ella—. Tengo algo importante que decirte. —Sandra cambió de tema, y se retorció las manos con nerviosismo—. Incluso antes que al... Consejo.

La palabra le salió casi a regañadientes; nunca había usado ese concepto antes, pero suponía que era la mejor definición para hablar de todas las chicas a la vez, no solo llamándolas “las chicas” o “las brujas”.

—¿De qué se trata? —preguntó él, intrigado.

Sandra respiró hondo, aliviada al ver que el dolor había desaparecido de los ojos de su mejor amigo.

—Quiero pedirles que nos dejen volver a casa.

Marco abrió mucho los ojos, sorprendido.

—¿Qué? ¿Por qué?

Mierda, esto no se lo esperaba. Tenía que convencer a Marco, pensó la chica; si no, tendrían mayoría. Cora ya había dejado claros sus reparos al respecto, y a pesar de que hubiera dicho que le parecía bien, Sandra no las tenía todas consigo.

—Porque creo... Bueno, Ray y yo pensamos que ya llevamos un tiempo lejos de casa y que, a pesar de que aquí estamos aprendiendo mucho, de que nos salvaron la vida y que nos han abierto los ojos a lo que somos... —no terminó la frase, pero a cambio miró a Marco significativamente. Pero él no parecía saber a dónde quería llegar. Ella se rindió, no tenía

fuerzas para aquello—. Esta no puede ser nuestra vida eternamente, Marco —argumentó en voz baja, agachando la cabeza y desviando la mirada hacia el estanque—. Creí que lo entenderías.

No pretendía usar la última frase, puesto que sabía que suponía presionarle en base a su amistad, pero no vio más alternativa visto el resultado de su primer intento. De reojo, observó su reacción: miraba pensativo al horizonte, y Sandra se temió lo peor durante un angustioso minuto. Sin embargo, al cabo de ese tiempo, Marco suspiró y acercó su mano para tomar la de ella, en un gesto de aceptación. Se sonrieron, y Sandra supo que, pasara lo que pasara en el futuro, él permanecería cubriéndole las espaldas. Y viceversa.

El chico se levantó despacio, y sin soltarle la mano la ayudó a levantarse.

—Deberíamos hablar con Óscar —sugirió Marco—, es el que manda aquí.

—De acuerdo.

Dieron un rodeo para entrar por la puerta principal. Las luces del porche ya estaban encendidas, y dentro la iluminación era tenue, proporcionada por la solitaria araña que colgaba del techo. Subieron la escalinata y giraron a la derecha. Sabían dónde estaba el despacho de Óscar; o el de Ruth, en su momento.

—¿No te parece raro que Ruth aún no haya vuelto? —preguntó Sandra en voz baja.

—Sí —contestó él en el mismo tono, y sonrió con sorna—. Pero creo que si nos pudiéramos a cuestionar la política de este colectivo, acabaríamos tirándonos por una ventana.

La puerta del despacho se alzaba ante ellos, y Sandra alzó un puño para llamar. Nadie respondió. Volvió a intentarlo, con idéntico resultado. Los dos se miraron, intrigados. ¿Dónde podía estar Óscar? Solía estar casi todo el día en el despacho, sentado frente al ordenador. Marco echó la mano al picaporte y lo giró. Cerrado con llave. Volvieron a cruzar sendas miradas, esta vez de estupor. ¿Qué hacía el despacho cerrado?

—¿Buscabais algo?

La voz a su derecha les sobresaltó, pero se relajaron al ver que eran Rebeca y... Oh, no. A Marco se le cayó el alma a los pies: Diana. Lo que faltaba para que terminase de enfadarse con él. Sintió cómo se ruborizaba lentamente, pero su gesto se tornó de inmediato en incredulidad cuando vio que Sandra avanzaba cuatro pasos hacia las otras dos y se cruzaba de brazos en actitud retadora.

—Buscamos a Óscar, pero su despacho está cerrado.

Diana y Rebeca intercambiaron una mirada que solo ellas entendieron.

—Óscar tuvo que salir ayer de viaje —explicó Rebeca—, no sabemos muy bien a dónde.

Sandra detectó un ligero temblor en el aire, y sin saber cómo, comprendió lo que significaba: Rebeca no estaba diciendo toda la verdad. No obstante, lo dejó correr, puesto que tenía un objetivo más importante.

—Está bien —concedió, y se acercó más a ellas—. Entonces me gustaría saber quién está al mando en su ausencia.

—El viaje de Óscar es temporal —le explicó Diana, como si otra opción fuese imposible—, no hace falta que designemos a nadie.

—El de Ruth también lo era —indicó Sandra con idéntica acidez, y comprobó cómo Diana se delataba cuando entrecerró los ojos, irritada. Premio. Pero el viaje de Óscar la traía sin cuidado, así que la ignoró—. Necesitamos hablar con una de vosotras que pueda considerarse al mando.

—¿Por qué? —preguntó Rebeca, desconfiando. Era evidente que aquella situación no le gustaba nada—. ¿Qué podéis necesitar de Óscar?

Sandra y Marco cruzaron una mirada cómplice.

—Queremos volver a casa.

Las dos brujas abrieron la boca y los ojos desmesuradamente y les miraron alternativamente. Sí, pensó Sandra, obviamente no se lo esperaban. Su mente voló de inmediato hacia Andie... ¿No lo había sospechado? Si era así y no había dicho nada, la joven se lo agradecía en parte. Por otro lado, prefería que hubiesen estado preparadas, sobre todo para evitar esa clase de reacciones.

—Pero, ¿por qué? —balbuceó Diana cuando se recuperó de la sorpresa—. ¿Qué pasa con este lugar? Os estamos protegiendo...

—Lo sabemos, de los grinden —interrumpió Sandra con calma—. Pero por lo que sé, no ha habido ni ataques ni movimiento por su parte últimamente.

Rebeca la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Cómo sabes eso?

Sandra buscó desesperadamente una excusa: no podía confesar que para practicar había estado escuchando a hurtadillas... determinadas conversaciones.

—¿Qué más da? Sabéis tan bien como yo que es cierto —se sintió orgullosa internamente; aquel día se le estaba dando estupendamente evadir los temas espinosos— y que no hay motivo para que sigamos aquí.

—Pero... No controláis aún bien vuestros poderes... —protestó Rebeca, aunque sin mucha convicción. Sandra supo enseguida que había ganado la partida.

—Tenemos suficiente poder para arreglárnoslas —intervino entonces Marco.

—Mira quién fue a hablar —siseó Diana.

Obviamente seguía molesta con su fracaso de aquella tarde. Aunque generalmente se enorgullecía de sus progresos, el joven supuso que algo que parecía una vuelta atrás no le hacía ninguna gracia. No obstante, prefirió ignorarla y centrarse en ayudar a Sandra.

—Y nadie ha dicho —prosiguió, mirando a Rebeca— que vayamos a dejar el contacto con este lugar —le pareció que Sandra iba a protestar, pero le apretó discretamente la muñeca aprovechando que estaba detrás de ella. La muchacha se volvió para mirarle, interrogante, pero pareció captar el mensaje, porque mudó la expresión a una totalmente neutral y se giró de nuevo hacia las brujas—. No pensamos que seamos expertos dominando nuestra nueva naturaleza —continuó exponiendo Marco, ante la atenta mirada de sus interlocutoras— ni que no tengamos nada más que aprender —vio como al rostro afilado de Rebeca asomaba un atisbo de comprensión, y le pareció que la mandíbula de Diana se relajaba un tanto. Iba por el buen camino—. Pero hemos dejado una vida atrás que nos gustaría recuperar —les dirigió una mirada elocuente—. Al menos, en la medida de lo posible

Cuando terminó de hablar, Diana y Rebeca se miraron en silencio durante un buen rato, al cabo del cual la segunda se encogió de hombros, pareciendo aceptar aquella proposición; la primera resopló, dando a entender que no estaba demasiado convencida pero que sabía que no tenía otra alternativa.

—Está bien —aceptó a regañadientes—, lo decidiremos en una reunión del Consejo. Mientras tanto...

Dejó la frase en el aire y les dirigió una mirada severa, pero sabía que su significado había quedado claro: nada de intentar irse por su cuenta. Los dos alumnos asintieron, conformes. Marco apoyó entonces una mano en el hombro de su compañera.

—Venga, Sandra, vámonos a cenar. Señoritas.

Hizo un gesto de despedida con dos dedos sobre la frente mientras sorteaban a las dos brujas y las dejaban atrás. Ellas les siguieron con la mirada hasta que desaparecieron por la escalinata; entonces, Diana se volvió hacia Rebeca.

—Tú crees que es buena idea, ¿no? —preguntó.

La interpelada asintió, con media sonrisa enigmática.

—Creo que es la oportunidad que toda la Comunidad Mágica ha estado esperando durante muchos años.

## La decisión del Consejo

La reunión se había fijado para después de cenar. Andie cogió el medallón del joyero que tenía en la estantería: un caduceo de jaspe, el símbolo de su Casa. Diana y Rebeca, las que lo convocaban, habían acordado que a pesar de que no estaba Óscar, la importancia de la reunión requería vestir con una etiqueta acorde. Cuando se enteró, maldijo interiormente, porque odiaba el color que le tocaba: amarillo, por ser Mercurio y Géminis —los Mercurio Virgo vestían de verde limón y marrón, unos colores que hubiera preferido mil veces—. Su estilo de vestir habitual era discreto y sin excesivo adorno, con colores oscuros, así que cuando le tocaba vestirse de uniforme... suspiró. Bueno, aquello al menos era una reunión privada y nadie más que sus compañeras la iba a ver. Se sobresaltó cuando fue a abrocharse el colgante y unas manos gentiles tomaron las suyas.

—Trae, ya lo hago yo.

Andie se relajó y bajó las manos para que Davin le abrochase la cadena sobre la nuca.

—Ya está —anunció su hermana cuando el cierre hizo un clic característico.

Andie contempló una vez más su reflejo para darse el visto bueno, y el caduceo refulgió cuando se volvió hacia su hermana.

—Gracias, Dav.

—No hay de qué —sonrió la otra.

Andie sintió una punzada de envidia. Su hermana vestía de rojo por entero, con medias de color granate, una túnica escotada en pico de color rojo cereza y botas oscuras. Sobre uno de los hombros llevaba abrochado su emblema: un escudo redondo, con una lanza y una espada cruzadas sobre él. Davin pareció detectar su disgusto, porque le dio una palmada en el hombro y un beso en la mejilla.

—Venga, hermanita, que el amarillo te va a juego con el pelo —le piropeó mientras la empujaba hacia la puerta.

Andie no pudo evitar reírse.

—Si tú lo dices...

El pasillo estaba desierto. Avanzaron hacia la escalinata y bajaron. Girando a su derecha, estaba la puerta a la sala donde se celebraba la reunión. La sala del Consejo estaba iluminada por cuatro pebeteros, situados junto a las paredes que correspondían a los puntos cardinales, y velas más pequeñas añadían brillo a la estancia, dispuestas a lo largo de las paredes y bordeando la pequeña bóveda superior. Cuando cerraron la puerta tras de sí, Andie analizó a sus compañeras con detenimiento. Y comprobó que todas se habían esmerado, más o menos, para la ocasión.

Aldara llevaba una sencilla túnica gris con cuello de barco y bordados blancos sobre las costuras; el pelo, suelto con dos mechones recogidos en la coronilla, mediante una pinza de plata que mostraba un arco sobre un carcaj de flechas. Beth portaba un vestido verde

esmeralda ajustado en la cintura, de manga larga y cuya falda de gasa se recortaba en vuelos a diferentes alturas; sobre el cinturón ancho que lo ceñía, la hebilla formaba la manzana sobre una rosa florecida que identificaba a los suyos. Layla, por su parte, había elegido una túnica de mangas amplias, con la falda lisa hasta la rodilla, lila con forro gris plata; la estrella de ocho puntas sobre cielo estrellado se destacaba en el frontal del corpiño gris marengo. Andie sonrió para sí: las hermanas Morales, por regla general, siempre vestían mejor que sus compañeras.

Su mirada se posó un segundo en Keira, que llevaba un vestido naranja de manga corta ceñido con un corsé del mismo color, aunque de una tonalidad más oscura. La falda era larga y con vuelo, y llevaba su insignia sobre el corazón, la lira y el cisne.

Y por último, Elisa. Andie siempre se había preguntado qué hacía aquella muchacha allí. Era alkiana, y por tanto, nacida en Avalon; pero, por azares del destino, había terminado estudiando en Madrid. Andie la observó con más atención, como siempre, y reconoció una vez más que, si ser noble se le había subido a la cabeza, lo disimulaba muy bien; salvo por su atuendo: una mezcla entre túnica griega con mangas y *sari* hindú, con la parte superior verde oscura y la inferior granate. El broche con un can cerbero sobre las llamas reposaba sobre su hombro derecho, cerrando la parte del sari que caía sobre su espalda como una capa. Andie se sentó en su silla tras completar la ronda de reconocimiento, echando un último vistazo a su alrededor: faltaban Diana y Rebeca por llegar, las convocantes. Davin se acomodó dos asientos más allá, en el lugar que le correspondía, con cierta indolencia.

—¿Qué puede haber pasado que obligue a convocar una reunión así? —preguntó, desganada.

Andie se obligó a contener una risita divertida y se encogió de hombros.

—Supongo que ha llegado el momento que esperábamos; o si no —miró a su hermana significativamente—, es que está cerca.

Davin no dijo nada. La otra supuso que era la respuesta que esperaba, porque la conocía bien. Suspiró y se recostó en el asiento, contemplando la luz que rutilaba sobre los dragones del techo. Los magos llevaban demasiados siglos escondidos, relegados a la oscuridad, camuflados entre los mortales y aparentando llevar una vida normal. Cuando uno de ellos era descubierto, antes se le torturaba y quemaba; ahora, simplemente, se le denigraba, se le encerraba, o se le consideraba una persona potencialmente peligrosa. Y no ayudaba el hecho de que hubiera charlatanes y adivinos al rodear cada esquina; aquello arruinaba aún más cualquier intento de aproximarse a la sociedad. Se decía que en diferentes lugares del mundo se había legalizado la “brujería”, pero Andie no estaba muy segura de qué significaba aquello. Cualquier cosa, pensó con amargura.

En ese momento la puerta se abrió y Rebeca y Diana entraron en la sala. La primera se había puesto un vestido azul hasta las rodillas con cuello de pico, mangas largas negras y ceñido por una banda negra de la que colgaba, desde una cadenilla, la hoz cruzada sobre el reloj de arena. La segunda llevaba una túnica escotada de algodón azul marino, con

cortes longitudinales en la falda, y se había colgado su marca, igual que Andie, del cuello: un caballo saliendo de una ola embravecida. Se acercaron a la mesa y se situaron de pie frente a sus respectivos asientos. Las demás las imitaron, y Andie y Davin se levantaron.

—Que los Dioses nos guíen, hermanas —dijo entonces Rebeca, que en ausencia de Óscar y al haber convocado la reunión, se convertía en portavoz.

—Y que a los nuestros protejan —respondieron las otras.

—Evocando el poder de cada Casa honramos su poder —prosiguió Rebeca.

Y entonces, por orden, cada una pronunció la palabra que correspondía a su signo y a su Casa:

—Tiempo —dijo Rebeca.

—Sabiduría —dijo Layla, a su lado, siguiendo la dirección de las agujas de un reloj.

—Claridad —esa era Diana.

—Lucha —pronunció Davin.

—Amor —dijo Beth.

Era el turno de Andie.

—Pensamiento —manifestó con voz alta y clara.

Le tocaba a Aldara.

—Sentimiento.

—Luz —dijo Keira.

Si Andie no hubiera estado, los siguientes habrían sido Virgo y Libra, los representantes de Mercurio y Venus si Beth y ella no hubieran salido elegidas.

—Deseo —dijo la voz suave y siempre educada de Elisa.

—Poder —terminó Rebeca, en ausencia de Óscar.

Acto seguido, tomó asiento y las demás la imitaron. La bruja se acomodó en su silla antes de tomar la palabra.

—Tras la fórmula de rigor, os he convocado porque hoy Diana y yo hemos recibido una petición interesante.

Hizo un gesto para darle la palabra a su compañera. Esta se irguió y miró una por una a sus compañeras, que contenían la respiración. Andie no se atrevió siquiera a entrar en su mente para saberlo antes.

—Nos han llegado noticias de que los Elementos quieren abandonar la Escuela.

Enseguida se escucharon los murmullos de sorpresa. Nadie se esperaba eso, y Andie reconoció que había errado bastante en su suposición.

—¿Y eso por qué? —quiso saber Davin.

—Sandra y Marco han ido esta tarde a buscar a Óscar a su despacho —aclaró Rebeca—. Como él se encuentra de viaje, después han acudido a nosotras dos —omitió el detalle de que se habían encontrado accidentalmente en el pasillo— y nos han hecho esa petición. Hemos dicho que teníamos que debatirlo en Consejo, y ahora ha llegado el momento.

—No podemos dejarles ir —alegó Beth cuando se recuperó de la sorpresa—, es una locura.

—Beth tiene razón —la secundó Davin—. ¿Qué van a hacer ahí fuera sin apenas saber controlar sus poderes?

—Yo creo que sí saben —intervino Andie, molesta. Había visto personalmente los progresos de Sandra y no pensaba permitir que ni siquiera Davin los despreciara—. Pueden apañárselas por ahora.

—Sandra y Marco nos dijeron que no pensaban abandonar la práctica una vez que salieran de aquí —intervino Rebeca con suavidad, tratando de calmar los ánimos—. Yo creo que es una buena oportunidad.

—¿Para qué? —Davin casi escupió la palabra—, ¿para que los maten?

No, no era para eso, Andie lo vio inmediatamente en la cabeza de Rebeca sin necesidad de aproximar su mente. Sin embargo, alguien se le adelantó.

—Creo que Rebeca se refiere a acabar con los grinden de una vez por todas.

Todas las miradas se volvieron hacia la joven que estaba dos asientos a la derecha de Rebeca. Elisa.

Andie se maravilló sin quererlo de cómo, al ver que tenía la atención de la sala, se levantaba del asiento como si fuese una diputada en el Congreso a punto de defender su postura, y las miraba a todas y cada una de ellas.

—Llevamos años y años durmiendo con un ojo abierto por si los grinden aparecían para atacar a nuestras familias, a nuestros amigos, a todo aquel que nos importaba —expuso la joven alquiana con voz clara y serena—. Durante mucho tiempo, no supimos de dónde venían, ni cual era su objetivo concreto aparte de succionar almas como una aspiradora.

Andie tuvo que contener la risa, porque aquella expresión era tan poco propia de Elisa como los vestidos de cola para un Hijo de Marte. Sin embargo, el resto de su discurso estaba confirmando algunas de sus sospechas.

—Tienes razón, Elisa —admitió Rebeca—. Si dejamos que vuelvan a casa, podremos saber cuándo los grinden van a por ellos y entonces...

—¡Espera, espera, espera! —interrumpió Davin acaloradamente—. ¿Estamos hablando de usarlos como cebo? —al ver el gesto afirmativo de Rebeca, casi se echa las manos a la cabeza—. Rebe, ¡que se los van a merendar!

—Yo estoy de acuerdo con Davin —corroboró Diana, con las mejillas ligeramente encendidas.

Andie vio cómo la integridad de Rebeca se desmoronaba por momentos, y sintió que rabiaba por dentro. Apretó los puños y se irguió mirando de frente a Diana.

—Tú lo que estas es molesta porque “hoy” —recalcó la palabra— Marco estaba distraído y no ha sabido hacer un ejercicio que domina ya hasta con los ojos cerrados, y todo por culpa de Cora.

La Hija de Mercurio vio cómo a su compañera le subía el rubor por el cuello, y también cómo se mordía la lengua y miraba hacia el suelo.

—¿Qué ha hecho Cora? —preguntó entonces Rebeca, confundida.

Un silencio incómodo se adueñó de la sala. Nadie parecía saber qué contestar, salvo una persona.

—Ha agredido a Marco —aclaró Keira. No había levantado la voz, pero fue como lanzar una bomba en medio de la sala.

—¡Ah, claro, estupendo! —estalló Davin—. Así les podemos dejar volver a casa, para que se maten el uno al otro.

Varias de las brujas presentes empezaron a hablar a gritos y a la vez, y el pánico pareció cundir en la sala. Pero una voz se impuso a todas las demás.

—¡Basta! ¡Silencio ahora mismo!

Todas se callaron al unísono y miraron hacia la fuente de aquella orden. Aldara, que hasta el momento no había participado en la discusión, se había levantado también. Sus ojos parecían llamear de rabia.

—Así no vamos a llegar a ninguna parte, ¿no creéis? —les increpó, enfadada—. No se pretende que todas estemos de acuerdo, se intenta ver los pros y contras de esta proposición —respiró hondo, tratando de tranquilizarse, y bajó la voz—. Y creo que debemos partir de la base de que no son ni nuestros prisioneros ni nuestros esclavos —miró a su alrededor—. ¿O es que queremos ponernos a la altura de aquellos que pretenden una sociedad de amos y sometidos?

Todas hicieron muecas ante la mención de aquella posibilidad. Sí, había muchos magos, aparte de los humanos, que consideraban que la sociedad debía estructurarse en

opresores y oprimidos, y no precisamente colocaban a Hijos de Júpiter buenos y comprensivos en la parte alta de sus jerarquías.

—Nadie pretende eso, Aldara —negó Diana, al parecer ya más serena—, pero estarás de acuerdo en que necesitan más aprendizaje.

—Si van a seguir estudiando en casa, que además es un ambiente conocido para ellos —argumentó la otra—, no veo por qué tienen que seguir aquí.

—¿Y si vienen los grinden? —preguntó Layla, insegura.

Rebeca se irguió con seguridad.

—Pues observaremos, y les ayudaremos a defenderse si es preciso —miró a las demás—. Casi todas tenemos una casa en Madrid, o algún tipo de piso franco. Podemos estar cerca sin que se note. E intentar averiguar quién les envía y por qué.

Un murmullo de conformidad recorrió parte de la mesa. Diana aún no las tenía todas consigo, y Keira parecía dudar también.

—Venga, Kei —insistió Rebeca mirando a su amiga.

—Rebe, no quiero que se hagan daño...

—No se lo harán, estoy segura —intervino Andie, haciendo un gesto de súplica hacia las demás—. Vamos, chicas...

Diana y Keira se miraron entre ellas, al parecer sopesando mudamente las alternativas posibles; pero no había muchas, y lo sabían. Los Elementos seguían siendo personas humanas, con derecho a la libertad de elección y de movimiento. Por eso, tras unos segundos que parecieron eternos, ambas asintieron. Rebeca respiró aliviada.

—De acuerdo. Entonces, está decidido —apoyó las manos sobre la mesa a la vez que un súbito cansancio parecía cernirse sobre ella—. Dejaremos que vuelvan a casa, y mantendremos a algún Vigilante cerca por si acaso.

—Cuenta con ello —le aseguró Andie.

Rebeca le sonrió en agradecimiento: sabía que había pocos cuerpos de Hijos de Mercurio Vigilantes o Informadores como el que Andie había conseguido poner en marcha en la capital. Había sido una gran estudiante, y a sus veintitrés años, tenía mucho talento como bruja.

La reunión se disolvió rápidamente. Layla y Beth se despidieron con una inclinación de cabeza y salieron las primeras de la sala. Diana y Elisa se unieron a Davin y Andie para salir, y Rebeca lo hizo con Keira y Aldara. Ninguna dijo nada mientras se encaminaban hacia sus respectivos dormitorios, y cuando la Hija de Saturno llegó al suyo, se derrumbó en la cama casi de inmediato. Ahora comprendía un poco mejor por qué los Hijos de Júpiter parecían insensibles algunas veces, y eso que ella solo había tenido que

presidir una reunión; tanta responsabilidad te obligaba casi a convertir tu corazón en piedra si no querías volverte completamente loco.

\*\*\*

El sol que entraba a través de las cortinas despertó a Akhen de un sueño intranquilo. Palpó a su lado buscando a Nida, pero se había ido, por lo que dedujo que ya era una hora decente para levantarse. Como un gato, se frotó los ojos y se despezó mientras se incorporaba. Llevaba toda la semana sin dormir bien, desde que la dríade había aparecido en su vida. Pero era tan hermosa; estar con ella era... sacudió la cabeza con una sonrisa bobalicona. Indescriptible, no tenía palabras.

Se levantó y buscó su ropa interior, localizándola a unos siete pasos de distancia, junto al televisor. Ahí tenía el otro motivo de por qué no estaba durmiendo bien.

Se vistió y recorrió las cortinas. Por la callejuela apenas transitaba nadie. Reparó entonces en la nota encima del alféizar de la ventana. La letra era curva, elegante. Solo podía ser de una persona, y notó cómo se le aceleraba el pulso cuando leyó el mensaje. “No te olvides del encargo”.

No había ninguna muestra de cariño, y para cualquier otra persona hubiese resultado casi impersonal, pero para él no. Sí, aún quedaba un resto de ese aroma tan especial, mezcla de menta, nueces y algo de conífera. Su esencia. Depositó un beso sobre el papel.

—No se me olvidará, mi amor —susurró mientras volvía a depositar la nota en su lugar, cogía la cazadora y salía de la habitación.

El triunfo estaba cerca. Solo había que saber alcanzarlo. Recordó con sorna cuando Gregor había mandado a los grinden a la casa de los chicos. “Aficionados”, pensó con desdén mientras salía a la plaza iluminada. “nunca envíes a un esclavo a cumplir con el deber de un señor”. Con tranquilidad, se sentó en una cafetería y observó a los transeúntes pasar mientras pedía un *espresso* doble. El cielo estaba despejado y el sol brillaba: hasta el tiempo parecía sonreírle en su empresa.

Pensó en los Elementos mientras repasaba su plan una vez más. Cuatro jóvenes, inexpertos y probablemente crédulos, que andaban por ahí sin saber qué hacer con sus poderes. No sería difícil llevarles a su terreno, y entonces... reprimió una sonrisa de orgullo. Después del proceso, era incluso probable que pudieran volver a su vida anterior, y él tendría más riqueza de la que jamás había imaginado. Un mundo entero a sus pies. Todo era cuestión de hacerlo bien.

## Volver

Elisa se subió la cremallera de la cazadora mientras bajaba por la escalinata. Dentro de la finca no hacía tanto frío como fuera, gracias a los hechizos calefactores. Pero aquel simple gesto de abrigarse le dio cierta seguridad en sí misma y le ayudó a sentirse más cómoda. Apenas había dormido en toda la noche. Ahora que había llegado el momento de la despedida, la inseguridad la corroía de pronto. ¿Estaban obrando bien dejando que se marcharan? “Tienen una vida fuera de aquí”, replicó una molesta vocecita en su cabeza. Suspiró. “Mi vida está dentro de estos muros porque yo lo elegí”, pensó en respuesta, con amargura, “mi antigua vida está demasiado lejos de aquí”. Sacudió la cabeza con fuerza. No era el momento para lamentarse. La decisión había sido enteramente suya, pese a la oposición de su padre. Estaba orgullosa de haberse ido a Madrid, siempre lo había estado, porque pensaba que la Tierra ofrecía infinitas posibilidades más que Avalon. “Es solo que...” Recordó una conversación con Andie, hacía años. La Hija de Mercurio estaba harta de esconderse en la mansión, quería salir al mundo, mostrar lo que podía hacer; Elisa, como siempre, había defendido que ocultarse era la postura más adecuada. Sin embargo, desde que llegaron los Elementos, empezaba a albergar ciertas dudas. Si los espíritus elegían a simples humanos para reencarnarse en vez de a magos y brujas experimentados, que sabrían lidiar mil veces mejor con aquello, ¿no era una señal de que el entendimiento era posible? Al fin y al cabo, los cuatro humanos en los que estaban reencarnados ahora habían entendido la situación y la habían afrontado con entereza. Se mordió el labio, pensativa. “Algún día”, concluyó al fin. “Estoy segura de que algún día la Humanidad volverá a creer en la magia”.

Los cuatro esperaban ya junto al coche, un Peugeot 308 de color azul cobalto, vestidos de diario. Elisa reprimió una sonrisa. Después del incidente de Cora con el armario y de sus quejas sobre el vestuario, les habían proporcionado ropa moderna, acorde a lo que estaban acostumbrados: vaqueros, camisetas, polos, camisas, vestidos, ropa de deporte... e incluso algunas de sus compañeras habían adoptado un vestuario similar durante aquellos dos meses para ayudarles a sentirse más cómodos. Pensó en su propia situación, especialmente cuando llegó por primera vez a la Escuela. Para las excursiones a Madrid con sus profesores, los antiguos Consejeros, había que vestirse como la gente corriente. A ella le había costado casi dos meses adaptarse del todo; de hecho, aún tenía fobia a más de una prenda o combinación que tanto Cora como Sandra hubieran lucido con soltura en su vida diaria. De hecho, aquel día en concreto se había vestido con un corsé, unas mallas ajustadas y una falda hasta las rodillas, a pesar de que iba a la ciudad.

Llegó a su altura y les saludó con una sonrisa rápida, más fría de lo que hubiera pretendido, antes de indicarles en silencio que subieran al coche. Marco se sentó en el asiento del copiloto, los otros tres detrás: Cora detrás del acompañante, Ray tras Elisa y Sandra en medio de ambos. El sol empezaba a teñir el bosque y la casa con una tonalidad anaranjada cuando el motor arrancó, pero ninguno de los cuatro Elementos miró atrás cuando el vehículo enfiló el camino que llevaba al exterior de la finca. Elisa suspiró casi imperceptiblemente, pero no dijo nada.

Desde la reunión en la que decidieron que ellos cuatro se irían, había pasado una semana, durante la cual se habían asegurado de que la vuelta era totalmente segura y de que no había

grinden merodeando por los alrededores. Mientras tanto, lo demás había sido poco menos que desastroso. La atención por la teoría y los ejercicios cayó en picado, y la concentración brilló por su ausencia en los cuatro alumnos. Las discusiones subieron de tono gradualmente, hasta que el cuarto día las respectivas profesoras de turno tuvieron un encontronazo en el comedor, acusando al alumno de la otra de distraer al suyo propio con diferentes argumentos, verosímiles o no. Cuando los cuatro pupilos habían acudido a separarlas y a preguntar qué había pasado, como únicas respuestas recibieron sendas miradas cargadas de negatividad. La primera que abrió la boca, segundos después, fue Diana; airada, espetándoles que la cosa no podía seguir así. Después, todas les acusaron de algo; ellos intentaron defenderse a gritos, pero sus excusas eran muy débiles para competir con el enfado de cuatro brujas. No les habían hecho el menor caso; de hecho, les habían dicho que si querían tomarse los dos días que les quedaban para hacer lo que quisieran, podían. Elisa había sido una muda espectadora de todo aquello, pero les comprendía en parte. El deseo de volver a casa siempre era más fuerte conforme se acercaba el momento.

Pero al día siguiente había sido casi peor. Los cuatro habían acudido a disculparse con sus respectivas mentoras. Todas parecían más tranquilas y habían aceptado las disculpas, pero no admitieron las peticiones para darles más clases. Las cuatro, sin excepción, argumentaron que si los cuatro volvían a casa era porque estaban preparados para aprender por su cuenta, y que a ellas ya no las necesitaban. Ni siquiera se habían despedido.

La carretera se mantuvo desierta hasta que llegaron a la entrada de Madrid, donde las aglomeraciones de coches eran habituales en una hora como aquella. Muchos trabajadores bajaban de la sierra a la ciudad a sus respectivos puestos todas las mañanas, y Elisa se armó de paciencia: con los atascos, no merecía la pena ponerse nervioso. Sin embargo, media hora después de desgastar la primera y la segunda marcha y de avanzar casi a paso de caracol la mayor parte del tiempo, consiguió superar Moncloa y enfilarse por la calle Princesa sin problemas. El cielo ya se había teñido de azul pálido, con algunos vestigios de violeta. Solo unas pocas nubes dispersas alteraban su uniformidad. “Hoy hará frío”, razonó Elisa.

Los atascos se sucedían dentro de la ciudad, pero, tras otra media hora, consiguieron salir de la calle Alcalá a la altura de los chalés donde recordaba que vivían los chicos. Les preguntó el número, las primeras palabras que habían cruzado en todo el viaje, y ellos respondieron obedientes y en voz baja. Marco la guió con frases breves hasta la casa. Como había un hueco para aparcar casi frente a la puerta, Elisa maniobró unos minutos hasta que el coche estuvo dentro, y después apagó el motor y echó el freno de mano.

—Hemos llegado —indicó sacando la llave del contacto y abriendo la puerta.

—Elisa, espera —la retuvo Ray. Por su tono de voz, era evidente que llevaba conteniéndose todo el camino—. Queríamos pedirte perdón. Bueno —rectificó—, en realidad, a todas.

Ella no mudó el semblante.

—Sí —corroboró entonces Cora—, estábamos tan emocionados de volver que...

Elisa la interrumpió alzando una mano.

—No tenéis que disculparos —les dirigió una profunda mirada a los cuatro—, de verdad. Es algo totalmente normal. Las chicas están nerviosas por todo lo que está pasando. Para nosotras sois una responsabilidad importante, porque estáis en peligro y nuestro deber como Hijas de los Dioses es protegeros y enseñaros todo lo que podamos.

—Pero la situación se descontroló por nuestra culpa —intervino Marco—. No hemos podido agradeceros todo lo que habéis hecho por nosotros.

Elisa sonrió con franqueza.

—Vuestras habitaciones están ahí para cuando las necesitéis, ¿de acuerdo? Ya os lo dijimos antes de que os fuerais.

Era cierto, incluso les habían aconsejado dejar alguna cosa si querían, porque podrían volver cuando quisieran. Pero Ray sacudió la cabeza con abatimiento.

—Tenemos que retomar nuestra vida, Elisa.

Ella clavó en él sus profundos iris violeta.

—Ahora los Elementos son parte de vuestra vida, Ray. Lo importante es que os mantengáis vivos —les advirtió—. Eso será suficiente agradecimiento para toda la Comunidad Mágica mundial. Os lo garantizo.

Zanjó la conversación bajándose del coche y cerrando tras de sí. Los demás la imitaron en silencio. La casa se alzaba oscura y solitaria en el amanecer, y se notaba ligeramente el abandono de los dos meses anteriores. Los inquilinos se acercaron, casi temerosos de que un grinden abriera de repente la puerta y se abalanzara sobre ellos; lo cual no era cien por cien descartable. Sandra se volvió hacia la conductora antes de traspasar la cancela exterior del chalé.

—¿Quieres pasar? Estará un poco desordenado, pero...

No terminó la frase y se ruborizó con una sonrisa de disculpa. La perfeccionista de Sandra, pensó Elisa ligeramente divertida. Pero la situación no era cómica en absoluto, así que se obligó a mantener el semblante serio.

—No, gracias —declinó, mostrando no obstante una sonrisa amable—. Debo regresar, tengo cosas que hacer.

Sus ojos violetas parecieron oscurecerse un momento. La tristeza de dejarles era patente, y Sandra se sintió conmovida de que no quisiera separarse de ellos, por lo cual, se acercó y le dio un abrazo que la otra no dudó en devolverle.

—¿Volveremos a vernos pronto? —le preguntó a la bruja cuando se separaron, mientras retrocedía hacia sus compañeros.

Por primera vez en aquel día, la sonrisa asomó también a los ojos de Elisa.

—Claro. Estaremos ahí para lo que necesitéis —pareció recordar algo y metió la mano en un bolsillo de la cazadora. Sacó un papelito doblado y se lo entregó a Sandra—. Es el teléfono de la Escuela —cerró los dedos de la chica en torno al papel y le apretó la mano—. Guárdalo bien.

—Lo prometo —Sandra se llevó el puño cerrado a los labios—. Gracias, Elisa.

—No hay de qué. Buena suerte.

La joven bruja se volvió para subirse de nuevo al coche, pero antes de entrar, habiendo abierto ya la puerta, les miró por última vez.

—Que los Dioses os protejan, chicos.

—Y que velen por vosotras, Elisa —respondió Ray.

Sandra notó en su voz el nudo que atenazaba su garganta, y le pasó un brazo por la espalda. Él hizo otro tanto con ella. Era duro en su situación ver irse a alguien que podía protegerles y ayudarles. Cuando el coche desapareció al final de la calle, los cuatro se sintieron repentinamente solos. Marco fue el primero que reaccionó, al cabo de un rato. Se aclaró la garganta y se pasó la mano por el pelo, inseguro.

—Creo que deberíamos entrar —sugirió sin excesiva convicción.

Sandra fue la primera que se adelantó para empujar la puerta, pero estaba cerrada. Soltó una maldición al recordar que se habían dejado las llaves dentro al huir precipitadamente. Ray se adelantó.

—Deja —la apartó con suavidad—, ya lo hago yo.

Ante el asombro de sus tres compañeros, alzó una mano frente a la cerradura, susurró una palabra, y la puerta se abrió con un chirrido. Sandra reprimió una exclamación de sorpresa.

—¿Cómo has hecho eso? —susurró.

Ray se limitó a encogerse de hombros.

—Me lo enseñó Beth —repuso con un hilo de voz.

Su novia notó la amargura que lo corroía reflejada en su voz. Ray, por su parte, desvió la vista y empujó rápidamente la puerta para entrar: aquel recuerdo era más doloroso de lo que esperaba. Las bisagras protestaron ruidosamente por llevar dos meses sin moverse, pero no hubo problema en abrirla hasta el final.

El interior de la casa tenía el mismo aire desolador de la fachada. Sandra pasó la primera, y cerró el paso a sus compañeros, que la miraron extrañados; ella les ignoró y aguzó el oído.

—No hay nadie —decretó al fin, apartando el brazo para que los otros pudieran pasar al recibidor.

A pesar de la afirmación de su compañera, entraron despacio igualmente, mirando a su alrededor con cierta desconfianza. Sandra examinó el contador de la luz y activó el interruptor general, que estaba apagado. “Habrá saltado en algún momento”, razonó. En el suelo, junto a la puerta de la cocina, había una mancha negruzca de sangre que los cuatro intentaron ignorar. La cocina seguía tal y como la habían dejado, aunque el fregadero estaba lleno de moscas, que revoloteaban sobre las dos tazas sucias que les había dado tiempo a utilizar aquella fatídica mañana. Sandra abrió la ventana y las espantó antes de subir al piso de arriba. Las camas estaban deshechas, con todas las persianas arriba... Cerró los ojos y aspiró con emoción contenida: aquel era su verdadero hogar, patas arriba o no. Sobre el parquet del pasillo había otra mancha de sangre, y recordaron que Davin había matado a un grinden allí. “Si no fuera por eso, casi me parecería un sueño todo lo que ha pasado”, pensó Sandra. Al parecer, sus compañeros también habían percibido aquel aroma familiar que solo tenía el hogar, porque sus expresiones habían cambiado: ahora eran tiernas, casi de felicidad. Y no era de extrañar, porque por fin volvían a estar en casa.

Rápidamente, se organizaron para recoger, limpiar y ordenarlo todo. Sandra comprobó que andaban escasos de comida, y le sugirió a Ray que fuesen ellos dos a la compra. Dejaron a Marco y Cora solos en la casa, pero bajo promesa de que todo seguiría en su sitio cuando volvieran. Los dos sabían a qué se referían, así que se limitaron a cruzar una mirada dura entre ellos y asintieron ante la insistencia de la pareja. Sin embargo, cuando la puerta se cerró, Cora subió inmediatamente a su habitación, sin mirar dos veces a su compañero, y se dispuso a hacer la cama. Quería estar lo más lejos posible de Marco, pero él no debía opinar lo mismo, porque a los diez minutos escuchó su voz tras ella:

—Francamente, me gustaría saber qué te he hecho yo para que te comportes así conmigo.

Cora apretó los puños.

—Lo sabes muy bien —le espetó sin volverse.

—Es mi vida, Cora —se enfadó él—. Te agradecería que la respetaras.

Ella acusó el golpe y se volvió para encararle.

—Pero mientras tanto, flirteas conmigo —observó con acidez.

Marco puso los ojos en blanco.

—¿Por qué no eres capaz de aceptar la verdad? —le increpó sin dureza.

Cora arqueó una ceja escéptica.

—¿Qué verdad?

Marco pareció dudar un segundo.

—Que te quiero —susurró al final.

La carcajada de Cora, por su parte, fue la más sincera que había proferido en meses.

—No me lo creo —le dijo sin asomo de culpabilidad.

La expresión dolida de Marco era tan sincera, y transparente, que Cora por un segundo pensó que se lo había dicho en serio, pero lo descartó de inmediato; no podía dejar que volviera a hacerle daño.

—Vale —murmuró él entonces. Su tono de voz había cambiado, y ahora era casi monocorde—. Pero al menos podríamos intentar llevarnos bien, ¿no crees? No sé —hizo un gesto de indiferencia que, Cora no supo decir por qué, la hirió—, por el bien del grupo. Ya sé que no soportas verme, pero al menos hazlo por Sandra y Ray. Vivimos en una casa pequeña, nos vamos a ver todos los días; así que empecemos a comportarnos como adultos.

Sin esperar respuesta, salió dando un portazo, y Cora sintió cómo las lágrimas asomaban a sus ojos. No hubiera sabido decir si eran de rabia, de dolor, de impotencia o de tristeza. Quizá, todo a la vez. Aquella conversación le había hecho daño; no sabía cómo, pero lo había conseguido. La coraza que llevaba puesta siempre cuando Marco estaba delante se resquebrajaba por momentos. Intentó serenarse y repararla, pero no pudo. Una ola de sentimientos contradictorios la invadió, y la obligó a tumbarse en la cama, enterrando la cara en la almohada para ahogar los sollozos.

Cuando al fin se calmó no habría sabido decir cuánto tiempo llevaba allí tumbada, pero unos golpes suaves en la puerta la sobresaltaron y la obligaron a incorporarse como un resorte. Pensó que sería Marco para disculparse. En parte, lo deseaba; por otra parte, no quería volver a verle. Ahogó un gemido. Se sentía tremendamente confusa. “Estúpida, deja de pensar en él”, decía una parte de su cerebro. “Pero si es sincero, y tú le quieres” decía la otra, la que con más insistencia intentaba acallar desde hacía años. Porque era verdad. Ella estaba loca por Marco. Pero no lo confesaría ni muerta.

Para su alivio, fue Sandra la que entró en la habitación. Aunque al ver el estado de su compañera, ahogó una exclamación y se acercó corriendo a la cama tras cerrar la puerta.

—Cora, ¿qué te pasa? —le preguntó apoyando una mano en su hombro—. ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

Para estas cosas, Sandra era como una hermana: solícita, dulce... pero Cora no sabía si necesitaba eso. Una imagen fugaz de Marco pasó por su mente. “¡No! ¡No! ¡No!”, se gritó mentalmente a la vez que cerraba los ojos y se hacía un ovillo.

—Cora... —la voz de Sandra parecía preocupada de verdad cuando volvió a llamarla— ¿Te encuentras bien?

Por toda respuesta, la otra negó con la cabeza. Un segundo después, escuchó cómo Sandra suspiraba.

—La verdad, no sé si quiero saberlo —manifestó esta, mirando de reojo a su amiga tendida sobre la cama.

—No —masculló Cora contra la almohada—, probablemente no.

—¿Es por Marco? —adivinó Sandra sin esfuerzo.

Había cierta impaciencia en su voz, y Cora sabía perfectamente por qué. Ray y ella llevaban años aguantando aquella guerra fría, como había dejado ver Marco. Sin embargo, no tenía fuerzas para mentir, y se vio obligada a mover la cabeza afirmativamente, con un nudo en la garganta y sin atreverse a mirarla. Aunque no le hizo falta, puesto que reconoció su enfado en cuanto la escuchó resoplar con hastío.

—Mira, Cora, solo te voy a decir esto una vez —la dureza repentina de su voz hizo que la chica de Fuego se volviera para mirarla—. Olvida lo que Marco hizo o dejó de hacer en el instituto: hay muchos chicos que hacen eso a su edad, y no todos tienen ligues rencorosos que van detrás martirizándoles.

—Me ha dicho que me quiere —protestó Cora—, ¿cuándo pasa eso con un ligue temporal?

Sandra hizo un gesto de obviedad.

—¡Pues claro que puede pasar! Han pasado cinco años, Cora. ¡Cinco!. Hemos madurado desde que terminamos el bachillerato y salimos al mundo. Y no le has dado ni una sola oportunidad desde entonces.

Los ojos de Cora llamearon.

—Porque los hombres como él no se la merecen —rechinó—. No soporto a aquellos que se enrollan con una chica y la dejan al día siguiente —hizo un gesto de repulsa—. Me resultan...

—Despreciables —cortó Sandra con impaciencia—, sí, lo sé. Pero Marco no es así. Le conozco mejor que tú, y podría jurártelo con los ojos vendados. Sé que sus sentimientos son sinceros, aunque el creerlo depende solo de ti.

Cora se mostró visiblemente incrédula.

—Ya, claro —bufó—. ¿Y cuándo le dé lo que él quiere, qué?

Sandra parecía estar haciendo un esfuerzo enorme para no saltar encima de ella, y sus ojos se volvieron duros como la piedra, asustándola.

—Escúchame, Cora —masculló—. Puedes hacer lo que quieras, aceptarle o no; me da igual. Pero yo no puedo seguir viviendo así mucho más tiempo. Se me acaba la

paciencia, y no voy a seguir permitiendo que continúes martirizando a mi mejor amigo. Porque, no lo olvides: Marco es mi mejor amigo, con sus errores o sin ellos. Nadie es perfecto, Cora —se levantó con brusquedad—, ni siquiera tú.

Aquello era una pulla directa, y fue como si la hubieran abofeteado. Sandra pareció conforme con su reacción, porque salió de la habitación acto seguido dando un portazo y sin mirarla dos veces. Cora se quedó un segundo mirando el lugar por donde había desaparecido, y después se acurrucó de nuevo con la mirada perdida. Estaba confusa, no sabía lo que sentía, o no quería saberlo porque pensaba que solo le haría más daño. Pero, ¿y si Sandra tenía razón? ¿Debía hacer caso a Marco e intentar que se llevaran bien? ¿De qué podría servir? Se tapó la cabeza con la almohada, sintiendo que todo le daba vueltas. Cerró los ojos sollozando, se abrazó las rodillas y no tardó en quedarse dormida de puro agotamiento.

Cuando se despertó, sobresaltada, lo primero que hizo fue mirar el reloj al ver que el sol empezaba a decaer al otro lado de la ventana. Las cinco de la tarde. Maldijo en voz baja y se levantó de un salto. Se sentía mejor, con la mente algo más despejada. Había tomado una decisión.

Bajó despacio al piso de abajo, mirando a ambos lados del pasillo cuando llegó, pero estaba desierto. El rumor lejano de la televisión llegaba desde el salón, y Cora se asomó. Marco estaba sentado en el sofá viendo un programa de música. La chica se acercó tímidamente.

—¿Marco?

El otro se volvió, sobresaltado.

—Hola, Cora —saludó, vacilante. Al parecer, no se esperaba aquello—. Ray y Sandra han salido a dar un paseo, pero supongo que no tardarán en volver.

Ella se percató de que ni se le había pasado por la cabeza que fuese a buscarle a él. Analizó su mirada, su posición: sería, indiferente ante su presencia. Aquello no era habitual en Marco, y trató de ignorar la diminuta punzada de dolor sobre el pecho izquierdo mientras avanzaba otro par de pasos.

—En realidad, quería hablar contigo —ante su mirada expectante, sintió que se ruborizaba ligeramente y se retorció las manos, insegura—. Oye, siento haberte tratado así todo este tiempo. Creo que tienes razón en que podemos ser amigos —le lanzó una mirada de advertencia casi sin pretenderlo—. Pero solo eso, ¿estamos?

Los ojos de Marco dejaban translucir su sorpresa, pero su postura la camuflaba a la perfección cuando asintió.

—Me parece bien —con naturalidad, hizo una señal con la cabeza hacia la televisión—. Van a dar un reportaje sobre los *Rolling*, ¿quieres verlo? Ya sabes —sonrió sin ápice de socarronería habitual, sino más bien, amistosamente. Cora se fijó por primera vez en

mucho tiempo de lo realmente bonita que era su sonrisa—, tendremos que volver a ensayar algún día y no nos vendría mal aprender algo de los de arriba —recalcó sus palabras haciendo un gesto con el dedo índice hacia el techo.

Seguía sonriendo con amabilidad, y la aparente indiferencia había desaparecido. Cora tragó saliva y se obligó a sonreír. Para su sorpresa, le salió casi sin esfuerzo.

—Claro, me encantaría.

Se sentó en el sofá con las piernas cruzadas, pero dejando un hueco entre ellos dos, algo que a Marco no pareció molestarle. Se quedaron viendo el programa hasta tarde, intercambiando comentarios de vez en cuando. Incluso el chico hizo alguna broma en un momento dado, y Cora se sorprendió a sí misma partiéndose de risa. Cuando Sandra y Ray volvieron, ya era la hora de cenar. Mientras comían, Cora miraba a Marco de forma diferente. Sin embargo, se obligó a tomar nota mental: “Mantén las distancias, que nunca se sabe”.